

LOS MISTERIOS

DE

LONDRES.

TOMO SEGUNDO.

C. D. DIZ.

Imprenta, librería y litografía
DE LA REVISTA MÉDICA,

por D. J. GARCÍA DEL ROS.

1843.

Frank acababa de entrar con el corazón lleno de alegría. Había visto á miss Diana Stewart, y había sabido de su misma boca lo que el viejo Jack, no había podido explicarle. Mary volvía á la vida. Contra todas las previsiones de la ciencia el más misterioso y terrible de que se hallaba acometida, parecía ceder poco á poco. El doctor Moore no la veía hacia ya dos días, de haberse salvado por milagro, la catálisis y la reacción del remedio mortal (el choque galvánico) que aquel práctico quería esperar para dar en ella.

Angus, Stephen, y Frank, pasaron la mañana hasta que se retiró el doctor Moore, fueron llamados á Dudley-House, donde recibieron dinero y órdenes.

Hacia las cinco de la tarde aquellos mismos hombres llevando armas bajo sus vestidos, fueron á colocarse en Belgrave-Square, divididos en pequeños grupos, delante de la fachada principal de Irish-House.

Stephen y Percival, emborachados en sus copas, esperaban en una de las esquinas de la ro-
ta del Square.

Angus Mac-Farlane acababa de separarse de ellos para volver al rico perislo del hotel del marqués de Rio-Santo.

FIN DEL TOMO NOVENO.

LOS MISTERIOS

de

LONDRES.

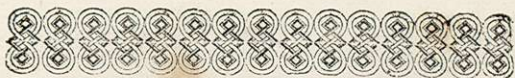
Novela escrita en inglés,
por Sir Francis Trollope,
y trasladada al español de la versión francesa
por D. I. M. de A.

CAPITULO PRIMERO.

TOMO DECIMO.

GAZ.

Imprenta, librería y litografía
DE LA REVISTA MEDICA,
plaza de la Constitución núm. 11.
1845.



CAPITULO PRIMERO.

Ana.



A casa del caballero Angelo Bembo daba á Hyde-Park-Corner. Era una habitacion pequeña y linda, y que seguramente no se habia hecho bajo la pesada escuadra de un arquitecto inglés. Se veia en su construccion, un sentimiento de armonia y de arte, enteramente extraño á nuestros albañiles de Lóndres. Quizá

era obra de uno de esos pobres desterrados de Italia, vencidos en el juego pueril y melodramático de las conspiraciones del carbonarismo, espiondo en la miseria, el inocente placer de haber jurado sobre un puñal odio á todos los tiranos, en compañía de muchos agentes de policía, en una cueva de Nápoles ó Roma, vástagos, débiles y mezquinos, de un tronco en otro tiempo vigoroso, despojos en fin, pero despojos poeticos, hermosos por si mismos como hombres, y hermosos tambien por el sentido esquisito de todo lo que es arte y belleza.

Con efecto habia en aquella casita, que parecia tener frio y tiritar, bajo la pesada humedad de nuestra atmósfera, como un recuerdo de las líneas puras de las villas florentinas. Era una desterrada de Italia, colocada entre las nieblas de nuestros paises, como los hijos insípidos y frívolos de la Italia conquistada se encuentran colocados entre nuestra vida positiva y la pesada prosa de nuestros negocios.

Bembo habia elegido aquella habitacion por instinto y como se acerca uno á un amigo que se vuelve á encontrar. Era un recuerdo de su patria.

Cuando Angelo no pasaba sus dias al lado del marqués de Rio-Santo, en Irish-House, se retiraba á un saloncito amueblado con esquisito gusto, y cuyas ventanas daban á un terrado que dominaba los arbolados de Hyde-Park. So-

bre el terrado , cuya cúpula de cristales daba alguna fuerza á los pálidos rayos del sol británico, crecian hermosas flores, desterradas tambien, y esparcian bajo un cielo extraño, las lánguidas emanaciones de sus aminorados perfumes.

Al rededor de la sala pendian esos cuadros, oscuros para la vista vulgar, pero resplandecientes de genio , y que conservan despues de pasados muchos siglos, el luminoso reflejo del pensamiento del autor. Bembo habia elegido por si mismo estos cuadros. Un caballero inglés hubiera pasado por delante de ellos cincuenta veces, sin ver otra cosa mas que los colores ajados, rodeados de un marco dorado, si Bembo no hubiera establecido su autenticidad.

Pero habiéndola establecido Bembo , el mismo caballero no hubiera podido quitarle el lente, y bien sabe Dios que hubiera dado mil libras por el mas mediano.

Pues Rafael se moriria de hambre entre nosotros si no tuviese en su faltriquera la fé de su nacimiento. Por el contrario un pintor de rótulos de taberna , provisto del pasaporte de Rafael, ganaria positivamente millones.

Somos bárbaros con corbatas blancas y botas lustrosas , y tanto la mas sublime como la mas sincera espresion de la Inglaterra artistica, la presenta aquel viajero que , en su ilustrada admiracion , rompió una de las columnas del templo de Diana, á fin de traer á Lóndres un pedazo.

Se sabe muy bien que en Italia se está obligado á no perder de vista las antigüedades a fin de impedir á John-Bull de robarles un dedo de la mano ó del pié , para decorar su chimenea.

Entre los cuadros que adornaban las paredes, se veian dos retratos admirables , de los cuales uno representaba á Andrea Bembo senador, miembro del consejo de los Diez, y proveedor del Archipiélago en el siglo diez y seis; y el otro adornado con el birrete escarlata, representaba al cardenal Pietro Bembo, el famoso historiador de Venecia.

Frente de las ventanas habia una cama de respeto , y á su alrededor caian abundantemente los muelles pliegues de una cortina de seda.

Alli fué donde el caballero Angelo Bembo condujo á Ana Mac-Farlane, despues de haberla robado del Lord's-corner.

No habia sido esta la primera intencion de Angelo, que queria llevar la jóven á su familia; pero Ana, destrozada por la fatiga, no habia podido soportar sin desmayarse al violento choque, resultado de su caida en el suelo de Belgrave-Lane cuando el laird , en su locura, tomándola por una funesta aparicion , la habia arrojado lejos de si. Bembo se vió obligado á tomarla en sus brazos, y llevarla de este modo á su misma casa. Con efecto, ignoraba completamente quien era Ana, donde vivia, y como se llamaba su familia.

Ana recobró sus sentidos al cabo de algunos minutos, y dió un suspiro profundo.

Bembo estaba sentado al otro extremo de la habitacion, y Ana acostada en la cama de respeto no le podia distinguir.

Se sentó con prontitud en la cama, y dirigió en derredor suyo una mirada de admiracion. No era la vista de los objetos nuevos de que estaba rodeada, lo que causaba aquella primera sorpresa: era únicamente el hecho de encontrarse acostada, cuando hacia ocho dias pasaba las noches en un sillón, á fin de no acercarse á aquella gran cama con cortinas antiguas, á la que tenia un terror providencial.

En seguida el mueblage de aquella pieza llamó su atencion. No se hallaba ya en aquella inmensa habitacion de grandes ventanas, cuyas altas ensambladuras le habian parecido tantas veces moverse á la dudosa luz de su bugia. ¿Dónde estaba?

Una vaga espresion de terror pasó por su vista. Despues su boca, cuya palidéz se teñia poco á poco de matices mas rosados, se ensanchó en una sonrisa infantil. Recordaba.

—Quizá era mi buen ángel! murmuró; ayer noche rogué mucho á Dios..... y Dios es quien lo ha enviado..... Que hermosos son los ángeles y cuan dulce es su voz!

Apoyó sonriéndose su linda cabeza en su mano. No ecstia ya en ella la sombra de un sentimiento de temor ni de desconfianza.

—No sueño , añadió fijando alternativa-
mente sus grandes ojos en las pinturas italia-
nas, y en las cortinas de las ventanas , jamas he
visto nada de esto.... Me ha librado. Quisiera
verlo para darle las gracias....

Bembo que escuchaba con enagenamien-
to, inmóvil , y conteniendo su respiracion , se
guardò muy bien de responder á aquella llama-
da. Las facciones de Ana se velaron con una li-
gera nube.

—Creia que no habia hombre tan hermo-
so como Stephen, dijo con una especie de pe-
sar; me engañaba..... Stephen es á su lado, lo
que los otros hombres al lado de Stephen.....
Stephen mió!..... ... Cuan tarde se me hace
volver á ver!

Al oir aquella inesperada conclusion, Bem-
be dió un profundo suspiro , y rechazó la es-
peranza que se apoderaba ya de su alma.

La voz de Ana se hacia cada vez mas len-
ta y perezosa: sus largas pestañas golpeaban con
sus mejillas , como si su peso hubiera sido de-
másiado grande para sus párpados; sus ojos per-
dian su brillo, y su sonrisa tomaba aquella fi-
jeza que dá á todo semblante la inminente es-
presion del sueño.

Hacia tanto tiempo que no habia puesto
su cabeza sobre una almohada , y sus lindos
miembros , destrozados por la fatiga de ocho
noches, tenia tanta necesidad de descanso!

—No diré á Clary que lo he tomado por

un ángel, murmuró ruborizándose ligeramente: Clary se burlaría de mi.... Oh! tampoco se lo diré á Stephen! añadió con viveza. Yo no sé Tengo miedo de encontrarme cara á cara con él..... Su mirada tiene fuegos que son dulces, pero que hieren..... Stephen no sabe mirar así.....

Su brazo descendió suavemente , y su cabeza cayó en la almohada, mientras que balbució de nuevo.

=No!..... no!..... no diré que lo he tomado por un ángel.....

La almohada se hundió, formando un cuadro de terciopelo al puro y blanco óvalo del semblante de la joven dormida.

Bembo esperó algunos minutos. Ana no hablaba ya, y solo se oía su respiracion igual y dulce.

La aurora comenzaba á dibujar por la parte exterior el mezquino follage de las plantas exóticas que crecían en el terrado.

Bembo se levantó al fin y atravesó la habitacion sin hacer ningun ruido.

Estaba pálido, pero su frente brillaba con una alegría recogida. Se detuvo al pié de la cama de respeto, y juntó sus manos con adoracion. Ana dormía ya profundamente. Su boca entreabierta manifestaba dos líneas de puro esmalte, por entre las que pasaba sin ningun ruido el soplo fresco de su aliento. Las hermosas masas de sus cabellos sueltos, se confundían con

el terciopelo de los almohadones, que hacia resaltar como el fondo oscuro puesto á propósito en un medallon de alabastro , los suaves contornos de su cuerpo de vírgen.

Bembo experimentaba una especie de atraccion material , cuyos efectos , lentos, pero sensibles, le acercaban poco á paco á la cabecera de la cama. Su voluntad no tenia poder en este movimiento. Se deslizaba como si la alfombra hubiese presentado una pendiente. Antes que hubiese notado esta variacion , sus dos manos unidas descansaban en los terciopelos, muy cerca de la pequeña mano de Ana, que vuelta por uno de esos estraños efectos del sueño, en que el reposo completo se obtiene en las posiciones incomodas y contra naturales, presentaba su palma medio abierta , y parecia esperar otra mano para apretarla. Y como aquella vuelta de la muñeca, por parte de una persona de pié y despierta , no puede ejecutarse sino por detrás , el gesto de Ana adormecida tenia la apariencia de un sencillo llamamiento de coqueta, haciendo una señal de amor á hurtadillas.

Greuze ha debido pintar en alguna parte aquella mano picaresca, redondeando sus dedos gorditos junto al talle elegante de una jóven, con la sonrisa en los labios, y los ojos en acecho, mientras que una vieja madre da vuelta al uso en un rincon , y un enamorado espia el momento favorable para colocar

en el hueco de la mano una carta esperada , ó un rápido beso.

Bembo se inclinó: sus labios desfloraron aquellos dedos rosados, cuyo esquisito modelo resaltaba en la sombría cubierta de la cama de respeto. En seguida Bembo se ruborizó , y su frente se puso triste. Retrocedió un paso.

Después se puso de rodillas como para pedir perdón.

El día comenzaba á aparecer , y lanzaba su luz en aumento sobre aquel encantador grupo de juventud y candor , de amor y de hermosura.

Bembo inclinaba hácia adelante su semblante noble y gracioso. Sus ojos alternativamente brillantes ó velados de ternura, parecían fijos en la sonrisa de Ana.

Eran dos criaturas escogidas, formadas para amarse, dos cabezas angelicales como las sabe crear el poeta en la hora escogida en que la inspiración lo eleva hasta olvidar la tierra , y comprender las cosas del cielo.

Bembo era muy dichoso y no pensaba en otra alegría mayor. Ella estaba allí, delante de él, á su custodia, y la había salvado. El porvenir en aquel momento no existía para él , el porvenir lo mismo que el pasado. Su vida entera era el presente, el amor dulce y tranquilo, la quietud de la felicidad.

No pensaba ni quería pensar. La imaginación era un risueño caos, y el recuerdo y la es-

peranza se callaban para no turbar el dulce reposo de la hora presente.

Las horas pasaban. El sol de medio día vino á reflectar en los cristales del terrado. Las flores abrieron sus corolas adormecidas y esparcieron al aire sus penetrantes perfumes.

Bembo cuando percibió el olor de los mirtos y de el azahar, se estremeció ligeramente; sus facciones se animaron, y en sus labios apareció una sonrisa.

Se levantó para echarse en un gran sillón que estaba á los pies de la cama de respeto. Su mirada era lánguida, su cabeza se reclinaba muellemente en el respaldo de su sillón; su nariz, voluptuosamente dilatada, respiraba con embriaguez los perfumes que el terrado enviaba hácia él en cálidas bocanadas.

Seguia contemplando á Ana por la perezosa abertura de sus párpados medio cerrados.

Ahora en él ecsistia otra cosa mas que felicidad y reposo; habia esperanza y deseo. Esas flores y sus perfumes le hablaban de Italia.

Oh! cuanto amor bajo aquel hermoso cielo azul de la Sicilia y de las Calabrias, donde el destierro habia conducido su infancia! cuanto amor en aquellas doradas orillas del Adriatico, la mas querida de sus abuelos..... Bembo no estaba ya en Inglaterra; se perdia con Ana en los bosques de naranjos de Malta-la-Valiente: sus deslumbrados ojos acariciaban el mármol de los palacios de Palermo ó de Venecia, y Ana aun estaba á su lado.....

Estos encantadores ensueños duraron todo el día, pues la jóven embargada por su mucha fatiga, no se despertó sino despues de haberse puesto el sol.

Cuando abrió los ojos, todo estaba á su alrededor lo mismo que antes de su sueño. La lámpara encendida ardia sobre una mesa, y Bembo no se presentaba. El recuerdo de los sucesos de la mañana apareció vagamente á su memoria. Se levantó reanimada, y compuso delante de un espejo, los ajados pliegues de su vestido.

El espejo hizo ver á Angelo, sentado detrás de la cama é inmóvil.

Se volvió con prontitud, y bajó los ojos ruborizándose. En seguida atravesó de pronto la habitacion y fué á sentarse junto á Bembo.

—No tengo miedo de vos, dijo con dulzura: sé que sois bueno..... Todo el tiempo que he estado durmiendo os he visto á mi lado.. Erais vos..... Por mas que queria cambiar de sueño, siempre os tenia presente.

Se detuvo de pronto y despues añadió con un matiz de tristeza:

—Me habeis impedido soñar con Stephen.

Bembo la contemplaba con enagenamiento y turbacion. El temor estaba ahora de su parte.

—Muy pronto vá á amanecer, continuó Ana, que no sabia cuanto tiempo habia durado su sueño: ¿está muy lejos de aqui Cornhill?

—Estoy pronto á llevaros al lado de vuestra madre, contestó Bembo con tristeza.

—No tengo ya madre, dijo Ana perdiendo su sonrisa; pero los que me aman me esperan mi hermana..... mi pobre tia.... mi primo Stephen..... Marchemos pronto!

—¿Y á Cornhill es á donde quereis ir? preguntó Bembo.

—¿No lo sabeis? murmuró la jóven admirada.

Bembo se ruborizó, y permaneció callado.

—Me habeis dicho, añadió Ana, que veniais de parte de mi primo Stephen.

—He mentido, señora, contestó Bembo, cuya mirada apareció suplicante; no conozco á vuestro primo Stephen.

Ana se levantó, pero su lindo semblante manifestó solamente sorpresa sin ninguna mezcla de terror.

—No conoceis á Stephen! dijo, y á mi, ¿me conoceis?

Bembo hacia un esfuerzo para conservar su sangre fria. Su sueño habia concluido.

—No sé vuestro nombre, señora, contestó.

—Me llamo Ana..... ¿Os acordais de él?

—No está en mi poder olvidarlo, murmuró Bembo bajando la cabeza.

—Y vos, añadió la jóven volviéndose á sentar, decidme vuestro nombre para que pueda hacérselo saber á Clary y á Stephen.

—A Stephen no, exclamó Bembo.

Dijo su nombre , y la dulce voz de Ana lo repitió muchas veces.

—No lo olvidaré , continuó esta ; es hermoso como.....

Se interrumpió repentinamente, y su cara se puso hecha una escarlata , quedando en seguida callada. Bembo sufría.

Al cabo de un minuto, Ana cogió sus manos entre las suyas.

—Llevadme á casa de mi tia, dijo. ¿qué importa que vengais de parte de Stephen ó de parte de Dios?

Bembo se levantó al instante.

—Como os amará Clary! dijo Ana mientras atravesaban el salon para dirigirse á la puerta; Clary y Stephen!..... Ireis muchas veces á vernos á Cornhill, ¿no es verdad?

Bembo movió lentamente la cabeza.

—Que! exclamó la jóven con tristura, ¿no quereis verme mas?..... Bien veo que me habeis libertado por que sois bueno, sin conocerme, y lo mismo que hubierais hecho con otra persona... Vamos pronto, caballero, no quiero molestar vuestra beneficencia.

¿Por qué hablaba Ana asi? Cualquiera que le hubiese dirigido aquella pregunta la hubiera cortado mucho.

Por lo que respecta á Bembo habia resuelto ocultar cuidadosamente lo que pasaba en lo íntimo de su corazon , y el nombre de Ste-

phen pronunciado muchas veces, acababa de afirmar completamente su vacilante voluntad. ¿Para qué descubrir su amor? Ana amaba, y sin duda estaba ya desposada. Y ademas, aquella misma noche, mañana á mas tardar, llegaria Rio-Santo á pedirle su vida que le pertenecia antes que á el amor.

Estos dos motivos eran de tal naturaleza, que influian poderosamente en su carácter leal y caballeroso. ¿Pero hay alguno que resista hasta el fin, por muchos motivos que tengan para hacerlo, cuando se tienen veinte años, y el amor toma tambien su parte?

Y ademas, es necesario decirlo, Bembo estaba frente á una tentacion de las mas irresistibles. Muchos sucumben cuando tienen que sujetarse solamente á atacar, y Bembo por decirlo asi, tenia que defenderse. El sencillo reconocimiento de Ana, tomaba todas las apariencias de una inclinacion naciente é ignorada. No hubiera sido necesario ser tan fatuo como las cinco sextas partes de nuestros caballeros á la moda, para ver en la espresion demasiado viva de aquel reconocimiento, otra cosa mas que un puro y sencillo movimiento de gratitud.

Pero no habia ni un átomo de fatuidad en el carácter del caballero Angelo Bembo.

Si cedió fué por que jamaba apasionadamente y por que habia agotado sus fuerzas: por que su frialdad de algunos minutos tan penosamente sostenida, habia agotado su valor; por

que su corazón se lanzaba hacia Ana, demasiado enérgicamente para que pudiese contenerlo mas.

Al oír las últimas palabras de Ana, que eran una verdadera reprensión Bembo se detuvo y la miró fijamente. Tardó algunos segundos en contestar, dejando ver en su espresiva y movable fisonomía el esfuerzo del combate que había en su interior.

—Señora, dijo al fin, hace ya una semana que vivo con vos, y por vos. Os he librado por que os amo..... y por que os amo os veo hoy por la última vez.

—Me amais, Angelo! repitió miss Mac-Farlane con su encantadora sonrisa: soy muy dichosa de que me ameis.

—No me comprendéis, murmuró Bembo.

—Es verdad, dijo Ana: comprendo que se libra á una persona que se ama, y que se vé sufrir..... ¿pero por qué huir de ella?

—Para no amarla, contestó Angelo.

El semblante de Ana tomó un aspecto pensativo.

—Tengo miedo de comprenderos ahora, dijo esta muy bajo.

—Es por que me comprendéis, Ana... Y bien veis que me es necesario dejaros.

—Oh! si, murmuró miss Mac-Farlane cuya cabeza se inclinó sobre el pecho; yo no podría amaros de otro modo que como vuestra hermana..... Amo á Stephen..... estoy muy segura de amarlo.

Pronunció estas últimas palabras con voz distraída, en seguida añadió como si se hubiese despertado de pronto.

—Estoy muy segura de amarlo..... estoy muy segura.

Los ojos de Ana se habían bajado, y había una especie de duda en aquella afirmación repetida sin motivo.

Bembo no era fatuo, conocía el mundo. Tuvo en aquel momento una vaga esperanza, por que creyó comprender que Ana no conocía el fondo de su propio corazón.

Esta le volvió á alargar la mano, y repitió con voz muy triste.

—Llévame á Cornhill.

Bembo la hizo subir á un coche.

Desde Pimlico hasta Cornhill Ana no pronunció ni una sola palabra: pero mas de una vez creyó Bembo oirla suspirar dolorosamente.

Cuando llegaron delante de la puerta de mistress Mac-Nab, Bembo bajó del coche á fin de ofrecerla la mano. Ana saltó resueltamente á la acera y en seguida se detuvo indecisa.

—Adios, señora, dijo Bembo.

—Adios, murmuró la jóven.

Bembo creyó ver brillar una lágrima en sus ojos, á la luz de los reverberos.

Aun dudó durante un momento.

—Adios! adios! repitió en seguida precipitadamente.

Levantó el pestillo de la puerta y entró sin volverse.

Bembo habia vuelto á subir al coche.

Eran cerca de las diez. Stephen acababa de salir con Angus Mac-Farlane para ir á casa de Frank Perceval como ya hemos dicho.

Mistress Mac-Nab estaba sola. No trataremos de pintar la alegría de la pobre señora, pero diremos que Ana contestó con lágrimas á los abrazos de su tia. Y sin embargo, aun no sabia la suerte de Clary.

¿Pensaba en el hermoso caballero Angelo Bembo, que lo amaba, que la habia salvado, y que no podia verlo mas?





CAPITULO SEGUNDO.

El gabinete del doctor.

YRREL el ciego y el doctor Moore estaban reunidos en el gabinete de este último. Eran cerca de las diez de la mañana.

Moore estaba escribiendo en su bufete, y Tyrrel tomando el té junto á la chimenea.

Era el día siguiente al de los sucesos contados en los capítulos anteriores.

—Doctor, dijo Tyrrel concluyendo su taza de té con una mueca de disgusto, no puedo comer ni beber nunca ninguna cosa hecha por manos de ese diablo de Rowley, sin pensar en mi última hora..... A fé mia que teneis un triste cocinero!..... No me habeis dado vuestro parecer acerca de mi historia de Brian de Lancaster.

—Es muy mañosa, contestò Moore con distraccion, ¿teniais ojeriza á ese aturdido de Lancaster?.....

—Habia motivo, doctor, habia motivo.... Si Brian, Dios lo confunda, no hubiese venido á husmear mi arca en Goodmands-Fields, Suky no se hubiese enamorado de él, por consecuencia, hubiera tomado por amante á su gracia el príncipe Dimitri Tolstoi, de donde resulta que no hubiera tratado de contrahacer, por cinco mil miserables rublos, la firma de su gracia, y no hubiera tenido motivo para pegar á ese pobre diablo de Roboan, ni se hubiera determinado á amarrarme, é ir á dar parte al magistrado; consecuencia rigurosa, yo no hubiera sido ahorcado. Ahora bien, doctor, por alhagüño que sea vuestro antídoto contra la cuerda os juro que se pasa en Old-Bailey un cuarto de hora insoportable..... Además de esto, bien sabeis que tengo una antigua ojeriza contra el honorable loco..... El era el que sostenia á sus expensas á la condesa de White-Manor en Londres, y si ella lo hubiese creído, me hubiera

visto precisado á liar muy pronto el petate..... Pero esa muger tonta me tenia tal miedo que nunca Brian ni nadie ha podido sacarla mi nombre ó el retiro de su hija..... Le habia dicho que mataria á la niña.....

—No sabia , interrumpió Moore , que Brian hubiese sido el amante de la muger de su hermano.

—Su amante! exclamó Tyrrel ; Lancaster el amante de la condesa! Ah! doctor , apuesto cualquier cosa á que pensais en alguna diablura, pero no pensais en lo que decis. Brian es un loco de especie caballerosa..... Nunca hablaba á la condesa sino con el respeto que se tiene con una reina, y.....

—Basta! dijo Moore, eso me es igual.

—Sea en buen hora..... por mi parte digo lo mismo.... Por lo que respecta á las dos jóvenes, me habeis preguntado mi plan: helo aqui... Mandaremos á las dos á nuestra casa de recreo de Crewe , con Maudlin y dos buenos muchachos..... Dentro de un año volverán formadas, sino.... Siempre será tiempo, doctor.

Moore hizo un signo de afirmacion indiferente.

—Ah! continuó Tyrrel , no me habeis contado los pormenores de vuestra entrevista con Rio-Santo.

La frente del doctor se arrugó al oir aquella pregunta.

—He hecho lo que he podido, contestò.

—¿Y qué habeis podido doctor?

—Nada.

Moore pronunció esta palabra con tono seco, como si hubiera querido alejar de un golpe aquella conversacion. Sin embargo, volvió á ella por si mismo, y añadió encogiéndose de hombros.

—¿Y al fin, que podriamos reportar con la muerte de ese hombre?

—Bien! bien! murmuró Tyrrel: las uvas aun no están maduras..... Doctor, continuó en voz alta, mi parecer ha sido siempre que difficilmente se encontraria un gefe tan despierto como el marqués..... Pero concibo muy bien que huerais ocupar su puesto, ahora bien he tomado la costumbre de querer, lo que vos querais..... Por lo que respecta á su secreto, lo descubriremos algun dia.....

—Su secreto! repitió Moore brillándole los ojos.

En el momento en que Tyrrel abria la boca para responder, la frente estrecha y reluciente de maese Rowley, apareció en el dintel de la puerta. El ayudante envenenador llevaba bajo el brazo derecho su in-cuarto favorito, y en la mano izquierda una carta.

Al verlo Tyrrel se tapó apresuradamente la nariz, lo que obligó al practicante farmaceutico á murmurar entre dientes y con desden su elocuente exclamacion.

—Ta, ta, ta, ta!

Llenado este deber, Rowley atravesó muy despacio la distancia que lo separaba de su amo, y le presentó la carta que llevaba.

—Vamos, maese, vamos! dijo Tyrrel con impaciencia.

Rowley comprendió perfectamente que lo invitaban á que llevase á otra parte sus perfumes del laboratorio: pero en lugar de salir, sacó con prontitud de su bolsillo un frasquito de hechura prolongada y se dirigió hácia Tyrrel.

Este, por instinto, cogió el poke (1) para ponerse en defensa.

—Ta, ta, ta, ta! dijo Rowley riéndose de corazon, os pido mil perdones caballero..... no habia observado que con vuestros dedos interceptabais el aire á el conducto natural formado por las cavidades de vuestra nariz.... Ta, ta!..... lo que daba á vuestra voz, caballero, un sonido nasal y como constipado, síntoma particular de la indisposicion conocida con el nombre de coriza.....

Y quitó de pronto el tapon de cristal de su botellita y la acercó á la nariz de Tyrrel que estornudó estrepitosamente.

—Dios os asista! caballero; si hubieseis tenido cargada la cabeza, esto os hubiera hecho mucho bien, como veis.....

Moore en aquel momento estrujó la carta que acababa de leer, y dejó escapar una sorda exclamacion de cólera.

(1) Vara con que se atiza el fuego.

—I dos dijo á Rowley.

Este hizo un humilde saludo. En seguida se dirigió con lentitud hácia la puerta ; y murmuró en el dintel dirigiendo á Tyrrel una triunfante mirada:

—Ta, ta, ta, ta!

—¿Qué es lo que hay , doctor? preguntó Tyrrel.

—Que la fatalidad se mezcla en todo! exclamó Moore con verdadera rabia ; ya no soy nada..... ni aun un médico hábil , segun parece.

Estiró la carta arrugada , que era de lady Campbell, y leyó con rápidos ímpetus.

«Señor doctor:

«Estoy convencida de que participareis de la alegría que nosotros experimentamos. Hace dos dias que estamos privadas del honor de veros , y han pasado cosas muy alhagüenas en Stewart-House. El horroroso mal de que se ha visto acometida mi sobrina , ha comenzado á ceder desde ayer por la mañana. A causa de vuestra ausencia, mandamos buscar al momento á el doctor Hartwell , médico de lady Stewart....»

—Hartwell! interrumpió aqui Moore con amarga sonrisa: un empírico!..... un ignorante!..... un pedante nada mas!.....

—Un asno, dijo con frialdad Tyrrel: veamos el fin.

Seguramente que Moore era un hombre

de gran penetracion, pero no ecsiste en la superficie entera del globo un médico á quien los celos no trabaje y ciegue. Para no apesadumbrar demasiado á los médicos, añadiremos que nuestra observacion se aplica igual y rigurosamente á los legistas, á las mugeres bonitas, á los artistas, á los areonautas, y principalmente á la irritable y vana multitud de poetas. Moore era médico y se veia herido en lo mas vivo de su orgullo cientifico: le ponía una venda, y era incapáz de conocer lo que habia de sarcástico en la interrupcion de Tyrrel.

—Un asno! repitió con toda la buena fé de la cólera; habeis dado con la palabra, Ismael; ¿en qué estaba?..... Esta tonta carta me pone fuera de mi, á fé mia!

—«Médico de lady Stewart.....»

—Esto no prueba nada en favor del gusto de milady!.....

—«De lady Stewart..... M. Hartwell ha llegado al momento.....»

—Bien lo creo, pardiez!.... las personas como él están siempre dispuestas.....

—«Al momento, y ha empezado una série de aplicaciones cuyos resultados han sido completos. Nuestra querida Maria vuelve en si: Dios se ha compadecido de nosotros, haciendo de M. Hartwell el instrumento de su misericordia!...»

—Es decir, exclamó Moore, que ese miserable Hartwell ha venido precisamente pa-

ra aprovecharse de los efectos de mi método... Pero hay una post-scriptum... que no he leído.

«P. S. Conocereis, señor doctor, que en estas circunstancias, sería inútil para lo sucesivo que dejaseis vuestros importantes trabajos para visitar á miss Trevor, que puede pasar sin vuestros cuidados.»

Moore rompió la carta con furor.

—Una despedida! exclamó; una despedida en forma!.... ¿Temia acaso que yo volviese á su casa despues de esta carta impertinente?.... Oh! esto se ha hecho para mi, Ismael!.... Una catalepsia perfectamente caracterizada, que se resuelve por si misma, y como un síncope ordinario!..... Es una diabólica casualidad!

—¿Esa miss Trevor es la desposada de Rio-Santo? preguntó Tyrrel.

—Si..... hubiera apostado diez mil libras á que estaba perdida!..... Efectivamente es su desposada..... Esto forma parte de su gran proyecto, de su secreto; quiere conseguir por medio de este casamiento la eventualidad de ser par..... ¿Para qué?..... Eso es lo que ignoramos.

—Eso es lo que sabremos, doctor, con paciencia y tiempo.

Moore no respondió, pero Tyrrel pudo oirlo murmurar entre dientes.

—Una catalepsia que concluye como una jaqueca!..... El miserable Hartwell que vá á vanagloriarse por todas partes de haber curado una catalepsia

En la habitacion inmediata se oyó un ruido de pasos pesados, y la voz grave de nuestro honrado amigo el capitan Paddy O' Chrane, se levantó, y poco á poco casi subió hasta el diapason de la impaciencia.

—Dios me condene! decia, cabeza de peluca obtusa, mi digno señor, os repito por la décima sesta vez; *gentleman of the night!*

—Ta, ta, ta, ta! contestaba el benigno falsete de Rowley.

—Ta, ta, ta, ta! tempestades!.... Ta, ta! ta, ta! tres millones de blasfemias!... que quiere decir, ta, ta, ta, ta! sois un hediondo pícaro, por Satanás, caballero, y sus cuernos, miserias, Nos veamos los dos ahorcados!..... Os repito, el infierno me abraze! *gentleman of the night* Dejadme pasar.

Tyrrel no tuvo mucha dificultad en reconocer aquella voz, y aquel estilo enérgico. Se levantaba para ir al encuentro del capitan, cuando un último, ta, ta, ta, ta, pronunciado por Rowley, fué seguido del ruido de una lucha entre la que se elevaban blasfemias de la mas escogida eleccion.

Casi al mismo tiempo una violenta patada abrió de par en par las dos hojas de la puerta, y Rowley lanzado con la violencia de una bala de cañon, vino á caer boca á bajo en medio de la habitacion, acompañado en su caída del primer tomo de los *pasatiempos toxicologicos*.

El capitan Paddy O' Chrane se agachó para que no tropezase su sombrero con el marco de la puerta, é hizo con gravedad su entrada.

—¿Qué significa todo ese ruido, caballero? preguntó Moore frunciendo las cejas.

—Dios nos condene á todos, contestó O' Chrane quitándose el sombrero, tengo el honor de saludar respetuosamente á vuestras señorías..... Por lo que respecta al ruido, no soy hombre de hacerlo. Satanás y su muger, millores, y conozco á mas de un muchacho honrado que en mi lugar, hubiera roto esa cabeza calva como una cáscara de nuez, agujero del infierno, que diantre!

Rowley permanecia en el suelo, inmóvil, aplanado, y aterrado completamente. Ni aun siquiera pensaba levantar su in cuarto querido cuya encuadernacion en pergamino estaba descantillada terriblemente.

Paddy lo midió con aquel aire tranquilo y desprovisto de orgullo, que tan bien sienta á los triunfadores.

El irritado semblante del doctor anunciaba la inminencia de una violenta salida. Este hombre sabio, tenia aquella mañana un humor detestable. Tyrrel quiso interponerse.

—¿Qué hay Paddy?..... comenzó.

Pero Moore se levantó bruscamente.

—¿Qué quiere decir eso, exclamó: vamos á parlamentar con ese patan?..... Marchaos caballero.

Paddy enderezó al momento su larga y tiesa estatura, dió una media vuelta, y se dirigió hácia la puerta á pasos precipitados diciéndole:

—Como os agrade, trueno del cielo!

Pero seguramente era portador de un mensaje, dijo Tyrrel, corriendo hácia el capitán: sentaos en vuestro bufete, doctor, y dejadme tratar este asunto..... ¿Quién os envía Paddy?

Este se detuvo, dió una segunda media vuelta, y lanzó á Moore una rencorosa mirada.

—No es, respondió con su maravilloso don de decir á cada uno injurias sin perder un átomo de su flemática bondad; no es por ganas de ver el amarilloso semblante de ese respetable lord el que me trae, ó que me vea condenado!..... Cuando sea demasiado viejo, cuernos de un chiao! para ganar mi beefsteak de la mañana, mi rosbif del medio-día, mi pudding de las cinco y mi cold-without de la noche, miserias! me pondré en manos de su señoría, á fin que me envíe, condenacion eterna! á el otro mundo..... Este es su oficio, segun creo, Diosnos castigue!

Moore habia vuelto la espalda y procuraba no oír.

—Vamos, capitán, dijo Tyrrel severamente, vamos al hecho, os lo suplico.

—Vamos al hecho, milord..... Me agrada mucho tener que entenderme con vos, que

sois un hombre que sabe vivir, y esta es la verdad pura, fuego del infierno! aun cuando os pareceis faccion por faccion á un judio que he visto ahorcar delante de Newgate, y que tenia la apariencia de un triste pícaro, milord.. Vos no decis á un caballero marchaos!... no lo tratais de patan, seamos condenados vos y yo, que diantre! y todo el mundo! á un hombre que ha mandado honrosamente el sloop le Hareng, fletado por.....

Tyrrel dió una patada en el suelo, y tomó aquel aire terrible que hacia temblar en otro tiempo á Suzannah y Roboam. Paddy O' Chra-ne lo miró con curiosidad.

—Por Gweenn et Gweenn de Carlisle, milord, concluyó sin apresurarse; ¿me parece trueno del cielo! que vuestra señoría experimenta alguna contrariedad?.....

Tyrrel cruzó sus brazos sobre su pecho y tomó un aire de resignación.

—En fin, dijo, habeis venido para algo... ¿Hay alguna cosa de nuevo en White-Chapel?

—Que muera si acaso lo sé, milord, como un perro en medio de la calle! Por lo que respecta á haber venido para alguna cosa, por la cuerda que puede apretarnos el cuello algun dia, si asi es la voluntad del diablo, miserias! lo acertais precisamente..... He venido por que no hay persona en el *purgatorio*, persona honrada, se entiende; pues hay un centenar de demonios y otras tantas furias que au-

llan en el agujero como bienaventurados..... he venido por que es necesario que hable á un lord de la noche, teniendo que comunicar noticias de la mayor importancia, que el diablo nos lleve! y que ignoro lo mismo que todo el mundo, donde está la casa de su honor.

Paddy se apretó el cuello de crin, dando á aquel movimiento toda la dignidad que le era posible, y alargó su delgada y larga pierna revestida de una funda de color de ganuza.

—¿Y qué noticias son esas? dijo Moore sin volverse.

—Que Dios nos castigue! contestó O'Chrane, seria mucho atrevimiento para un patan de mi clase, hablar á un personage venerable como es vuestra señoría..... Milord, añadió dirigiéndose á Tyrrel, Fédédiah, Smith el hipócrita pícaro, á quien le debo respeto como á mi superior, me envia á vos á fin de que sepais en que estado estamos del agujero de Prince's-Street.

—¿Y en qué estado nos hallamos? dijo Moore con prontitud.

Paddy en lugar de responder, se bajó tranquilamente y cogió por los hombros al desgraciado Rowley, que se entregaba las piernas en la alfombra manifestando así el sentimiento que experimentaba por su querido in cuarto. Paddy lo levantó, le dió un movimiento de rotacion, y le hizo pasar el dintel de la puerta del gabinete en un abrir y cerrar de ojos, de

tal suerte que Rowley, cuando se detuvo atollado en medio de la contigua habitacion, creyó ver dar vueltas á las cuatro paredes en derredor suyo, y no pudo manifestar su admiracion mas que por su ta, ta, ta, ta, pronunciado verdaderamente de un modo particular, y dicho para dar que pensar á los que lo hubieran oido.

Paddy habia cerrado la puerta del gabinete.

=Fédédiah Smith, dijo sin mas preámbulos, os hace saber, señores, que el trabajo está concluido.

Moore se levantó y no tuvo cuidado de ocultar su alegría.

=Que! exclamó, ¿la galeria está acabada?

=¿Completamente? añadió Tyrrel frotándose las manos.

=Si, milores, y, cuernos de Belcebut! ya era tiempo, os lo juro por la parte que me corresponde en el paraiso, ó por cualquier otra cosa menos eventual, nos veamos todos condenados!..... el pobre y buen muchacho de Saunder, se halla, á la hora en que os hablo, medio muerto.

=Lo enterrarán, contestó Moore.

=Sin duda alguna, charlatan del diablo! murmuró Paddy escandalizado; lo mismo digo de tus enfermos.

El anuncio del completo taladro de la comunicacion establecida entre el almacen de

soda-water de Prince's-Street y las cuevas de Royal-Exchange era, como ya se sabe, esperada impacientemente por todos los lores de la noche. Hacia mucho tiempo que los miembros influyentes de la familia contaban con este inmenso goipe, para llenar hasta los bordes la caja comun. Tyrrel y Moore hicieron que les diesen todos los pormenores necesarios. El elefante habia llegado la noche anterior á el nivel de las cuevas, y un hachazo dado sin precaucion, habia lanzado fuera del tunel una piedra. El agujero ocasionado por la caida de aquella piedra, comunicaba con una de las habitaciones del banco.

Como si hubiese esperado aquel momento, Saunder cayó como una masa inerte delante del agujero, jadeando, y bañado de un sudor frio. Paddy que queria al elefante como un criador de fieras á un leon ó á un tigre, que está encargado de dar de comer, procuró levantarlo para llevarlo á su cama. Trabajo inútil; para levantar á Saunder era necesario un criq, ó una máquina de arboladura.

De suerte que el desgraciado gigante estaba tendido, moribundo, en la helada tierra de la galeria.

Todo lo que pudo hacer por él el caritativo Paddy O' Chrane, fué el poner á su alcance la enorme jarra de cerbeza.

Cuando el capitan concluyó su mision, pronunció cuatro juramentos á modo de párrafo final y se calló.

Tyrrel y Moore se pusieron al momento á escribir cartas en su bufete.

=Guapo chico, dijo Moore, es necesario que lleveis al instante esta carta á Belgrave-Square, al señor marqués de Rio-Santo.

O' Chrane tomó la carta.

—La llevaré donde queráis, trueno del cielo! contestó; ¿pero dónde diablos ha sabido vuestra señoría que yo sea un guapo chico?... He conocido verdaderos lores, Satanás y su rabo! que me llamaban rotundamente capitán....

Todas las personas de la casa del doctor se pusieron en movimiento para llevar á sus destinos otras cartas semejantes á la que acababan de entregar á Padd. El mismo Rowley fué enviado á S. Boyne es, con toda priesa con orden de buscar, á cualquier precio, á aquel honorable empleado de la policia metropolitana.

La señora duquesa de Gevres, á quien su título no hacia orgullosa, y que se encontraba siempre pronta en las grandes ocasiones como si aun se llamase Maudlin Wolf, recibió tambien orden de presentarse en el banco, para llevar una carta de Tyrrel á sir William Marlew, segundo cajero central.

Así que se quedaron solos Moore y Tyrrel, acercaron sussillas, y comenzaron una conversacion en voz baja, aun cuando nadie se hallaba presente para sorprender el misterio de sus palabras. Esta conversacion fué larga. Cuando se

levantaron, Tyrrel dijo poniendo su mano sobre el brazo del doctor.

—Suceda lo que quiera, dejadlo gobernar completamente este asunto , creedme.... despues se podrá ver.

—Pero, si como creo, objetò Moore, hay designio de hacer de la familia y de nosotros mismos los instrumentos de sus secretos intentos..... si todos esos montes de oro se volbiesen solamente en provecho suyo?.....

—Si todos esos montes de oro se vuelven en beneficio suyo , doctor , contestó Tyrrel riéndose, teneis todo lo que es necesario para hacerle vomitar Ahora marchemos prontamente para White-Chapel ó llegaremos muy tarde.

Salieron juntos.

Tyrrel cerró tras de si todas las puertas con doble llave.

Unos cuantos segundos despues de su marcha , la puerta que daba del gabinete á la habitacion en que habia estado confinada Clary y que Tyrrel no habia cerrado por que no tenia ninguna comunicacion con la parte exterior, se abrió suavemente para dejar paso á Suzannah.

La hermosa jóven atravesó con prontitud el gabinete, y se apoyó en el pestillo de la otra puerta por donde habian salido Moore y Tyrrel.

Mencó la cabeza sonriéndose.

En seguida desapareció para volver muy

pronto con Clary Mac-Farlane, cuyo vacilante paso sostenia con graciosa y encantadora solitud.





CAPITULO TERCERO.

La cadena.

CLARY Mac-Farlane estaba muy mudada. Las señales del largo y cruel martirio que le habían hecho sufrir, se veían en su demagrado y pálido semblante: su estatura, anteriormente tan encantadora en sus juveniles proporciones, se doblaba debilitada: andaba con trabajo, y lentitud.

Sin embargo, aun así estaba hermosa, pero hermosa con esa belleza que oprime el corazón y causa lástima. Si su padre Angus la hubiese visto en aquel momento, hubiera recordado con lágrimas, los últimos días de la pobre Amy Mac-Farlane. Así estaba Amy, blanca y débil, y aun mucho mas hermosa, cuando ya su pié tropezaba en el borde de su tumba.

Pero Amy se sonreía con su muerte próxima, y esta santa y dulce muger no tenía mas lágrimas que para el porvenir de sus hijas. Moribunda conservaba en sus facciones aquella suave y serena tranquilidad de los días de su dicha. Clary tenía en sus ojos un no sé que de extravío: el horroroso choque impreso en su sistema nervioso, daba á sus facciones repentinos y dolorosos estremecimientos. Su boca se abría algunas veces para pronunciar palabras inesplicables.

Y el deterioro físico y moral de aquella niña poco antes tan hermosa, era mas llamativo; y parecia mas completo, al lado de la esplendida juventud de Suzannah, que, robusta en su esquisita gracia, radiante de savia, hacia brillar la inteligencia generosa, la nobleza del alma, y todos los encantos elegidos, y todas las victoriosas seducciones que pueden coronar, como una aureola divina, le frente virginal de una obra maestra de Dios.

La tristeza que se experimentaba al ver á

Clary se cambiaba en un delicioso é irresistible atractivo á la vista de Suzannah , por que se presentaba como un buen genio velando por la debilidad y el sufrimiento; por que su sonrisa, benéfica, tierna , y consoladora , parecia bajar como un bálsamo sobre la oculta herida de la enferma ; por que cada vez que Suzannah hablaba, con mucha dulzura, y como habla una madre jóven, inclinada sobre la cama de su hija; la pobre Clary comenzaba á revivir.

Las dos entraron en el gabinete del doctor Moore. Suzannah , rodeando con sus dos brazos la cintura de Clary , la sostenia infundiéndola valor. Casi á cada paso, la hermosa jóven daba un beso cariñoso en la pálida frente de miss Mac-Farlane, y dando á su language esas formas lindas que se emplean para tranquilizar á los niños que sufren, procuró reanimar la paralizada imaginacion de Clary.

—Mirad como andais ya sola, mi querida hermanita, dijo salvando el dintel de la puerta del gabinete. Casi no tengo necesidad de sostenidos..... ¿Sabeis Clary que somos aquí las dueñas?..... se nos ha encerrado; pero espero encontrar muy pronto un camino que no han pensado en interceptar.. Sentaos, mi hermosa Clary, y animaos.

Miss Mac-Farlane se dejó caer en el sillón de Tyrrel con un suspiro de cansancio. Sus ojos lánguidos y agrandados por lo demagrado de sus mejillas, se volvieron hácia Suzannah, y

tuvieron una fugitiva espresion de reconocimiento, para volver á quedar al momento apagados.

—Estaba á su lado, murmuró, y era muy dichosa, pues me amaba..... Ana vino.... El se arrodilló á sus pies..... Mi corazon se ha destrozado!.....

Su boca se contrajo, y sus ojos temblaron como sucede en el momento en que las lágrimas comienzan á brotar.

—Pero aun amo á Ana! continuó : nunca le diré que me ha matado!.....

La hermosa jóven se sentó á su lado y la estrechó contra su corazon.

—Y haceis muy bien de amarla, mique-rida hermanita!, dijo, pues es buena como vos pobre niña! No veis que todos esos tristes recuerdos que os hacen tanto mal , no son mas que sueños!..... Los crueles han atormentado vuestra alma aun mas que vuestro cuerpo Escuchadme, Clary , mi hermosa Clary, vais á quedar libre..... No penseis mas en las tristes visiones que han atormentado vuestra soledad.... Todo esto no es mas que una mentira, hermana mia.....

—Lo he visto, murmuró miss Mac-Farlane estremeciéndose.

En seguida añadió con voz sorda.

—Sé una historia muy larga..... Nuestra ama nos la contaba en Escocia... La jóven se llamaba Blanca, y el hijo de el laird Beltran...

Beltran de Jodburg..... Blanca amaba al hijo del laird.....

Clary se interrumpió y bajó los ojos.

—¿Y despues? preguntó Suzannah riéndose.

—¿Despues? repitió Clary que levantó sus párpados y fijó su mirada en el vacío: oh! todos saben lo que sucedió.... Blanca amaba al hijo del laird..... Blanca lo amaba, á par que lo mató.

La cabeza de Clary se inclinó sobre su pecho. Su mano que estaba entre las de Suzannah, se puso húmeda y helada.

La hermosa jóven aumentó sus cariñosos y dulces consuelos. Tenia una fuerza de persuasion tan penetrante, que influyó en el cerrado corazon de Clary. El encanto se operó. Miss Mac Farlane vuelta un instante á la vida, echó sus dos brazos en derredor del cuello de Suzannah, y le dió gracias llorando.

Suzannah aprovechó aquel instante lucido.

—Ya estais descansada, hermanita mia, dijo, ¿no quereis venir á dar un abrazo á Ana?

—Ana! repitió Clary; quien sabe lo que ha sido de ella, Dios mio!... Oh! vamos señora, vamos prontamente y procuremos encontrarla.

Miss Mac-Farlane se levantó por si sola.

Suzannah se apresuró á sostenerla, y la hizo abandonar la direccion de la puerta prin-

cipal hácia la que Clary habia dado algunos pasos vacilando.

—Estamos encerradas por ese lado, dijo; venid, sé otra salida..... pero apresuremosnos, pues quizá no encontraremos otra ocasion si perdemos esta....

Habian atravesado todo el largo de la habitacion. Suzannah sosteniendo siempre con una mano á Clary Mac-Farlane, puso su dedo en un boton de metal que parecia destinado á sostener los pliegües de una cortina: apretó el boton con toda la energia de su fuerza casi viril. Un crugido se oyó bajo la tapiceria, y una puerta oculta, que comunicaba con la casa abandonada del número 9 de Wimpole-Street, se abrió completamente.

—Victoria! exclamó la hermosa jóven que tomó en brazos á Clary y la llevó sin detenerse hasta la puerta del número 9.

Media hora después un fiacre se detuvo en Coruhill delante de la casa de mistress Mac-Nab. Suzannah dió un salto á la acera, y miró la fachada con los ojos llenos de lágrimas.

—Oh! cuantas veces la he buscado! murmuró. Ahora no olvidaré ya el camino.

Llamó, y Ana fué la que vino á abrir.

La hermosa jóven la dió un beso en la frente, antes que Ana admirada pudiese volver en sí: enseguida señalándole el fiacre.

—Vuestra hermana está alli dentro, Ana, le dijo.

—Mi hermana! exclamó la jóven corriendo hácia fuera.

Suzannah la vió salvar el estrivo del fiacre y apoyar su cabeza en el seno de Clary. Permaneció un instante inmóvil y con los ojos llenos de lágrimas : en seguida atravesó con rapidéz á Cornhill , y subió en un coche que partió al galope para el hotel de lady Ophelia, condesa de Derby.

Ana quiso volverse para dargracias á la desconocida que habia traído á su hermana. No vió a nadie solo una dulce voz llegó á sus oídos por entre el tumulto de la calle.

—Volveré, decia aquella voz.

Ana volvió la cara hácia el lado de donde venia el sonido y vió una cabeza inclinarse á la portezuela de un coche que iba á galope : una cabeza hermosa con una sonrisa de madona. Despues la multitud se interpuso entre ellas: los grandes omnibus pasaron, y Ana no vió ya cosa alguna.

Aquella noche las dos camitas blancas que se alineaban gemelas, en el interior de la alcoba comun, ocupadas por las dos hermanas, se hundieron bajo su peso acostumbrado. Mistress Mac-Nab iba de la una á la otra, abrazando á Clary y á Ana, y dando gracias á Dios bañada en lágrimas.

—Bess, decia, oh! Bess, ¿dónde está mi Stephen?..... Buscadme al momento á mi Stephen á fin que vea á las dos.... á las dos que se han vuelto á encontrar.

—No hay que decir nada de esto, contestaba Batty: es una suerte, pues una de las dos hubiera podido quedarse en camino poco seguro.... No hubiera tenido nada de particular; vaya cuando pienso en esto!..... Ah! Dios mio! todo el barrio ha hablado durante ocho dias.... Por lo que respecta á mister Stephen, añadió con aire afectado. Dios sabe donde estará á esta hora y lo que hace, señora!..... No ha venido esta noche, y el hombre con quien lo vi salia ayer tarde, no quisiera formar un juicio temerario, tenia la apariencia de todo lo que se quiera escepto de un honrado.... Pero desde cuando me pertenece juzgar las acciones de mister Stephen, por ejemplo...

La anciana señora no escuchaba ó no queria escuchar: se entregaba enteramente á su alegría. ¿No estaban allí las dos, á quienes habia llorado tanto?....

Allí estaban, pero el atentado de Bob-Lantern no habia quedado sin resultado alguno. Conocemos el estado de la desventurada Clary. ¿Cuántos dias de sosiego y felicidad iban á necesitarse para borrar las funestas señales de su martirio?

Tambien Ana estaba muy mudada. Afortunadamente el cambio operado en ella no era de una naturaleza tan dolorosa. En el físico un poco de cansancio, en lo moral....

Este era un gran secreto para todos, y para ella misma. Ana no se lo confesaba, lo sabia?

Cuestion ardua. Lo que si es cierto que aquella noche su agitado sueño no evocó la imagen de Stephen. O si Stephen apareció en sus sueños, el jóven médico habia tomado, por una estraña transformacion, y que seguramente nuestras lectoras no sabrán esplicarse, fâcciones de heroe de novela, grandes ojos negros que se adormecian y hablaban de amor, una mirada sumisa, una sonrisa dulce..... una estatura..... la estatura flesible y noble, graciosa y altiva, del hermoso caballero Angelo Bembo.....

Tyrrel y el doctor Moore al salir de Wimpole-Street, habian ido apresuradamente á White-Chapel-Road, á fin de asistir al consejo de los lores de la noche.

La sesion fué, como puede figurarse, muy concurrida y sumamente interesante. La noble asamblea estaba animada. No se contaba alli sino por millones de libras esterlinas, y si alguno hubiese abierto la boca para hablar de una docena de millares de guineas, ú otras bagatelas semejantes, no sabemos á que extremo se hubieran dejado llevar contra aquel importuno orador el baston con puño de esmeralda de lord Rupett Bel.... vizconde Clé, el látigo del honorable John Peaton, y aun el reverendo puño de Peter Beddlesie, el futuro dean de Westminster.

Naturalmente el personaje importante de

la sesion era William Marlew cajero central del banco de Inglaterra.

Este caballero, cuyos talentos oratorios y aritméticos nos son suficientemente conocidos, calculò por sus dedos, que se necesitarian mil y doscientos hombres y tres noches para desocupar las cuevas de Royal-ex-Change. Quizá se engañaba en mas ó menos, pero no debe creerse asi, por que era miembro corresponsal de la academia de las ciencias de Chàndernagor, y vice presidente del club de los del Logaritmos. Como quiera que sea su cálculo fué aceptado como sincero y verdadero.

Quedaba saber como se introducirian mil y doscientos hombres en el banco.

Es necesario decir que la familia contaba con algunos afiliados en el cuerpo famoso por su probidad feroz de guardianes de cuevas. En esto no consistia la dificultad. Pero mil y doscientos hombres!.....

Mil y doscientos hombres, y tres noches.

S. Boyne esq., el banquero Fauntlevy, sir Georges Montalt, y otros muchos, procuraron dilucidar la cuestion, pero experimentaron un descalabro completo, apesar del leal y parlamentario apoyo de lord Rupert, que pronunció muy apropósito en aquella circunstancia el famoso:

—Escuchad! escuchad!

—Y sin embargo, dijo el reverendo Peter

Boddlesie, viendo que todo el mundo dudaba, en nuestro honor está que no dejemos ni una moneda de seis peniques en las cuevas.

—Seguramente, apoyó Marlew.

Todos se volvieron hácia el gefe, M. Edward, como si su cérebro infalible hubiese debido tener en reserva soluciones para todas las dificultades.

El marqués de Rio-Santo estaba en su sitio, en el trono de la presidencia, pero no tomaba parte en la discusion, y hablaba muy acaloradamente con sir Paulus, Bembo, Smith, Falkstone, y el doctor Muller que no era otro sino nuestro conocido escoces Randal Grahame. Estos cinco lores eran la *camarilla* del marqués, y volvemos á encontrar entre ellos, esceptuando al negro calvo Absalon, que mandaba entonces una barca de observacion en los mares de la China, y al alegre *rey Lear*, muerto lleno de edad y de virtudes algunos años antes, á todos nuestros conjurados del bosque d' Eagle-River.

—Señores, dijo Rio-Santo, bien fuese que le agradase responder á la interpelacion unida de sus pares, ó que juzgase que habia llegado el momento de cerrar la sesion: debo preveniros que, usando de los poderes que anteriormente me habeis conferido, he puesto en práctica el llamamiento de la familia. Seria demasiado largo detallaros los diversos papeles que nuestros hombres tendrán que representar esta noche en

todos los puntos de Lóndres : he tomado respecto á esto el parecer de dos honorables miembros de la policia que forman parte de esta reunion.

S. Boyne esq , y el comisario de la Cité se inclinaron en señal de afirmacion.

—En caso desgraciado, es preciso, continuó el marqués , que se distraiga la atencion de los agentes del gobierno , y me concretaré á haceros saber que todo está dispuesto en Lóndres para que estalle un motin formidable á la primera señal.

—¿Y los veinte y cinco millones de esterlinas? insinuó el reverendo Peter Boddlesie, que no perdía tan facilmente de vista lo sólido.

Esta interrupcion no desagradó á nadie.

—Escuchad! escuchad! dijo lord Rupert.

—Los veinte y cinco millones de esterlinas serán nuestros, caballero, respondió Rio-Santo. Aun cuando el tiempo urge , consiento en manifestaros que tengo arreglado todo á este respecto. Habrá rush de nuestros hombres al extremo de Prince's-Street, y en Lokbury, en Cornhill, en Cheapside y en King-William Street, en fin por todas partes en las inmediaciones de nuestro tumel. Sin embargo, quedará abierto un camino en Threadneedle-Street, en cuyo sitio deberán estar estacionados nues-

tros carros uncidos. El gás se apagará delante del almacén de soda-water, y en las bocas calles. Sir Williams Marlew permanecerá en lo interior del banco con los guardianes que nos pertenecen.... Debo decir á sir Williams que todo pende aquí de su aplomo y celeridad. Tendrá á su disposición el número de hombres que juzgue á propósito fijar, pero lo invito á que no pasen de veinte ó treinta, por que la confusión es aquí el obstáculo mas temible.

—Veinte ó treinta! volvió á esclamar Marlew: Creeis, milord, que veinte y cinco millones de esterlinas, que hacen seiscientos veinte y cinco millones, plata de Francia, y que, avaluados en duros de la Union.....

—Creo, caballero, interrumpió el marqués, que nuestro túnel no es tan ancho como Rengent-Street.... la circulación, si se deben servir de los medios ordinarios, será allí lenta: el menor obstáculo la hará imposible. Cualquier retardo es fatal en una empresa como la nuestra. Lo he advertido. Sir Williams, no tendreis que ocuparos mas que de lo interior del banco, y del transporte de los objetos, á la boca interior de nuestra galería.

Rio-Santo cesó de dirigirse al cajero central, y se volvió hácia el grueso de la asamblea.

—He aquí lo que he decidido, continuó, salvo vuestra aprobacion, señores. Para evitar las idas y venidas en un camino estrecho, don-

de es necesario trabajar y andar con una union que no podemos esperar de nuestros hombres, he pensado establecer una doble cadena que se comunique con las cuevas del banco y las de Prince's-Street. De este modo pasando nuestra presa de mano en mano, con rapidéz y sin interrupcion, llegará con mucha seguridad á su destino.....

=Hurrah! gritó John Peaton : á fé mia que la idea es buena!

=Permitid! me.. dijo el reverendo Boddlesie que no comprendo bien.

=Propongo que se voten gracias en session permanente, al muy noble marqués, dijo el par de Inglaterra. Pues será, si me es permitido emplear ante vuestras señorias una imágen poetica, será un rio de oro que tenga su manantial en las cuevas del Banco.....

=Y su desagüe en nuestros bolsillos, interrumpió el honorable John Peaton: la idea es magnífica..... quisiera hubiese llegado mañana.

—Pero..... comenzó Peter Boddlesie.

John Peaton quiso explicar al futuro dean de Westminster la imágen poetica del noble lord. Se acercó y dió á la granugienta nariz de su reverencia un gran papirotazo.

—Pasadlo á vuestro vecino, dijo.

=Pero, milord..... exclamó el hombre de la iglesia tomando la clásica posicion de un reñidor de trompis.

—Pasadlo á vuestro vecino , repitió el honorable John que sabia perfectamente el arte de las bromas inglesas.

Crecmos qué el reverendo Boddlesie, hubiera dicho Dios me condene , ú otra cosa semejante.

—Pues bien ; caballero , añadió John Peaton, nuestros hombres harán lo que no habeis querido hacer. En lugar de un papirotazo se les dará una barra de oro ó un saco de quinientos soberanos que pasarán á su vecino.....

—Ah!..... dijo Peter Boddlesie con aire de duda.

En seguida , comprendiendo de pronto, dió un fuerte puñetazo sobre la mesa, y alargó cordialmente la mano á John Peaton.

—Delante del almacén de soda-water, continuaba durante esto Rio-Santo , y al fin de Prince's-Street , se encontrará la cabeza de nuestros carros, protegida por una cohorte de nuestros hombres. Al instante que cada carro esté cargado , saldrá á galope para Thredneedle-Street , para tomar Leaden-Hall , y despues á White-Chapel-Road, donde tambien tenemos nosotros . señores , nuestras cuevas.

—¿Y quién estará encargado de vigilar el transporte? preguntó Moore.

—Vos , caballero , y sir Edmond Mac-

kensie, contestó Rio-Santo. Los demas empleados estará á las órdenes de los caballeros que se hallan aquí presentes, esceptuando á los señores de la policia cuyo papel está ya señalado. Bueno será que cada uno responda con su persona, y sostenga á los grupos.

—¿Y milord, preguntò de nuevo el doctor, donde estará vuestra señoria durante este tiempo?

—Donde haya peligro y trabajo, caballero, contestó Rio-Santo: á las once en punto de la noche, es necesario que comience el trabajo en el tumel. Hasta entonces debe quedar desierto Prince's-Street. Mis órdenes están ya dadas. La policia tendrá que hacer bastante en otros barrios para que no piense en inquietarnos.

Rio-Santo se levantó. Los lores de la noche se separaron, dejando solamente en el sitio de la reunion á Fédédiah Smith con órden de abrir las puertas del purgatorio á la caida de la noche, á fin que la turba amontonada allí, hiciese una irrupcion fuera, y aumentase tanto mas en el momento de la crisis el desorden general.

Rio-Santo subió en su carruage con Bembo y Randal Grahame.

Detrás, en otro carruage, Falkstone, y Paulus Waterfield siguieron el mismo ca-

mino, de suerte que los dos coches llegaron al mismo tiempo á Belgrave-Square.

Eran las cuatro de la tarde. Las inmediaciones de Irish-House estaban desiertas. Stephen y Perceval no debían venir á apostarse en Belgrave-Square sino una hora mas tarde.

Cuando el marqués y sus tres compañeros entraron en el salón de Irish-House habia dos hombres sentados junto á la chimenea. Uno de aquellos dos hombres, á cuyo lado se echaba, cariñoso y confiado, el hermoso perro Lovely, era el laird Angus MacFarlane.

Angus tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, y parecia profundamente absorto en sus reflexiones, y no se movió por la entrada de los recién venidos.

El otro extranjero, por el contrario, se levantó, y saludó con gravedad al marqués de Rio-Santo. Era un hombre lleno de años, con fisonomia pensativa y franca, frente ancha, medio calva en la que la meditacion habia ahondado profundas arrugas.

Ecsistia en el un no sé que de tribuno y de apostol. No se hubiera podido decir si aquel enérgico semblante ocultaba tras si el alma firme y dulce de un consejero de paz, ó el corazon ardiente de un predicador de la guerra.

Rio-Santo se adelantó con prontitud há-

cia él, y le dió la mano con una mezcla de cordialidad y respeto.

==Seais bien venido, monseñor, os esperaba.



Antes de la batalla.



CAPITULO CUARTO.

Antes de la batalla.

L extranjero saludado por el marqués de Rio-Santo con el título de monseñor, respondió á aquel acento á la vez respetuoso y cordial por una cordialidad semejante y un respeto igual. Efectivamente, habia bajo la enérgica fogosidad de su varonil semblante, una especie de humildad cristiana. El sacerdote inspira-

do que levantó primero á la Europa católica en la edad media para precipitarla en la conquista del santo sepulcro, debia tener aquella mirada á la vez modesta y abrasadora, aquella frente vasta, doblegada bajo un pensamiento de abnegacion penitente, y sin embargo, resplandeciendo de voluntad poderosa, indomable, y absoluta.

Los que conocen la Irlanda y los generosos gefes del movimiento que la arrastra, apesar de la fuerte oposicion de un gran hombre, á comenzar una lucha encarnizada contra sus ávidos y desleales opresores: los que saben que Daniel O' Connell solo sirve de dique al torrente, y puede retardar el desencadenamiento de los odios legítimos, y de las justas cóleras que se acumulan hace ya tanto tiempo del otro lado del canal Saint Georges, en una palabra, los que no deteniéndose en la superficie de los sucesos; y en las palabras de los hombres ven mas bien en el gran tribuno irlandés un escudo para la Inglaterra, que un instrumento de castigo y de represalias, adivinarán el nombre y el alto carácter del nuevo personage que ponemos en esceua. Convendrán, pues, bajo nuestra palabra que tenia derecho al título de monseñor, y tambien al respeto de todos.

Pues nos parecería poco conveniente, y quizá temerario lanzar bruscamente á la curiosidad frívola que nuestra historia haya podido despertar indistintamente el nombre de un hom-

bre vivo, venerado, colocado por su posición por su edad, y por sus funciones de una naturaleza especial, en una esfera distinta de la en que se agitan los actores malos ó buenos de nuestro drama entre cuyos sucesos no hará mas que pasar.

—He visto partir á mis pobres hijos, dijo el anciano teniendo continuamente la mano del marqués, y mirándole con fijeza: no he tenido valor para detenerlos.... Los llamais, milord, ¿y no sois tambien su padre?.. ¿No deben su vida y la de su familia á vuestra inagotable beneficencia?..... Pero, en nombre del cielo, ¿cuál es vuestro designio?

—¿Son diez mil, ¿no es verdad, monseñor? preguntó Rio-Santo.

—Diez mil, si, milord, y otros tantos hubieran venido á no ser por los gastos del viaje. Yo no sé si esto será un bien, pero nuestros paisanos de Comanght pierden la confianza en las promesas del gran libertador..... Esperan en vos que le dais pan, en lugar de recolectarles el diezmo en su miseria..... Yo espero en vos, tambien yo, milord, pero quisiera tener la seguridad de que vuestro valor no os arrastre, á vos y á mis pobres hijos de Irlanda, á una guerra desigual, cuyos medios condenaria todo el mundo, y que el mismo Dios.....

—Monseñor, esperad hasta mañana, interrumpió Rio Santo con cierta emocion en la voz: la carta que me anunciaba la venida de nuestros hermanos de Irlanda, tambien me de-

cia vuestra llegada. Mañana os explicaré... Mañana sabreis todo....

—¿Y de aquí á mañana, milord? preguntó el anciano.

Hablando así en voz baja, se habían alejado de la chimenea en cuyo derredor se sentaba ahora el resto de los asistentes, á saber, Waterfield, Randal y Bembo en un solo grapo, conservando su continente sombrío y absorto.

También Bembo estaba absorto y preocupado. Pasaba con distracción sus delgados dedos por las sedosas y largas lanas del hermoso Lovely, y no presentaba ninguna atención á sus dos compañeros, que de cuando en cuando cambiaban algunas palabras.

—Signore, dijo al fin Paulus, pretenden que sabeis aun mas que nosotros respecto á muchas cosas. ¿Podriais decirnos quien es ese monseñor con quien habla el marqués?

Bembo no oyó, ó no quiso responder. Exceptuando al mismo Rio-Santo, despreciaba y detestaba á todo lo que formaba parte en la asociacion.

Waterfield sabia ahora poner una capa de flema sobre su fuga brutal de otro tiempo; pero cuando la vista del mundo no se hallaba fija sobre sus acciones, volvía á ser el tósco matador de bueyes d' Eagle-River.

—Eh! signore, agregó con una sonrisa de grosero sarcasmo, dejad á Lovely vuestro rival en el favor de su señoría, y responded á los que os hablan.

Bembo levantó lentamente hácia él sus grandes ojos negros, lleno de indiferencia y desden, en seguida comenzó á acariciar en silencio las sedosas lanas de Lovely.

—Dios los cria y ellos se juntan! murmuró Paulus.

Una débil sonrisa corrió por entre los bigotes rubios que sombreaban el labio del caballero.

—Señor, dijo, supuesto que no hay aqui mucho que escojer, si se esceptua á don José, su compañero y este caballero, añadió saludando al laird, os agradezco que no me hayais comparado con cosa peor que con Lovely.

Su mirada burlona, completando su pensamiento, se dirigió de Paulus á Randal, y de Randal a Paulus.

Este último hizo un brusco movimiento de cólera. Randal tenia los ojos fijos en el laird.

—Paz! murmuró apretando el brazo de Paulus. Y bien! Mac-Farlane, añadió en voz alta ¿qué diantre os ha trastornado así la cabeza?

Esta pregunta fijó la atencion de Waterfield y del mismo Bembo, que no habia hecho mas que entrever al laird el dia antes en el momento en que este último se escapaba de Irish-House, y que no lo reconoció. Bembo solamente observó entonces lo mismo que Paulus las innumerables heridas que llenaban la cabeza y la cara de Mac-Farlane.

Este tomó el poker y atizó el fuego.

—Ahora hace quince años que vino una noche á la quinta de Leed, murmuró fijando en Randal sus estraviados ojos: fué una noche de desgracia. Me hechizó..... Desde entonces soy un criminal..... Ah! dejar matar, es lo mismo que matar..... Soy el asesino de Mac-Nab..... Y ahora..... mis hijas! mis hijas!...

Y dejó caer de nuevo su cabeza sobre su pecho.

—Que me maten, dijo Randal en voz baja, si ese maniaco no tiene alguna cosa en la cabeza..... Lo conozco..... medita algun diabólico golpe.

—¿Qué puede hacer? dijo Paulus encogiéndose de hombros.

Bembo se habia levantado, y se acercó á una ventana que daba á la plaza de Belgrave. La tierra y los árboles despojados del Square, estaban cubiertos de nieve. Bembo observó, con bastante sorpresa, sobre aquel fondo uniformemente blanco, muchas formas negras, tan pronto inmóviles, como agitándose sin cambiar de sitio, como un hombre que patalea. Por lo demas estos objetos eran muy indistintos por que ya estaban muy oscuro, y el gas aun no estaba encendido.

Bembo no pudo impedir que una vaga inquietud se deslizaba en su interior.

Volvió la vista hácia Rio-Santo, á fin de manifestarle aquellas sombras que, reunidas é

inmóviles sobre la nieve, en una temperatura glacial, no podían ser ni transeúntes ni paseantes, pero el marqués estaba entregado todo entero á su interlocutor.

Y, esceptuando al marqués, no habia allí mas que Lovely á quien Ange quisiese dirigir la palabra, y Lovely, por inteligente que pudiera ser, seguramente no hubiese comprendido los temores del caballero.

Aquellas formas negras que se destacaban sobre la nieve, eran Donnor de Ardagh y sus compañeros apostados allí por Stephen. El jóven médico, y Fran Perceval, estaban un poco mas lejos, y se mantenian ocultos por la curva que formaba el parque interior del Square.

Rio-Santo y su interlocutor volvieron á pasos lentos hácia la chimenea.

—Pensadlo bien, milord, decia el anciano con voz solemne: la espada de Dios no debe tener ninguna tacha, y las vias de la providencia, por misteriosas que sean y por rodeos que formen, no tocan nunca el camino del infierno.... Sois poderoso, y vuestro corazon ha concebido un generoso y noble designio. Pero que los medios sean puros á par que el objeto es grande!..... Hasta mañana, milord; cuento con vuestra promesa; mañana sabré si mis pobres hijos, que han vuelto á encontrar en vuestro Saint-Giles de Lóndres una miseria aún mas grande que la miseria de la misma Irlanda, pueden daros sus brazos y sus corazones, se-

guir á ciegas vuestro camino, y morir cristianos muriendo con vos.

—Mañana, monseñor, contestò Rio-Santo, no tendré nada oculto para vos

Acompañó al anciano hasta la puerta exterior de Irish-House, y los que se hubiesen encontrado cerca, lo hubieran visto besar en la oscuridad, la mano que poco antes habia apretado entre las suyas.

En el momento de volver á pasar solo el dintel de la puerta del salon se detuvo y se apoyó pensativo en el quicio de ella.

—Mañana! murmuró al cabo de algunos segundos. Ah! este hombre tiene razon! la espada del señor debe ser pura y sin mancha.... pero lo que yo he hecho de bueno, puesto en la balanza, pesará quizá mas que mis faltas.. Y ademas, he trabajado veinte años!

Meneó tan bruscamente su cabeza, que los anillos de su hermosa cabellera se agitaron como las espeluznadas mechas de la crin de un leon. Su frente se levantó. Cuando entró en la habitacion, no hubieran podido adivinar, bajo la resolucion altiva é indomable que brillaba en su mirada, que un viento de duda y de angustia acababa de pasar por su alma.

—Hermano mio Angus, dijo al laird alargándole la mano: estoy sumamente complacido de volveros á encontrar aqui, pues hubierais faltado á esta reunion donde se han hallado todos los que tienen una parte de mi secreto. A

vos, hermano mio, os lo he manifestado todo entero hace mucho tiempo.

—Hace quince años, la noche, en la quinta de Leed, pronunció Mac-Farlane con voz sorda.

Al mismo tiempo respondió con un vigor convulsivo á la presion de la mano del marqués.

Randal Grahame inclinó la cabeza con aire de temor y de duda.

—Escuchadme, amigos míos, continuó Rio-Santo cuyos ojos brillaban de entusiasmo y de audacia: escuchadme. Ha llegado la hora de no ocultaros nada..... Hace veinte años que yo solo he declarado guerra á la Inglaterra en nombre de mi padre muerto, y de la Irlanda oprimida... Hace veinte años que hiero sin descanso..... Esta noche voy á dar una batalla campal, y á decidir el destino de la guerra de un solo golpe... Os he elegido por mis segundos.

—Gracias, dijo Bembo.

Randal y Paulus se acercaron mas: el primero, hombre inteligente y enérgico, se habia entregado á sabiendas al marqués: el otro estaba subyugado. La audacia superior del marqués habia operado en él completamente. Estaba adherido tanto ó mas que si su adhesion instintiva hubiese tenido su origen en la cabeza ó en el corazon.

Por lo que respecta al laird, cruzó sus brazos sobre su pecho, y dijo con frialdad:

—Ah! es para esta noche. Muy bien, hermano mio Fergus. Estoy muy contento de haber venido.....

—Todo está listo , continuó Rio-Santo: las medidas combinadas pacientemente hace tanto tiempo, van á terminar á la vez..... No creais ir al combate como víctimas ofrecidas: la victoria es segura, mas segura que si yo me llamase Fernando ó Nicolas, y que tuviese detrás de mi los soldados del Austria y de la Rusia..... A la hora en que os hablo, la Irlanda armada espera la señal de la guerra : el pais de Gales, pronto á levantarse, disimula la vasta conspiracion de sus paisanos, con grotescas mascaradas , y limpia sus armas , mientras que lo creen ocupado en cubrir con caricaturas las paredes nuevas de las barreras de los arbitrios: Birmingham, y los condados manufactureros se agitan por la carta del pueblo. Alli hay cincuenta mil soldados que no esperan mas que un grito que salga de Lóndres para reunir sus filas y marchar. En fin, al rededor de Lóndres innumerables meetings han proclamado tambien la carta del pueblo, y este nombre nuevo de *cartistas*, ha hecho temblar á los ministros del rey en el consejo....

En Lóndres..... Ah! en Lóndres es donde somos fuertes!..... Hoy mismo, fatales rumores han aterrorizado la bolsa. La Inglaterra se cree amenazada de un segundo bloqueo continental. Parece que el espíritu de Napoleon salien-

do de el mármol de su tumba lejana, ha atravesado los mares para imbuir pensamientos de odio y de guerra á todos los gabinetes europeos Bien sabeis que tienen miedo: el comercio se turba; los capitales, que son la sangre de las venas de la Inglaterra, va á cesar de correr.. el coloso va á verse acometido de parálisis.... Y en este momento un ataque formidable y repentino vá á caerle encima..... Mientras que la compañía de las Indias yace medio muerta bajo los golpes sin número que se le han dado, mientras que deplora la pérdida de sus factorías, de sus buques, y los cien millones anuales que el reciente edicto del emperador de la China contra el opio vá á quitar de sus arcas, mientras que engancha nuevos soldados para sostener las mil pequeñas guerras que le suscitan, separados ó unidos los rajahs despojados del Indostan; en una palabra, mientras ella se agota en defenderse contra ataques lejanos, la guerra y el pillage están á sus puertas....

—Y tú eres quien has hecho ò harás todo esto, ¿no es verdad, hermano mio Fergus? preguntó el laird.

—Yo soy, yo solo, contestó Rio-Santo, cuya mirada arrojò un vivo destello de orgullo.

—¿Y qué debemos hacer nosotros? preguntó Bembo que temblaba de impaciencia y de ardor.

—Mi hermano Fergus es muy fuerte! añadió el laird antes que Rio-Santo pudiese res-

ponder: cuando él habla , se obedece..... No he olvidado, por que me lo ha dicho, no he olvidado mi odio contra el verdugo de mi hermana? Ah! estoy muy contento por haber venido!

Rio-Santo le cogió las manos y se las apretó entre las suyas.

—Gracias, hermano mio , dijo con emocion: yo tambien soy muy dichoso en poder apretar vuestra mano en la hora del peligro ; á vos á quien he elegido entre todos para desahogar mi corazon, y para amar.

La mano del laird tembló ligeramente: sus cicatrices se enrojecieron hasta el punto de parecer manar sangre.

Rio-Santo continuó.

—La compañía es la mitad de la Inglaterra..... La otra mitad, las partes nobles de ese gran cuerpo, el corazon y la cabeza, el gobierno en una palabra, están minados con la misma energia, serán heridos con la misma violencia..... En este momento, las cámaras del parlamento están reunidas: callan, temen traer á la tribuna mortales revelaciones; wighs y toris, por un tácito convenio, dejan á un lado el dedalo de turbacion y obstáculos á donde ha impelido á la Inglaterra eso que llaman fatalidad.. No dicen que Papineau, el ilustre agitador de la América del norte, preside la cámara reunida del bajo Canadá y combate victoriosamente su dominacion contra un paistan

grande como la Europa..... No dicen que amenazan los Estados-Unidos, y que de todos los puntos del globo se levanta á la vez una tempestad que se adelanta, que se adelanta oscureciendo á lo lejos el horizonte, y cubriendo ya ese orgulloso sol de la Inglaterra, cuyo suelo tiembla bajo los pasos de sus hijos.....

Oh! si no lo dicen, lo saben. Se necesita mucha salud, juventud, y vigor, para resistir á esos ataques exteriores, y todo está caducado, usado, envejecido. El pauperismo, envenenado por el vicio, estiende por todas partes su ancha llaga. Nada de trabajo. Montones de oro, y nada de pan.....

En fin, en lugar de fuerza para enderezarse y hacer frente al peligro, no hay mas que debilidad y apatia, producidas por este triple cancer: los pobres, el carlismo, la Irlanda.

Como si Dios hubiera querido manifestar al mundo por un ejemplo sensible, que los pueblos son como los hombres, y que las franchelas políticas tienen como las orgías privadas, el castigo de vergonzosas lepras.

Pues bien! sobre estos cuerpos agotados es sobre los que nuestros golpes van á caer hoy dia..... Somos fuertes..... Y aun seremos todavía mas, á fé mia, y casi me avergonzaria de atacar, si nuestra causa no fuese tan santa, pues nuestros soldados serán en la pelea veinte contra uno..... Nuestro ejército cuenta conmigo: Spitael Fields, ha debido vo-

mitar esta noche en Londres, miles de tejedores audaces, turbulentos, irritados por la reciente baja de sus jornales: Saint-Giles ha abierto sus chiribitiles, y lanzado fuera sus innumerables huéspedes, como una inundación furiosa que ningún dique podría contener: la Irlanda nos ha enviado diez mil soldados que esperan mis órdenes; en fin la familia de quien soy el jefe para dirigir sus poderosos recursos contra el enemigo, la familia, cuyos miembros no podrían contarse, servirá á mis designios sin saberlo..... ¿Qué decis de mi ejército?

—Digo que se cree adivinaros algunas veces, milord, contestó Bembo, como esos niños que no habiendo visto nunca la mar inmensa, agrandan en todos sentidos el río de su pueblo, y se dicen, la mar es así; pero vuestro pensamiento queda siempre superior á lo que se imaginan, como el oceano sin límites es superior al río engrandecido.

—Esa es una combinacion muy vasta, añadió Randal con aire pensativo.

—Dios me condene! dijo Waterfield, no habia necesidad de nada de eso para hacer entrar en razon á algunos centenares de guardias de caballeria, é infanteria, y á los grandes picaros encarnados, azules ó blancos.

El laird levantó con lentitud la cabeza.

—Si, si, murmuró, mi hermano Fergus hace todo lo que quiere..... Se han cumplido doce años que murió Mac-Nab, y aun no lo he

vengado!.. Cuando se puede tener la venganza de un hombre sin matarlo, sies tan fuerte como el destino.... ¿Pero acaso sabe mentir la voz de los sueños?... Ahora se reunen á Mac-Nab mis dos hijas.... Estoy muy contento por haber venido.

Estas últimas palabras se perdieron indistintas y confusas, con el ruido del atizador de la chimenea, dando con fuerza en los maderos inflamados que ardian en la reja.

Ninguno puso atencion á ellas , á no ser Randal, que miraba siempre á Mac-Farlane con aire inquieto y receloso.

Rio-Santo que hasta entonces habia hablado con pasion y fuego, se recogió un instante, y añadió con voz tranquila.

—He aquí ahora, amigos míos, cuales serán vuestros puestos de batalla: Ange, vais á ir al instante á la esquina de St-James-Street que está en este momento llena de gente. Allí hay gran número de miembros de la familia y quinientos irlandeses armados bajo sus vestidos. Los gefes llevan un pañuelo en derredor de sus sombreros. Esperan á su comandante; os hareis reconocer por tal, con la palabra de santo que es *Erin*: en seguida esperareis, acercándoos lo mas que sea posible al palacio de Buckingham, donde está el rey.

—¿Y qué he de esperar? preguntò Bembo.

—Esperareis á que un cañonazo os dé la señal de atacar el palacio de su magestad.

—Muy bien, contestó Bembo : podeis contar conmigo milord.

—Vos Paulus, continuó el marqués , vais á dirigiros á White-Hall, y á encargaros á la vez del almirantazgo, de la tesoreria , y de los guardias de á caballo..... Encontrareis alli gefes subalternos que os esperan, y los de la familia no os faltarán.

—¿La palabra del santo es la misma? preguntó Paulus.

—La misma, como tambien la señal.

—A fé mia, O' Breane, ó, milord , si asi os parece mejor; exclamó el viejo matador de bueyes, es necesario deciros que me burlo de la verde Irlanda como de los antipodas , pero haré todo cuanto querais..... Es cosa convenida.

—Vos, Randal, continuó Rio-Santo, tendreis las dos cámaras del parlamento y con especialidad á los ministros á quienes hareis prisioneros. Smith y Falkstone que ya están advertidos, cercarán las oficinas de la compañía de las Indias y Somerset-House. Los demas establecimientos del gobierno corresponden á nuestros irlandeses y á la muchedumbre.

—¿Y vos, milord? preguntó Randal.

—Yo, contestó el marqués, os daré la señal con los viejos cañones de la torre de Londres, donde tengo medios de introducirme.

—Ah!.... murmuró el laird que escuchaba inmóvil, y con los ojos bajos.

—Vos, hermano mio Angus, añadió Rio-Santo, me seguireis por todas partes. No es este el momento en que debemos separarnos.

—Estoy muy contento, respondió el laird.

Rio-Santo miró el reloj que señalaba las ocho y se levantó.

—Ya es tiempo de que nos separemos, señores: continuó: hasta la vista Ange; Dios os proteja, querido hijo mio. Hasta mas ver, querido amigo Randal, y vos, mi valiente, Waterfield. . . . espero que nos volveremos á ver muy pronto.

—Ojalá no os engañéis, milord! murmuró Bembo con emocion. Os digo de lo íntimo de mi corazón que el momento en que os vuelva á ver, será uno de los mas hermosos de mi vida.

Apretó la mano que le alargaba Rio-Santo. Randal y Paulus hicieron lo mismo, y los tres salieron por la puerta de la espalda que daba á Belgrave-Lane, á fin de dirigirse á sus puestos.

Angus y el marqués se quedaron solos.

Este último puso debajo de sus vestidos un hermoso par de pistolas, y colocó en su pecho un corto puñal de hoja mate y oscura, historiada en sus tres planos hasta la mitad de su largo, y profundamente istriada desde allí hasta la punta.

Mientras que estaba ocupado en esto, el

laird , pálido y vacilando sus piernas , atravesó el salon con direccion á la ventana, y la abrió.

—¿Acaso os encontrais mal , Angus? preguntó Rio-Santo.

El laird tenia la frente llena de gruesas gotas de sudor.

—Si, hermano mio, O' Breane, balbució, oh! si.. me encuentro mal ... porque aun os amo..... os amo..... si supieseis cuanto os amo!

El laird se apretó la cabeza con las dos manos, y su voz sollozaba.

—Dios mio! Dios mio!..... añadió : me faltan las fuerzas..... No quiero ir con vos..... no!..... La voz de los sueños.....

—Todavía! interrumpió el marqués con una sonrisa: ¿aun no ha concluido vuestra fiebre?

—Mi fiebre! repitió Angus cuyos ojos se estraviaron: escuchad!.... ¿acaso sé por qué os amo?.... Ahora mismo habia resuelto..... Ahora!..... ah! hermano mio , no vayais , os lo suplico, no vayais.

Rio-Santo se equivocó. Creyó que aquel terror repentino era causado por los inherentes peligros de la lucha que estaba procsimo á entablar.

—Callaos! Mac-Farlane , dijo ; esos son temores de muger..... ¿Si yo muero , no moris conmigo?

Se adelantó hácia la ventana, y quiso tomar la mano del laird. Este entregado á una

insuperable emoción , se arrojó en sus brazos llorando.

Las sombras negras se agitaron sobre la nieve, como se agitan los soldados colocados en batalla á la órden preparatoria de «Alerta!»





CAPITULO QUINTO.

El último paso.

A PENAS tocó Angus Mac Farlane la mejilla del marqués de Río-Santo, cuando se echó hácia trás con violencia. Su semblante y sus ojos llenos de horror, vagando en el vacío, estaban cada vez mas extraviados.

—Judas! Judas! balbució; he besado á mi hermano en la mejilla.....

El marqués había vuelto á la chimenea y tocó una campanilla.

—Enganchad al momento, dijo al lacayo que se presentó: quiero mi tilbury, y mi mejor caballo.

El criado salió.

Unos cuantos minutos despues Rio-Santo bajaba el peristilo de Irish-House arrastrando literalmente tras si á el laird.

Al fin del peristilo habia un elegante tilbury al que estaba enganchada una yegua de quien lord John Tantivy quedó enamorado perdido la primera vez que la vió.

El noble animal piafaba, endureciendo bajo su casco la nieve recientemente caida y levantando por repentinas sacudidas su nerviosa cola.

—Subid, Mac-Farlane, dijo Rio-Santo.

El laird permaneció inmóvil.

En la estension de la reja del Square, hubo un movimiento lento y casi imperceptible entre los hombres que esperaban en aquel sitio hacia mas de tres horas. Se deslizaron suavemente, siguiendo la acera adherente á la reja, y se encontraron muy pronto frente á el peristilo de Irish-House.

Frank Perceval y Stephen, que estaban apostados mas distante detrás de la esquina del pequeño parque de forma cuadrada que estaba en medio de Square, atravesaron la calle, y llegaron á la acera que pertenecia á las casas. As

que estuvieron en ella se adelantaron con precaucion hácia el tilbury.

Rio-Santo que habia pasado en derredor del carruage para acariciar á su yegua favorita, volvió en aquel momento, y tomó el brazo del laird diciendo:

—Vamos, hermano mio, vamos!

Mac-Farlane zafó bruscamente su brazo del apretón del marqués, y dió un paso hácia trás.

—No, no, no! dijo por tres veces: ¿Qué importa la voz de los sueños?.....

Rio-Santo lo miró fijamente.

—¿Qué teneis, Angus? preguntó: el tiempo urge. ... ¿No quereis venir conmigo?

—Quiero..... hermano mio! oh! hermano mio Fergus compadeceos de mí..... volved á subir este peristilo..... Entrad!..... entrad muy pronto..... voy á deciroslo todo..... si supieseis!.....

Rio-Santo dudó un momento, no por que tuviese la menor sombra de temor con respecto á si propio, sino por que amaba á Angus tanto como en otro tiempo, y queria saber el motivo de esa extraordinaria turbacion. Pero un incidente de esta clase no podia detenerlo mucho tiempo. Miró su reloj, y puso el pié en el estribo del tilbury.

—Quedaos, ó venid hermano mio, dijo; lo dejo á vuestra eleccion; pero apresuraos á elegir; pues mi tiempo está contado.

Angus dirigió á su derredor una mirada á hurtadillas, y vió que las sombras negras se adelantaban de todos lados, disponiéndose por una lenta maniobra, á rodear el tilbury.

Se avalanzó al estrivo detrás de Rio-Santo.

—Pues bien! sí, dijo; partamos.... pero partamos pronto, os digo!.... Lanzad vuestro caballo..... al galope..... mas vivo que al galope!

Rio-Santo cogió las riendas, y levantando la cabeza para escoger la direccion que debia tomar, vió por la primera vez dos ó tres hombres en medio de la calle.

Entonces una vaga idea de sospechas se le presentó.

—Vamos, hermano mio, en nombre de Dios! gritó Angus, cuya emocion parecia se aumentaba.

El marqués tuvo tiempo de dirigir en derredor suyo una mirada circular.

Vió á derecha é izquierda, en la calle, en las aceras, en todas partes, hombres diseminados que parecian esperar.

—He aquí una cosa estraña, murmuró.

—Oh! pero vamos, hermano mio!..... dijo Angus, cuyos miembros temblaban.

Rio Santo levantó los ojos hácia él, y vió que sus descompuestas facciones manifestaban el paroxismo de una horrorosa angustia.

—Milord, milord, dijo en aquel momento

un lacayo , bajando precipitadamente los escalones del peristilo : esos hombres que desde lejos cercan á vuestra señoría , están armados: estoy muy seguro..... he visto.....

—Si! si! interrumpió Angus: pasad sobre sus cuerpos, atropelladlos, hermano mio..... ¿vuestro caballo es bueno?

Rio-Santó midió con una rápida mirada el terreno que tenia que recorrer, y los intervalos que dejaban libres los que le designaban como enemigos.

—Clary! mi hermosa Clary! dijo muy bajito.

La yegua enderezó sus piernas, levantó el cuello, y aguzó sus orejas.

—Clary! balbució el laird poniendo su mano sobre su corazon que desfallecia.

Rio-Santo tomó las riendas y añadió á media voz:

—Arriba! Clary! arriba! hermosa mia!

La yegua salió corriendo desflorando la nieve.

—Clary! Clary! repitió el laird. Ah! ah! Clary!..... Habia olvidado..... ¿Qué has hecho de ella, Fergus O' Breane?

Se levantó , y arrancando las riendas de manos del marqués tiró de ellas con todas sus fuerzas hasta el punto de hacer retroceder al tilbury, lanzado ya al galope , hasta el peristilo de Irish-House.

Los hombres apostados por Stephen y

Frank, lo mismo que estos dos jóvenes, habian quedado indecisos hasta este momento, esperando en vano la señal convenida entre ellos y el laird.

Se movieron todos á la vez en el instante en que este último hacia retroceder el carruage, que se encontró estrechamente cercado en un abrir y cerrar de ojos.

—Ah! hermano mio Fergus, exclamó Mac-Farlane con atronadora voz: ¿qué has hecho de Clary?..... ¿qué has hecho de Ana?

Estas furiosas reprensiones eran un enigma para Rio-Santo.

Su primera idea fué de que se hallaba rodeado de agentes de policia y que Smith, ó algun otro, le habian hecho traicion.

Permaneció sentado, tranquilo en la apariencia, en los almohadones del tilbury, mientras que Mac-Farlane, de pié á su lado, gesticulaba, con la boca llena de espuma, y parecia estar entregado á un furioso acceso de frenesí.

Dos hombres tenian ya al caballo por la brida.

La luz de los dos faroles de gás colocados delante del peristilo de Irish-House, y entre los que se encontraba ahora el tilbury, daban de lleno en el semblante altivo y pálido del marqués de Rio-Santo. No le costó trabajo á Stephen reconocer en él al elegante extranjero de Temple-Church. Pero entre el hombre de Temple-Church, su enemigo de ayer, y el ase-

sino de su padre, consagrado hacia muchos años á su venganza, existia siempre aquella diferencia material que por tanto tiempo habia confundido las sospechas de Stephen. El jóven médico tenia ahora el testimonio del laird, y ya no dudaba; pero buscaba continuamente sobre aquella frente noble, que el repentino ataque de Angus acababa de descubrir, otro testimonio físico, irrecusable: la cicatriz tan profundamente grabada en su infantil recuerdo.

A Frank le sucedia lo mismo.

¿Era el marqués de Rio-Santo el que estaba delante de él; era el hombre detestado, el rival dichoso, el desapiadado tirano de la pobre Mary, pero era tambien el verdugo de Harriet?

El marqués de Rio-Santo no hacia ningun esfuerzo ostensible para libertarse. Miraba con aire de tranquila sorpresa á aquellos hombres desconocidos, amotinados en derredor del carruage, y parecia esperaba una explicacion.

Pero el semblante del marqués de Rio-Santo, tan habil para espresar todos los sentimientos, y todos los matices de estos sentimientos, sabia tener en las ocasiones una máscara discreta. Permaneció sereno y tranquilo, pero bajo aquella ficticia serenidad, bajo de aquella calma, resultado de un desesperado esfuerzo, habia una angustia horrorosa.

Hacia una hora que todas las fuerzas reunidas de la capital de los tres reinos quizá no hubieran sido suficiente á contener su temible

impulso: ahora algunos hombres podrian interceptarle el camino. ¿No es suficiente un transeunte que pone el pié sobre el reguero de pólvora, ó una gota de agua que por casualidad moja la mecha que encienden, para prevenir esos choques gigantescos cuya calculada explosion ahonda los abismos, y nivela las montañas? pero si la chispa ha tocado una vez á la mina, ¿qué ejército ni que diluvio podria detener la explosion?

Los últimos sucesos que hemos contado se habian sucedido rápidos como el pensamiento. No se habian pasado diez segundos entre el repentino cambio del laird, y la irrupcion de las gentes de Stephen Mac-Nab.

No hay necesidad de explicar que el laird, con su espiritu vacilante, y no encontrando en su turbado cérebro una firme base en donde afirmar sus ideas, habia experimentado de improviso, y en lo mas hermoso de sus pensamientos de venganza, los efectos de aquella poderosa dominacion que el marqués de Rio-Santo ejercia en todas partes en derredor suyo. Habia olvidado su odio para no acordarse sino de aquella ternura fraternal y casi apasionada que lo unia á Fergus O' Breane. Pero el nombre de Clary, resonando en su oido, habia roto el encanto.

Se acordó de su cólera, y esta reaccion se habia verificado con tanta mas violencia, cuanto que habia estado mas procsimo de perder la ocasion de castigar y de vengarse.

Hubo un completo silencio en derredor del carruage detenido.

La puerta de Irish-House se habia abierto, y en el peristilo se habian colocado ocho ó diez lacayos con libreas que estaban mirando.

El laird tenia con una mano las riendas, y con la otra apretaba el redingote de Rio-Santo.

Jadeaba y no podia hablar.

Rio-Santo lo rechazó con dulzura.

—Señores, dijo con voz vibrante, tranquila, y sonora en medio del silencio; me llamo don José María Tellez de Alarcon, marqués de Rio-Santo. Soy grande de Portugal de primera clase, y encargado de una mision diplomática para con el gobierno inglés. Si sois caballeros, os suplico, despues de esta esplicacion que no os debia hacer, que solteis la cabeza de mi caballo, y me hagais sitio: si sois agentes de policia, os intimo que desocupeis el campo, estando ecsentos de cualquier escusa por este insulto brutal y contrario al derecho de gentes.

Ninguno de los hombres que formaban el círculo en medio de la calle se movió; pero Frank y Stephen dejaron á la vez la acera, y vinieron á colocarse uno á la derecha, y otro á la izquierda del marqués.

—No hace mucho tiempo, dijo Frank cuya voz animaba la cólera, que el marqués de Rio-Santo y yo nos hemos visto mas de cerca, para que necesite declinarle mis nombres y títulos.....

El marqués se inclinó para ver mejor.

—El honorable Frank Perceval ; murmuró con amargura : se dice que las personas á quienes se les perdona la vida, llegan á ser enemigos implacables..... ¿qué me quereis , caballero?

—Quiero pedir os satisfaccion , milord, respondió Frank que le costó trabajo contenerse, de un crimen bajo y sin nombre.

Se empinó y dijo muy de quedo:

—Soy el hermano de Harriet Perceval, milord.

—Y el desgraciado amante de Mary Trevor, añadió ironicamente el marqués : os manifiesto, caballero, que no he tenido el honor de conocer á milady vuestra hermana.

—Es muy cierto , dijo Frank ; la habeis matado sin conocerla.

Habia en aquella laconica acusacion un acento tan profundo de odio sin límites , y á la vez de amargo dolor, que el marqués iba á pedir esplicaciones, cuando sintió una mano posarse sobre su brazo.

Se volvió y se encontró frente de Stephen.

Soy el hijo de Mac-Nab , dijo solamente este ultimo.

Rio-Santo se estremeció de pies á cabeza.

—Mac-Nab! mi hermano Mac-Nab! pronunció lugubrement e el laird: sangre por sangre!..... Estoy contento de haber hecho lo que he hecho!

Hubo un corto momento de silencio.

El marqués parecía que se había cambiado en estatua. Su mirada inmóvil se fijaba pesadamente delante de sí.....

¿Quién podría decir lo que pasaba en este hombre en aquella hora suprema? Había trabajado veinte años, superado obstáculos, que otros hubiesen reputado impracticables; había revuelto al mundo! Y ahora, el último paso un precipicio.....

¿Podría decirse que este castigo era justicia, y que sus crímenes solo se levantaban contra él?

¿O bien podría decirse que Dios lo castigaba por su clemencia, por que había salvado por dos veces la vida de a uel hermano que le hacia traicion, y tambien librado la ecsistencia de esos dos hombres que pedian su sangre?....

No tuvo mucho tiempo para reflexionar.

—Caballero, dijo Stephen con frialdad, tened á bien bajar; comprendereis que en adelante toda resistencia seria una locura, y que mejor será para vos ahorrarnos la triste necesidad de emplear la violencia.

Los criados y lacayos del marqués eran todos ingleses. Contemplaban aquella escena con mucha flemma, y nose movian como si se hubiese tratado del gran turco. Se les veia escalonados en el peristilo con sus vestidos escarlatas. Dos ó tres de ellos tenian gruesos bastones de

los que se hubieran podido servir en caso necesario. Afirmamos que si una pobre barrendera irlandesa, hubiese interceptado el camino por inadvertencia los valientes servidores la hubiesen acometido y puesto en fuga.

—Callaos, sobrino mío Mac-Nab! exclamó el laird cuyo desorden se aumentaba, hablais mal!.... Ah! cuando se aborrece, es necesario aborrecer mucho..... Ha matado á nuestro padre!..... Ha robado á mis dos hijas!..

—Yo!..... quiso interrumpir el marqués.

—A Clary y Ana!..... á las dos!..... á las dos!..... ah! Es necesario la violencia!.... ah!.....

Se lanzó gritando sobre Rio-Santo y lo cogió por el cuello.

Por un momento se entabló una lucha confusa, en la que no se distinguía sino imperfectamente los movimientos de los dos adversarios. Mac-Nab y Perceval se arrojaron á ellos al mismo tiempo para interponerse.

En aquel instante Rio-Santo acababa de librar su cuello de los insensatos apretones del laird, y levantó la cabeza. Sus ojos brillantes reflejaban los rayos de gás: un color rojo sombrío y uniforme, resultado de los esfuerzos de Angus ó de la cólera, había reemplazado la palidez mate de las facciones del marqués; sus cejas estaban fruncidas, y sobre el fondo

rojizo de su frente, una línea lívida, profundamente cortada, corría desde la ceja al nacimiento de los cabellos.

Frank y Stephen dieron un doble grito:

==La cicatriz!

Pero nunca fruncia en vano Rio-Santo sus cejas. Habían perdido de vista sus movimientos durante un segundo, y un segundo le bastó.

El laird echado al suelo violentamente, vino á caer en los brazos de Stephen, y una voz imperiosa se dejó oír.

==Soltad las riendas, ú os vá la vida.

Los dos hombres que sujetaban al animal no obedecieron, y dos detonaciones resonaron una despues de otra.

—Arriba, Clary, arriba, hermosa mia! dijo el marqués.

La yegua dócil obedeció al freno, libre ya, pues los dos hombres habían rodado sobre la nieve.

El tilbury partió como un rayo. Clary había aventajado en las últimas carreras d' Epsom al famoso Tippoo-Saël por el que su señoría el conde de Chesterfield había apostado y ganado tres contra uno durante dos años.

—Cien guineas doy al que lo detenga! gritó Stephen ecsasperado y corriendo tras de Rio-Santo.

Donnor d' Ardagh blandió su enorme cuchillo que tenia en la mano.

—Oh! vuestro honor, dijo, Donnor vá á detenerlo por nada..... El lord tiene un hermoso caballo, esto es lo seguro, han enlosado la entrada de Belgrave-Street, y los lores no reparan estas cosas.... Se va á ver precisado á volver á tras. Si ese pequeño carruage me atropella, creo que vuestro honor tendrá cuidado de la criaturita que está en Saint-Gilles.

Donnor estaba ya lejos. Llegó á la esquina del Belgrave Street mucho antes que los otros; y en el momento en que el marqués, detenido por el obstáculo indicado, volvía á escape para enfilar el otro lado del Square, se le vió precipitarse al carruage el primero. La carrera del tilbury no se disminuyó. Solamente que Donnor agarrado á las varas se dejaba arrastrar, y no soltaba la presa, á pesar de los esfuerzos del marqués.

Al cabo de un centenar de pasos Clary tropezó.

—Arriba! hermosa mia! dijo Rio-Santo.

Clary dió un saito hácia delante, y en seguida tropezó de nuevo. Al cabo de diez pasos cayó muerta.

Donnor se tiró en la nieve, fatigado, dando un grito penetrante de victoria. Habia conseguido meter todo su cuchillo en la barriga de la hermosa yegua.

—Oh! vuestro honor! dijo á Stephen que llegó corriendo ; aun no habia yo hecho nada que valiese algo para pagar el pan que me habiais dado, y los vestidos de la muchacha!





CAPITULO SESTO.

Efectos del frio sobre un motin.

 AS dos varas del tilbury se habian roto en la caída, y el marqués de Rio-Santo fué arrojado con fuerza al suelo. Permaneció algunos segundos atolondrado por el golpe, pero sin embargo, se levantó antes que el mayor número de sus adversarios estuviese cerca para alcanzarle.

Estaba de pié en medio de la calle y tenia en la mano su puñal.

Todas las ventanas de Belgrave-Square se habian abierto á el oir los dos tiros de las pistolas. Los criados habian bajado á la calle, y los amos procuraban ver sin incomodarse.

Algunos grupos desembocaban por las calles inmediatas solícitos y curiosos.

Los acometedores que llegaron primero á el alcance del marqués, se detuvieron sin atacarlo pues la brillante luz del gás iluminaba su posicion determinada, y manifestaba, como si hubiese sido en medio del dia, los detalles de su cuerpo flexible y vigoroso. Stephen y Perceval fueron los primeros que se arrojaron á él.

—Que! los dos á la vez! dijo el marqués con burla.

Habia evitado el choque de Frank, y tenia levantado el puñal sobre Stephen que acababa de tropezar contra un pedazo de las varas.

Pero no descargó.

Un clamor lejano y confuso se dejaba oir en direccion de Chapel-Street.

—Rendios, milord, dijo Stephen que habia tenido tiempo de levantarse, bien veis que es inútil toda resistencia.

—Veo que sois veinte contra uno, señores, contestó Rio-Santo. En todos los paises seria esto una cobardia; en Lóndres es prudencia de costumbre..... Me rindo al honorable Frank Perceval.

Al decir esto, escuchaba con suma atención. El ruido se aumentaba por el lado de Chapel-Street. Era como un murmullo inmenso, creciendo por intervalos, apagándose en seguida para volver a renacer, rugia un instante y se ensordecia de nuevo.

El marqués de Rio-Santo había tirado su puñal, y se mantenía, sin armas, entre Stephen y Perceval.

—Milord, le dijo este último, sería muy mal escogido este momento para irritarse con vuestros reproches, ó recoger severamente la ultrajante amargura con que los espresais. Sin embargo, debo decir á vuestra señoría que veinte cazadores pueden sin vergüenza acosar al javalí en su cueva..... Hacednos el gusto de seguirnos.

Toda la tropa se puso al momento en marcha hácia Chapel-Street, á fin de llegar al despacho de policía de Westminster.

El semblante del marqués había perdido su carácter de tranquilidad altiva y provocadora, para tomar una espresion de frialdad indiferente. Nadie hubiera podido adivinar en aquel momento lo que pasaba en su interior. Quizá estaba sobrecogido de esa pesada apatía que sigue á la derrota. Al menos era lo que debían creer los que no conocían mas que al exterior, y no habían podido medir nunca la fuerza oculta de su alma.

Aun quizá tenía algún misterioso motivo para esperar.

Es cierto que cada vez que un clamor mas sonoro llegaba de Grosvenor-Place por Chapel-Street, el marqués apretaba el paso involuntariamente, como si hubiera querido adelantar á sus guardias. Llegaron á la esquina de Belgrave-Square: no era difícil conjeturar que una reunion demasiado considerable llenaba á Grosvenor-Place. Sin embargo, la pequeña tropa continuaba su marcha.

Se hubiera podido ver brillar en la fisonomia del marqués un relámpago de contento prontamente disimulado, cuando se halló en Chapel-Street que ya lo llenaban los gritos de la multitud.

=Apresurémonos, dijo Stephen, ó encontraremos el paso obstruido.

=Podria decirse que era un motin! añadió uno de los hombres que lo acompañaban.

Con efecto, era un motin. Era el ala de un ejército inmenso que en aquella hora ya hacia correr por las calles de Lóndres sus innumerables batallones. Eran los habitantes de Saint-Giles, los ladrones de la familia, y los irlandeses, que siguiendo la direccion que le habian dado, se precipitaban hácia Buckingham-Place.

Asi que hubiesen llegado á aquella muchedumbre de que Rio-Santo era el alma, una sola palabra hubiera sido suficiente para salvarse. He aqui por que su frentese iluminaba á su pesar: he aqui por que apretaba el paso, y

hubiera pagado cada uno de los que lo separaba de Grosvenor-Place con una semana de su vida.

Pero habia en su camino un obstáculo viviente, un hombre que Dios parecia haber elegido entre todos, para doblar la amargura de el caliz. Angus Mac-Farlane habia asistido al consejo secreto celebrado en el salon de Irish-House. Tambien él sabia lo que era aquella multitud cuyos clamores llegaban al marqués como un presagio de salvacion.

Estropeado todavia de su caida, se arrastró sobre la nieve hasta la entrada de Chapel-Street, y gritó que se detuvieran.

Rio-Santo palideció al oir aquella voz poco antes amada, y que ahora era la de su mas implacable enemigo.

El laird habló, Stephen y Frank cambiaron al punto la direccion de su marcha, y como el marqués rehusase dar un paso en sentido contrario, lo cogieron en brazos y lo llevaron á su pesar.

En Belgrave-Street encontraron al fin á los de la policia atraidos por la doble detonacion. Rio-Santo fué entregado á ellos, y llegó á la oficina de la policia de Wetsminter escoltado por todos los que habian contribuido á su arresto.

Durante esto, Lóndres, la ciudad antipatica á los motines, por que los motines hacen cerrar las tiendas, se asustaba y replegaba á lo

interior de sus negras casas, como hace una lima en su concha cuando se acerca el peligro.

El motin crecia, crecia. ¿A dónde iba á parar? ¿Con qué objeto se armaba la multitud? ¿En provecho de quien se hacia la revolucion?

Algunas cortinas de las ventanas se entrebrian. Los caballeros miraban, y á el aspecto de aquel levantamiento colosal que ponía en la calle tantas cabezas de hombres como chinos habia en ellas, se preguntaban lo que llegaria á ser de Lóndres, la ciudad malguardada por escelencia, donde no habia mas tropas que las que son necesarias para hacer una parada los dias de fiesta delante de Saint-James, la ciudad tranquila, organizada para el lucro y la paz, inhabil para la guerra, y defendida solamente por algunos centenares de soldados de á caballo, los mas esplendidos caballeros de carton del mundo entero.

La multitud iba aumentándose sin descanso, tan pronto rugiendo sordamente, como llenando el aire de atronadores clamores. Iban ajando y hundiendo la nieve helada bajo sus pies.

Y aquella multitud no tenia bandera. No gritaba ni por los whigs que estaban entonces en el poder, ni por los toris, ni por los radicales. Era una cólera terrible, tanto mas cuanto que era misteriosa é inesplicable.

Buckingham-Place estaba cercado; White-Tomo 10.º

Hall, y sus alrededores donde están amontonadas las administraciones públicas, se hallaban tomadas de antemano, pues el número de los acometedores alejaba toda idea de resistencia. Los horrorizados miembros de las dos cámaras del parlamento se callaban oyendo aquel pueblo amotinado á sus puertas, y cuyos desordenados clamores hubiera cubierto su vacia elocuencia. Oh! todo estaba previsto, todo, escepto la parte que la mano oculta de la providencia tomaria en los sucesos.

Lóndres se encontraba atacado á la vez como Inglaterra, por todas sus partes vulnerables. Seguramente era el mismo genio quien habia mandado el plan de aquella doble batalla.....

Pero la señal no llegaba. Los segundos de Rio-Santo, impacientes por la impaciencia comun, esperaban: el cañon de la torre permanecia callado.

¿Quién no conoce los ímpetus atolondrados, ciegos, locos, y brutales de ese monstruo que llaman motin? Pasa, arrastrando delante de si todo obstáculo, fortificándose para el combate, creciendo á cada gota de sangre que derrama, capaz de operar milagros, si ha husmeado una vez el querido olor de la muerte. Pasa lleno de ardor y alegría, con tal que le den hombres que matar, ó palacios que demoler. Escuchad! si lo ois rugir muy fuerte, y lanzar

al cielo los ahullidos de su horrorosa alegría, es por que ha roto columnas de mármol, ó destrozado miembros de carne humana ; es por que baila sobre las ruinas ó por que calienta sus pies en la sangre.

Pero si no arrojaís nada á su paso , ¿con que ralea quereis que se anime? ¿La embriaguez no dura mucho tiempo sin aliciente. No siempre basta el gritar; es preciso para permanecer animado, beber si uno es hombre , matar si es pueblo.

Y la señal no llegaba.

El monstruo tenia los pies metidos en la nieve. Le obligaban á permanecer en aquel sitio y no cesaba de tiritar.

—Ah! si algun grito hubiera resonado en cima de aquella multitud estúpida, si le hubiesen manifestado el objeto diciendo: **Hiere**, hubiera tomado gusto al pasatiempo , y entonces desgraciado del objeto indicado, bien fuese soldado ó monumento ; pero nada. Los segundos de Rio-Santo esperaban.

Las horas pasaban, y caia una nieve espesa. El motin tenia frio.

Ahora bien, el motin se disipa como se forma. ¿Quién sabe de donde viene la tempestad, y quien sabe á donde vá?

A eso de las diez de la noche, los agentes de la policia recorrian las calles de Lóndres, donde el paso de la muchedumbre no habia dejado mas que montones de lodo.

En un solo sitio no habia cedido el motin, y era en la esquina de Prince's-Street y de Poultry. Sabemos que alli el *rush* tenia un objeto, y que no era necesaria una señal para comenzar el pillage del banco.

El momento estaba señalado.

A las once debian empezar las operaciones.

Pero el laird habia tenido tiempo de hacer su declaracion en el juzgado de policia de Westminster. A eso de las diez desembocó un batallon de infanteria por Threadneedle que lo habian dejado libre, y se colocó tranquilamente delante de la puerta de soda-water.

Las personas de la familia lo miraron en silencio. Paddy blasfemó, y Snail maulló.

A media noche todo estaba tranquilo en la ciudad, escepto una docena de albañiles ocupados en tapiar á la luz de los hachones, la puerta del almacen de soda-water!

Afortunadamente, y M. Smith daba muchas gracias al cielo, no quedaba nadie en los subterráneos.

Nadie, esceptuando Saunders el elefante que se encontraba asi emparedado con los restos de su cena de la noche anterior, y su jarro de cerbeza.....

.....
Ya era tarde cuando Suzannah dejó á Clarry Mac-Farlane, á quien acababa de salvar, en

la acera de Cornhill, delante de la casa de mistress Mac-Nab.

Hizo que la llevarsen al momento á Regent Street á casa de la condesa de Derby.

Hacia dos dias que la hermosa jóven habia sido separada violentamente de Brian de Lancaster, en el mismo momento que acababa de contarle su historia. Desde entonces ignoraba del todo lo que habia sido de Brian. No atreviéndose á ir sola á casa del segundo de Lancaster, lo que hubiera contrariado las ideas de conveniencia y de pudor que habia aprendido tan rapidamente en su corto paso por el mundo, pensaba naturalmente en procurarse algunas noticias por medio de lady Ophelia, su única amiga.

Durante estos dos dias la inquietud habia tenido poco lugar en los pensamientos de Suzannah. Se habia entregado esclusivamente á esa benéfica mision de protectora, que el estado de sufrimientos de Clary ecsigia. Esta mision la sentaba muy bien y se complacia en ella. Habia en su natural fuerte y rico, un fondo inagotable de misericordiosa bondad. La mas tierna madre se hubiera considerado vencida al ver los cuidados amorosos, las delicadas solicitudes con que la hermosa jóven habia rodeado á Clary «su hermanita» como la llamaba. Lo natural en Suzannah era amar hasta la adhesion, en la amistad; en el amor hasta la adoracion. La imá-

gen de Dios criador ecsistia entera en aquella alma tan pura y noble, lo mismo que el imperfecto espejo del corazon de la hija de un hombre puede reflectar las perfecciones divinas.

Asi que Clary quedó entregada á su familia, y no reclamaba ya sus cuidados, el recuerdo de Brian de Lancaster volvió á apoderarse de Suzannah. Diez veces, en el camino de Cornhill á Regent-Street, estuvo decidida á mandar al cochero que se dirigiese á Clifort-Street á casa de Lancaster, pero se contuvo. ¿El mismo Lancaster no habia parecido desaprobar de antemano aquel paso cuando le dijo que la casa de lady Ophelia era su asilo natural?

Suzannah se armó de paciencia desde que creyó obedecia á la voluntad de Brian.

Encontró á la condesa de Derby sola y sufriendo.

Lady Ophelia acostumbrada en otro tiempo á la vida tranquila y verdaderamente digna, como nos vemos precisados á confesar de los miembros de la aristocracia inglesa, que han permanecido fieles á las antiguas costumbres de su raza, se encontraba hacia mucho tiempo fuera del camino austero que nunca hubiera debido dejar. Su intimidad con el marqués de Rio-Santo habia impreso una mancha en su renombre; pero, inocente ó culpable, (pues en definitiva, el mundo que no juzga sino por apariencias, no puede juzgar sin apelacion), habia con-

servado á lo menos hasta entonces intacta toda aquella parte de la existencia que no afecta las cosas del amor. Pero hacia algunos dias que aquella parte reservada de su vida se encontraba bruscamente descantillada. Habia entregado á Perceval los secretos del marqués; habia, por consecuencia de aquella revelacion ejecutada bajo una vista malévola y celosa, un paso que, en las costumbres inglesas, llama sobre su autor descubierto los rayos de la excomunion elegante: queremos hablar del billete entregado á hurtadillas á Mary Trevor: ultimamente habia, y esto era muy reciente, escrito á Frank Perceval, dictándole el marqués de Rio-Santo, una carta, cuyos posibles resultados la hacian estremecer.

Todo esto gravitaba estraordinariamente en su conciencia honrada y pundonorosa. Atacada ya hacia mucho tiempo por los pesares de un amor desconocido y engañado, por las angustias de unos celos que tiranizaban sus noches y sus dias, la desventurada muger debia doblegarse bajo aquel triple peso. Su salud ya vacilante, se abatió de pronto.

Suzannah la encontró acostada en un gran sillón, pálida, debilitada, y con la desanimacion pintada en su semblante.

Al ver á la hermosa jóven, brilló en los labios de Ophelia casi una alegre sonrisa.

—Creia que me abandonariais, dijo, y estoy muy contenta de veros.

Suzannah le tomó la mano y se la apretó con dulzura entre las suyas.

=Cuan pálida y mudada estais, mi querida lady! añadió: ¿sufris?

La condesa puso la mano sobre su corazón.

=Si, contestó, sufro.... y mi mal no es de los que puede un médico curar facilmente.. Os contaré mis penas, Suzannah..... ¿Pero á vos, que os ha sucedido?

=No puedo deciros que os contaré mis penas, Ophelia, añadió la hermosa jóven riéndose tristemente: mis penas son un secreto, y este secreto no me pertenece.... Desde que no os he visto, tambien he sufrido mucho, pero he tenido mucha alegría..... El día en que pueda abriros mi corazón como lo he hecho con Brian de Lancaster, á cuya suerte voy á unir-me por un lazo indisoluble, será para mi un día muy feliz.

La condesa se incorporó en su gran sillón, y atrajo á Suzannah hácia si.

=Bien sabia que me traeriais algun consuelo, dijo con encantadora amistad: me es tan grato veros dichosa, Suzannah!..... Y yo que conozco á M. de Lancaster, sé que es noble y bueno, tan noble y tan bueno como habeis podido imaginar en los ardores de vuestro jóven amor..... Tanto mejor! oh! tanto mejor! querida lady, al menos vos olvidareis lo que es sufrir!

Dió un beso en la frente á Suzannah que se inclinó hácia ella ruborizándose y sonriéndose.

—Vengo á pedir os un asilo, Ophelia, continuó esta última: si no puedo deciros mis secretos, sin embargo, es preciso que sepais el embarazo en que me encuentro..... no tengo asilo ninguno.....

—Que! exclamó aturdidamente Ophelia, la señora duquesa de Gevres.....

Suzannah permaneció callada.

—Perdonad, mi querida lady, continuó la condesa: os agradezco que hayais comprendido que mi casa os pertenece como yo misma.

Esto fué dicho con franca efusion, y sin embargo, la frente de lady Ophelia se puso pensativa en el momento que dejó de hablar.

Seria necesario tener un humor singularmente austero y gruñon, para no compadecerse de aquella curiosidad instintiva, y mas rápida que el rayo que viene á mezclar en la mujer un pequeño deseo agudo y sutil como la punta de un aguijon penetrante en las mas puras expansiones del corazon. En todo caso este pequeño deseo no echa á perder nada: es involuntario como todo deseo, y mas involuntario que cualquiera otro, por que es mas repentino. Condenarlo seria superfluo. Desde que se discuten, ha dejado de ser; no ecsiste sino con la condicion de pasar desapercibido.

Pues al momento que lo notan lo desechan con vergüenza ó bien se complacen en él á todo su sabor. En el primer caso la justicia está hecha; en el segundo, el pequeño deseo sobre el que llamamos la indulgencia masculina, no es ya el mismo; entra en esta curiosidad detestable y vulgar, vicio comun á los tontos de ambos sexos y que seguramente no merecen ni compasion, ni perdon.

No tan solo no podia considerarse á lady Ophelia de tonta sino que el elemento plebeyo no tenia ni un átomo en su altivo natural; pero era muger. Sin saberlo y con una mágica prontitud, su distraida imaginacion amontonó una multitud de indicios. Recordó aquella estraña ignorancia de todas las cosas que tantas veces habia manifestado la hermosa jòven, de su repentina llegada, y de las semi-confianzas escapadas en las horas de las expansiones. Se acercó á esas diversas circunstancias del alto titulo llevado por Suzannah, viuda, y no apareciendo iniciada en los misterios del matrimonio, y al fin llegó á preguntarse como la princesa de Longueville se encontraba precisada á pedir un asilo.

Este trabajo mental duró precisamente la cuarta parte de un segundo.

El resultado fué que la condesa de Derby esperimentó un gran movimiento de cólera contra si misma, y que abrazò á la hermosa jòven con una gran efusion de ternura.

=Conozco toda vuestra bondad, querida lady, añadió Suzannah que se ruborizó de nuevo y se turbó: vengo á pedir os un asilo..... Además...

—¿Además?..... repitió con dulzura la condesa.

=Hace dos dias que no he visto á M. de Lancaster, concluyó la hermosa jóven levantando la cabeza como para protestar contra su rubor.

Lady Ophelia se levantò prontamente y sin esfuerzo, para coger una campanilla de oro que estaba á su alcance.

=Mirad, Suzannah, dijo alegremente, me habeis curado..... Joan, añadió dirigiéndose á su doncella, que se presentó al oír la campanilla, traedme avios para escribir.

Joan puso sobre la cama un elegante y ligero pupitre de tafílete. La condesa mojó la pluma en el tintero.

—Es preciso causarle una sorpresa, hermosa mía, dijo muy bajo. No quiero decirle que estais aqui, y mañana cuando se presente.....

—No, oh! no, Ophelia, interrumpió Suzannah: decidle que estoy con vos.. Una noche es inmensa, y debe creerm rodeada de peligros.

—Como pronunciáis esa palabra, Suzannah!..... Peligros!..... pero hay peligros de todas clases..... Voy á decir á M. de Lancaster que estais al abrigo y bajo mi proteccion.

Su pluma corrió por el papel trazando tres ó cuatro renglones.

—Joan, añadió cerrando la carta, es preciso que Tom lleve al momento esta esquila á Clifford-Street, á el honorable Brian de Lancaster, y que me traiga la respuesta al instante, que la espero.

Joan salió.

La hermosa jóven dirigió á su amiga una mirada de reconocimiento.

La conversacion continuó. La condesa se sentia realmente aliviada. Muchas veces no se necesita mas que el metal de una voz amada para disipar esos pesados vapores que condensan en derredor del alma la soledad y el abandono.

Suzannah miraba con mucha frecuencia la manilla del relox.

Cada vez que lo miraba lady Ophelia se sonreia melancolicamente, por que recordaba sin duda muchas miradas de impaciencia y de esperanza, dirigidas por ella á aquel mismo relox en semejantes circunstancias.

Al fin volvió á aparecer Joan en el dintel de la puerta. Traia una carta en la mano.

—Dadmela, dadmela, dijo la condesa.

Suzannah estaba pálida de emocion.

Joan entregó la carta á su ama que la reconoció por la que acababa de escribir un momento antes, y que no habian abierto.

—¿Qué significa esto? preguntó.

—Sepa vuestra señoria, contestó Joan, que el honorable Brian de Lancaster hace tres dias

que está ausente, y desde entonces no se tiene la menor noticia suya.

Suzannah vaciló y se apoyó temblando en la cabecera de la cama.



Aí que besos, ¡tan manojos!... un faro de luz, ¡tan manojos!... instaló sus ojos verdes á la ventura, buscando lo semejante á la tarde del día de la boda, al señor vizconde de la... se había anunciado con cada uno de los... de... Lady Ophelia estaba levantada, y permitiendo que la señora vizcondesa... de... Longueville, que había pasado la noche en... Barnwood-House.



CAPITULO SEPTIMO.

La casa de locos.

A eso de las dos de la tarde del día siguiente, el señor vizconde de Lantures-Luces se hizo anunciar en casa de la condesa de Derby.

Lady Ophelia estaba levantada, y permanecía en su gabinete con la señora princesa de Longueville, que habia pasado la noche en Barnwood-House.

El nombre del francesito pronunciado en medio de la conversacion de las dos jóvenes, quizá hubiera producido en cualquier otra circunstancia un efecto desagradable; pero en este dia fué acogido sin disgusto, y casi con alegría. Tenian necesidad de saber, y el vizconde poseia un valor intrinseco igual al de quince periódicos.

Al momento que lady Ophelia dió orden para que lo introdujeran, M. de Lantures-Luces salvó con prontitud el dintél, no sin *evaporar* con un último pasavolante los crespos anillos de su peinado. Entró con la cabeza inclinada, el sombrero en la mano derecha, y la izquierda cogiendo su lente á modo de tijeras.

—¿La señora condesa, dijo besando la mano de Ophelia, tendrá á bien permitidme?.....

En seguida añadió haciendo una repentina evolucion hácia el lado de Suzannah.

—Tendreis á bien permitidme, señora princesa?

Asi que besó las dos manos, dejó errar un instante sus ojos verdes á la ventura, buscando seguramente un abanico que pudiese encontrar encantador: la desgracia quiso que no hubiese abanico en el gabinete, lo que obligó á Lantures-Luces á entablar la conversacion del modo siguiente:

—Hermosa señora, aun no habia observado ese delicioso broche.....

Pobre Mary! me alegró mucho
Tomo 10.º

—Seguramente , vizconde , contestó lady Ophelia; ya ván tres veces que lo habeis declarado encantador.

—¿Hablais formalmente? balbució el pequeño francés. Pues bien , hermosa señora , es peculiar de las cosas encantadoras el parecer siempre nuevas..... Y apropósito de nuevas, creo que vuestra señoría tendrá á bien escusarme este ligero juego de palabras ; tenemos en este momento cosecha completa de nuevas noticias.

—¿Qué hay, caballero? preguntó con prontitud lady Ophelia.

—Hermosa señora! he aqui lo que me he dicho , continuó el vizconde tomando posesion formal del sillón que hasta entonces apenas habia tocado; he dicho para mi mismo; la encantadora condesa se confina en sus salones de Barnwood-House , cuyo maravilloso gusto es cosa proverbial; hablo muy formalmente: su señoría no vé nada, no oye nada, no sabe nada: á fé mia que voy á probar fortuna y á procurar ser admitido para ofrecerle mis respetos..... De este modo.....

—¿Pero hablais de noticias, vizconde?

—Seguramente, hermosa señora.... Ahora mismo, pues que me pareceis muy impaciente de oir mi revista , os diré una cosa que no puede menos de interesaros..... Mary Trevor ha vuelto á la vida.....

—¿Estaba en peligro de morir? preguntó la condesa.

Por poco se cae de espaldas Lantures-Luces; tan prodigioso le pareció que pudiesen ignorar un hecho que tenía seis días de fecha.

—Qué! hermosa señora!.... como es eso, milady!.... exclamó: no esperaba..... Pero , al hecho, tanto mejor! Tendré la ventaja de hacerlos saber este singular suceso, con sus mas minuciosos pormenores..... Figuraos , hermosas señoras..... pues quizá la señora princesa ignora tambien el hecho..... ¿Si?..... ah! ah!..... á fé mia, tanto mejor..... figuraos.....

Aquí el hombrecillo contó detenidamente, y á su modo, lo que sabemos de la estraña enfermedad de miss Mary Trevor, y en seguida añadió:

—Era una catalepsia! una verdadera catalepsia..... Moore , ya conoceis á ese querido doctor , prétendia que ningun cataleptico vuelve a vivir..... Error, hermosas señoras; tal como me veis, he estado veinte y nueve dias cataleptico..... Durante este tiempo no he tragado mas que una cucharadita de caldo de pollo. Pero esto importa poco. Lo que si es cierto, que miss Trevor se ha salvado, apesar de Moore y de la facultad , hablo formalmente, hermosas señoras Salvada y ya de pié, andando como vos y yo.

—He aquí buena noticia , vizconde , dijo Ophelia. Pobre Mary! me alegro mucho

saber su curacion al mismo tiempo que su enfermedad.

—Hermosa señora teneis un corazon adorable! Pero no concluye aqui la historia. Mary, vuelta á la vida, ha hablado de otro modo que anteriormente. Se creia, y yo el primero, que tenia una inclinacion muy pronunciada por ese querido marqués de Rio-Santo..... Pues bien! nada de eso. Ama á Frank Perceval, un jóven muy hechicero, señora, pero que no vale ni la sombra del marqués.

—Tambien esa es buena noticia, murmuró la condesa.

—Lady Campbell está despechada! continuó Lantures-Luces; pero sabreis hermosas señoras, que esa catalepsia es un mal eminentemente pastoral y poetico, puesto que vuelve á las jóvenes ladies infieles á sus primeros amores..... Considero que la broma no os parecerá que pasa los límites de las conveniencias..... Pero no es esta la gran noticia... Se trata de nuestro querido Brian de Lancaster.....

Suzannah dejó caer sus dos brazos, y quedó tan completamente inmóvil, que se hubiera podido tomar por una estatua.

—¿Qué ha sucedido? preguntó la condesa.

—Podria, sin riesgo ninguno, contarle de mil modos, hermosas señoras, pero siempre he mirado como de un gusto muy estragado la costumbre de tener en expectativa á su auditorio.

He aquí el hecho: es casi increíble..... Brian está loco.

Suzannah se estremeció, pero permaneció callada.

—¿Lo creéis así, vizconde? volvió á decir Ophelia.

—Lo creo con un verdadero pesar, milady..... Ese pobre de Brian!..... Los periódicos de antes de ayer lo acusaban de haber tirado un pistoletazo á la princesa Victoria de Kent.....

—Creo que no ha habido nada de eso.....

Lantures-Luces se encogió de hombros con aire indiferente.

—Hay otra cosa peor todavía, señora, añadió: el hecho es..... y lo sé de buena tinta, como todo lo que yo sé, que Brian ha escalado á viva fuerza, hace tres días, el invernáculo japonense del palacio de Kew.

—¿Y para qué? Dios mío!

Suzannah respiró y puso su mano sobre su corazón.

—Para conquistar una camelia, hermosa señora, una camelia que hubiera tenido por seis peniques en casa del primer traficante de flores.

—¿Y no ha dado ningun otro síntoma de locura? preguntó Suzannah, cuya frente brillaba de felicidad y de orgullo al recordar la narracion de Lancaster.

—Hermosa señora, contestó Lantures-

Luces, sois muy ecsigente; supongo que vuestra gracia no encontrará demasiado fuerte la espresion,... Segun dicen, ha aguantado Brian el fuego de los soldados de caballeria, y reven-tado á Ruby, hermoso caballo de quinientas guineas, por una camelia de seis peniques..... Me parece.....

—¿Y si esa flor tenia para él un precio que no podeis comprender, caballero?

—Ah?..... dijo el francesito: si es necesario hablar formalmente, no veo.....

—Y en definitiva, ¿qué le ha sucedido al honorable Brian de Lancaster? interrumpió la condesa.

—No sabré deciros, hermosa señora, contestó Lantures-Luces, en que casa de locos (*lunatic asylum*) lo ha hecho encerrar el gobierno.

Suzannah perdió sus brillantes colores al escuchar aquella palabra.

—Encerrado!dijo, ¿estará preso?

—Si, si, milady, por lo que respecta á eso la noticia es positivamente oficial..... Es necesario confesar que la *escentricidad* pasaba los límites permitidos..... pero lo mejor de la historia es que el mismo dia, White Manor, el hermano mayor de Brian, tambien se ha vuelto loco de remate.... Hay ciertas epidemias peculiares á las familias..... Tal como me veis, he tenido dos sobrinitos, los hijos de mi media hermana, que han muerto de un romadizo

fuerte, con veinte y cuatro horas de diferencia hablo formalmente.

Suzannah inclinó su cabeza sobre su pecho y no escuchaba mas.

—Su señoría, el conde de White-Manor, fué llevado al momento á Denham-Park, la casa de locos de los grandes señores..... Quizá esté tambien alli Brian..... Procuraré saberlo.

El pequeño francés se levantó. Habia concluido su narracion, y tenia priesa en ir á dar á otra parte una segunda representacion antes de la hora de comer.

Cuando se fué el vizconde, la condesa procuró disminuir la impresion que produjo en Suzannah la narracion que acababa de escuchar: pero fué trabajo inútil. La hermosa jóven en lugar de tener esperanzas, se ponía cada vez mas triste.

—Es necesario que yo lo busque, Ophelia, dijo al fin levantándose: creo adivinar que en este momento es víctima de alguna páfida maquinacon. Sabia esa temeraria calaverada del palacio de Kew; él mismo me la habia contado..... pero esa flor era para mi, querida lady..... es una persona loca por que ame?.....

—Sois muy dichosa, Suzannah! no pudo menos de decir la condesa, que hizo consigo misma una involuntaria y penosa comparacion.

—Dichosa! repitió Suzannah: ah! si, muy dichosa por ser amada.... Pero no sabeis, querida Ophelia, los enemigos temibles y crueles

que le ha proporcionado este amor!.... No tienen compasion alguna: toda arma es buena para ellos, y son muy poderosos.. Quizá sufre solo á esta hora y me acusa de haberlo olvidado!.... Es preciso que vaya á socorrerlo.....

La condesa no encontró palabras para rebatir aquella resolucion , que hubiera sido la suya en semejantes circunstancias. No pudiendo acompañar á Suzannah en sus indagaciones, á causa de su escesia debilidad, le dió instrucciones y cartas para los directores de los principales *asilos* y casas de locos de las inmediaciones de Lóndres , pues creian probable que no se habrian determinado encerrar á Brian en uno de los depósitos de la ciudad.

Suzannah partió aquel mismo dia.

No hay en todo el universo un pais que pueda rivalizar con las islas británicas, acerca del número de locos que produce. Tanto en esto, como en el esceso de la miseria , y en la ecsagerada frecuencia de los crímenes de todas clases, la Inglaterra es seguramente un pais fértil entre todos, un monstruo de fecundidad. Apenas se puede decir que la locura sea allí una escepcion , pues sus diversas variedades se multiplican diariamente con abundancia , diezmando las familias , y lanzando á las calles y á las burlas del populacho las inesperadas escenas de sus lúgubres comedias.

Los fisiologistas han creído que habia en la raza anglo-sajona, cruzada desde hace muchos

siglos con la raza normanda, un germen endémico de demencia. Es cierto que ese pueblo, además de la avaricia y del amor inmoderado de la posesión, no obedece á los ordinarios móviles de las otras naciones. Las inclinaciones del inglés se dirigen seguramente hacia lo estravagante: hay en él un elemento de enfermiza inquietud, de tristeza sin causa, y por consecuencia sin remedio, que lo sigue por todas partes, y lo designa á las antipatías del resto del mundo. Quiere algunas veces ardientemente, pero no sabe gozar de su cumplida voluntad. Es un niño desapacible, obstinado poseyendo la ciencia infusa de los negocios en el sentido más lato de la palabra, pero llegando naturalmente á lo absurdo, desde que el trabajo no ocupa su ociosidad.

Se puede apostar diez contra uno á que un inglés que no es ni hombre de estado ó traficante, es loco, ó lo será muy pronto.

Lo que no impide á los comerciantes y sobre todo á los hombres de estado.....

Pero seamos una vez clemente en estas páginas, y no asimilemos á la demencia completa, las débiles niñadas del vencedor de Waterloo.....

Es necesario pensar que todos los sentimientos malos, y cuyo principio es el egoismo, la ambición, la avaricia, y la codicia, tiene en nosotros una tensión tan agria, tan usurpadora, que nuestros cérebros demasiado débiles, no saben resistirla.

Y ademas nuestras neblinas , cuya flor es el *spleen*, tienen quizá por fruto la locura.

Lo cierto es que el hecho está probado oficialmente. Nuestros condados producen en un año comun, el doble de locos que las provincias de Francia. En los años buenos la proporcion se aumenta.

Tambien por un sentimiento laudable sin duda, pero en el que entra muy bien un poco de egoismo, colocamos nuestros locos en palacios. Nos regocija ver al pasar esas filantropicas moradas, donde en un caso igual nos espera una linda habitacion.

Este último rasgo hace el elogio de nuestras costumbres. Entre diez maniacos hay comunmente cinco ó seis que han abogado en la cerbeza su sensibilidad.

En nuestro plan entraba pasar en revista de un modo muy detallado las principales casas de locos de Inglaterra, y bien sabe Dios que hubiéramos tenido mucho que hacer! Pero habiendo llegado á un punto de nuestra mision donde el desenlace , esperado por mucho tiempo , no puede sufrir mas retardo , hemos pensado que estos pormenores, por curiosos é interesantes que puedan ser, detendrian la marcha de nuestro drama, y tomarian aqui la apariciencia de una digresion.

Nuestros estudios á este respecto no podrian ser perdidos. Siempre es muy apropiado, ¡ay! hablar de locura, de crimen , de mi-

seria, cuando se trata de la *alegre* Inglaterra. Suzannah, llevada de la idea de que no encontraría á Brian en Lóndres, se dirigió directamente á Wakefield, en el condado de York. La casa de Wakefield es el asilo modelo. Comisiones de hombres prácticos y sabios, vienen á verlo de todos los países donde la civilización llega á cierta altura. Francia, y los Estados-Unidos nos envidian este establecimiento y las cincuenta pruebas que se van á hacer en los diversos condados. Los celos no ratiocinan. Wakefield bastaría para contener todos los locos de Francia.

Al menos todos los que están encerrados. Y los otros cincuenta *asilos* alojarían convenientemente á los maniacos de las cinco partes del mundo si se esceptúan las posesiones británicas.

Suzannah salió de Wakefield para dirigirse á el asilo de York; de allí fué á Hanwell, situado á ocho millas de Lóndres en el camino d' Uxbridge. A la vista del magnífico valle donde se levanta aquel vasto edificio, Suzannah quizá pensó como otros muchos que no era aquel un hospital, sino un templo pagano erigido en honor de la locura divinizada.

En Hanwell lo mismo que en Wakefield no encontró Suzannah ningún indicio que pudiese guiarla para sus pesquisas acerca de Brian: visitó sin mejor éxito todos los demás estable-

cimientos públicos y privados , todos , hasta el retiro de los amigos (quakers) del condado de York.

Sin embargo, una vez creyó haber llegado al fin de sus pesquisas: sucedió esto en la opulenta y aristocratica casa de locos fundada en Deham-Park por M. Benjamin Rotch , antiguo miembro del parlamento. Cuando pronunció Suzannah al llegar el nombre de Lancaster, le respondieron que efectivamente un caballero que se llamaba así, estaba en aquella casa hacia dos días. Suzannah, alegre é impaciente, suplicó á los empleados de la casa que la llevaran donde estaba aquel caballero.

Le abrieron la reja de un jardin sombrío, donde algunos hombres de aspecto tranquilo y distinguido, se paseaban gravemente.

—Esperad, milady, le dijeron, el caballero vá á venir con sus guardianes.

Esta palabra guardian tiene una consonancia feroz y nefanda, que no le cede en nada á la de carcelero. La imaginacion de Suzannah vió al momento en derredor de su amante cargado de cadenas , hombres de apariencia terrible, guardianes.

Y sin embargo, el sitio no se prestaba á las invenciones sombrías. Aquellas frescas y tranquilas sombras, atraian mas bien ideas de paz y de felicidad.

La hermosa jóven se sentó en un banco, y esperó. En el interin no pudo menos de es-

euchar la conversacion de tres ó cuatro de aquellos hombres graves cuya respetable apariencia habia llamado su atencion al entrar en el parque.

Uno de ellos pretendia ser Napoleon, otro Lutero, el tercero la luna, y el cuarto una momia de Egipto, que habia quedado hacia dos mil años en un completo estado de conservacion.

Por lo demas eran muy corteses, y ocultaban cuidadosamente la compasion que tenian unos para los otros. Eran locos de escelente tono.

Sobre todo la momia habia frecuentado seguramente la corte.

Al cabo de algunos minutos, Suzannah vió adelantarse hácia ella á un anciano de apariencia miserable y maligna á la vez, cuyos sofrenados gestos y mirada estúpida, manifestaban energicamente la locura. A sus lados estaban dos caballeros de ademan eminentemente elegante, que sostenian sus pasos y lo prodigaban los mas filiales cuidados.

El anciano era el hombre que esperaba Suzannah, los caballeros eran los guardianes de la casa.

Decimos la verdad pura: se encuentra en Almack muchos caballeros que el doctor Connolly (1) no hubiera admitido para ser guardianes en su casa hospicio.

(1) En este tiempo director de Denham-Park ahora

—¿Milady desea hablar á milord? preguntò uno de los dos caballeros.

—No, señor, no, contestò Suzannah con tristeza: creia..... este es el resultado de un error.

Saludaba para retirarse, cuando sucedió una cosa estraña. El conde de White-Major se habia estremecido debilmente al sonido de su voz. En el momento en que ella se inclinaba, engañó por un salto repentino la vigilancia de sus guardianes, y cogió el brazo de la jóven con estremada violencia.

Los guardianes dudaron. El caso era peligroso. El menor movimiento podia ecsaltar el furor del conde, y poner en peligro la vida de Suzannah.

Mientras que ellos se deslizaban suavemente, procurando acercarse al lord, este habia inclinado su embrutecido semblante hasta la encantadora cara de Suzannah, y la consideraba avidamente.

—No! no! no! murmurò por tres veces, no soy el padre de la niña, señora!.... Ah! si Dios me hubiese dado un hijo, creo que hubierado sido bueno.

Oyó á sus espaldas los pasos disimulados de sus guardianes, y se volvió con prontitud.

médico en jefe d' Hanwell, hombre de experiencia preciosa y de mucho saber.

—No os acerqueis! dijo con fuerza.
Suzannah experimentaba disgusto y terror.

—Gilbert! añadió el lord con una siniestra carcajada, trae la cuerda, la cuerda de cáñamo..... La niña se parece al mendigo irlandés..... no es mia!

Hizo como que cogia un objeto que le presentaba un ser invisible, y pasó dos ó tres veces su mano cerrada en derredor del cuello de Suzannah, como si hubiera liado á él una cuerda.

Los otros locos, diseminados por el jardín, comenzaban á reunirse para ecsaminar curiosamente aquella escena. Como cada uno de ellos estaba acompañado de muchos guardianes, se reunió mucha gente.

—Mirad! mirad! dijo el lord, como ha permanecido jóven, y hermosa!..... yo, soy un viejo... ¿No es esto muy injusto?..... Hace veinte años que me ha hecho traicion..... Oh! bien me acuerdo..... ¿Pero hace veinte años ó fué ayer?..... No lo sé..... que importa!..... veinte años despues, ó al dia siguiente, la venganza es buena..... Caballeros! ¿quién de vosotros quiere comprarme esta muger?

Napoleon aplicó á los ojos su mano cerrada como si fuese antejo para considerar aquella extraordinaria escena: Lutero acusó al papa: la luna amenazó ocultarse tras de una

nube, y la momia de Egipto manifestó que hacia dos mil años que no habia visto cosa semejante.

Los dos guardianes de White-Manor lo cogieron en aquel momento.

Cuando sintió sus brazos sugetos por una fuerza superior, lanzó á la jóven una mirada envenenada de odio, y dijo:

—Tu hija!..... bien quisieras abrazar á tu hija, ¿no es verdad?..... Escuchad! Ha muerto!..... ha muerto!..... ha muerto!!!.....

Pronunció estas últimas palabras con penosa risa, vaciló entre los brazos de sus guardianes, y cayó anonadado por un ataque de su mal.

—Que se lleven á ese hombre! dijo el emperador Napoleon tomando un polvo de el tabaco historico en el bolsillo de su chaleco.

Lutero recitó un salmo en lengua vulgar á fin de mofarse de el santo-sitio. La luna anunció que entraba en su cuarto menguante y la momia de Egipto suplicó que la volbiesen á llevar á las piramides.

En seguida los cuatro volvieron á continuar su paseo, diciendo que era una cosa muy triste encontrar asi un loco á su paso.

Suzannah habia permanecido en el mismo sitio, sobrecogida de una especie de estupor. Sabia que aquel hombre estaba loco : sin em-

bargo, su vista y sus palabras habian producido en ella una impresion que en vano procuraba desechar.





CAPITULO OCTAVO.

La cabaña.

SUZANNAH tardó algun tiempo antes de reponerse del choque experimentado en los jardines de Denham-Park. Habia terminado sus indagaciones, y cuando volvió á Lóndres hacia tres dias que habia salido de él.

En Lóndres comenzó sin demora á ha-
cer nuevas pesquisas. Estuvo en Saint-Lukes,

en el pobre hospicio de Old-Street, y en Bethnal-Green, receptáculo inmundo donde se amontonan los dementes que no tienen recursos, horroroso sitio, y quizá mas horroroso por la alegría intempestiva y contra natural de su director. Este hombre, en medio de las horrosas miserias que le rodean, parece ser el caballero mas dichoso de los tres reinos. Embroma, rie, emplea deplorables equívocos y justifica el dictámen de los que pretenden que la alegría de los ingleses es mil veces mas odiosa aun que su tristeza.

En fin, Suzannah visitó á Bethlem-Hospital (Bedlam). Le enseñaron centenares de insensatos, pero le manifestaron que nadie podia ser admitido á ver los dementes secretos.

Los dementes secretos! Todos saben que Inglaterra es un pais muy libre. Pero que os parece de esta mezcla de palabras: *¿dementes secretos?* Se pretende que Bedlam, mitad hospicio, y mitad prision, sirve de calabozos al gabinete Saint-James. Seguramente es preciso que haya alguna cosa bajo esta enormidad: dementes secretos!

Debe ser, á no dudarlo, una horrorosa cautividad: *¿cómo se pueden traducir estas palabras: dementes secretos, sino por personas en completo juicio, y secuestradas bajo el pretexto de locura?* Fijada una vez la idea de este camino, la imaginacion se horroriza y se niega á figurarse los pormenores de un supli-

cio moral, largo, incesante, implacable, y que las lenguas humanas no tienen palabras para describir.

Suzannah salió persuadida de que Brian de Lancaster estaba encerrado en Bedlam.

No se engañaba. Lancaster habia sido conducido á aquel hospicio á petición de su hermano, ó mas bien á petición de Tyrrel que fué el que la firmó. El color político que no habian dejado de dar á su arresto, y el misterio que continuó cubriéndolo durante los dias siguientes, por no haber personas interesadas para levantar el velo, y ademas el pretendido acto de agresion contra la jóven heredera de la corona, fueron causa de que cumpliesen á la letra las instrucciones de White-Manor y de Tyrrel. Brian fué tratado como criminal de estado que no quieren juzgar, y del que quieren deshacerse, ó cuando menos sepultar en el olvido.

Que se nos permita probar al paso cuan elástica y preciosa es esta acusacion de locura, lanzada asi de improviso sobre la cabeza de un hombre reputado peligroso por cualquiera causa que sea. Si nos callasemos á este respecto, se podria creer que contando en demasia con la credulidad de nuestros lectores, hemos pretendido transportar al Lóndres moderno las prisiones de la edad media, ó cuando menos, la Bastilla francesa, tal como la pintan los grandes ingenios de taberna y de mostrador. Dios mio! no! no disputamos de ningun modo á la

Inglaterra sus tan descantadas libertades: solamente afirmamos que hay en Bedlam mas de un desgraciado, que pide con lágrimas á Newgate, la deportacion, ó el cádalso!

Pero esto no ataca ninguna de las libertades inglesas. Serán castigados esos desgraciados del modo mas constitucional.

Son locos, legalmente locos. Un doctor los ha declarado como tales; un jurado de indagaciones ha comprobado su locura. La locura es una cosa que se prueba lo mismo que una proposicion geometrica.

Y sin embargo, se encuentra que no están locos.

=¿Cómo es eso? Ay! ¿cuál es el cerebro bien organizado en que una idea querida, profunda, cuidada, no domine á todas las demas? Este es el lado sensible. Por esta parte la inteligencia se ecsalta al menor choque, la imaginacion se apasiona, y la cabeza se acalora.....

Para un comité de indagaciones, la razon es la sangrefria. Si la casualidad ó la perfidia lleva el interrogatorio á este terreno, la causa está juzgada.

Tyrrel habia hecho de modo que el interrogatorio de Brian de Lancaster recayese sobre el derecho de mayoria, y Brian, colocado frente á personas prevenidas, habia debido pasar por un maniaco en grado eminente.

Con efecto, no se habia dejado decir que

el derecho de progenitura es una institucion opresiva, bárbara, y desnaturalizada? ¿No habia llegado á pretender que aquella costumbre inmoral y fundada sobre los toscos rudimentos de una política en el estado de la infancia, debe acarrear en un tiempo determinado la desorganizacion de la familia, y la ruina de aquella misma aristocracia cuyos privilegios parece sostener tan enérgicamente?

Locura! locura completa, incurable, y de la mas estraña calidad! mania aun mas estraña que la de creerse Napoleon ó la luna! ...

Este fué el parecer del tribunal de ecsámen.

Suzannah no sabia nada de todo esto.

Cuando volvió á Barnewood-House, despues de cuatro dias de ausencia, lady Ophelia la abrazó llorando.

—He hecho cuanto he podido, mi querida Suzannah, le dijo. Asi que me fué posible salir, he tomado noticias, y lo he encontrado..

—¿Dónde está? preguntó la hermosa jóven.

—En Bedlam..... Pero lo difícil no era encontrarlo..... No me atrevo á deciroslo, querida lady..... M. de Lantures-Luces no nos habia engañado..... Está en Bedlam bajo la doble acusacion de locura y de crimen de estado.....

—Pero, interrumpió Suzannah, no costará mucho trabajo probar.

Se detuvo desanimada por una mirada de Ophelia.

—Todo se hace á petición del conde de White-Manor, dijo esta última, y el conde es poderoso.

—Pero el conde está loco! exclamó Suzannah.

—Segun dicen es una voz falsa.....

—Es muy fundada, milady. Yo he visto al conde de White-Manor en Denham-Park, y la casualidad ha hecho que presencie uno de sus horrorosos accesos.

Ophelia apoyó su linda cabeza en su mano, y quedó pensativa. Suzannah la miraba con avidéz, buscando una luz de esperanza sobre aquellas facciones delicadas y finas, cuyo sufrimiento no habia podido borrar su esquisita armonia.

—Brian es el heredero del título de par, murmuró al fin la condesa.

Era un anillo desatado de la cadena de sus reflexiones. Se levantó sin añadir una palabra y se sentó á su bufete para escribir. Pero apenas trazó dos ó tres renglones, cuando tiró la pluma y rechazó el papel.

—No, no, dijo: es necesario que yo misma la vea..... Brian es el heredero del título de par, y quizá.....

—Por compasion, mi querida lady, interrumpió Suzannah, dadme parte en vuestras esperanzas.

Victoria, hermosa mia,

Ophelia le cogió las dos manos , y le dió un beso en la frente sonriéndose.

—Aun no conoceis bastante nuestro mundo para comprenderme, hermosa mia, añadió con una especie de alegría; el heredero de un lord que disfruta de muy buena salud , es un personage bastante mezquino; pero cuando el lord cae malo, se cuenta con su heredero....

Al decir esto, echó con rapidéz sobre sus hombros un elegante shall, y arregló sus cabellos bajo su sombrero sin que la ayudase su doncella.

—Lady Jane B..... me negó su apoyo esta mañana; pero no sabia su señoria que el conde de White-Manor estaba loco.....

—¿Y qué influencia puede tener una muger en todo esto, Ophelia?

—Una muger, hermosa mia!.... lady Jane no es una muger, es un whig..... El lord presidente del consejo de ministros se guia por sus consejos, y el corazon de S. A. R. el duque de..... le pertenece. Si puedo persuadirla de que M. de Lancaster votará con el gabinete, la victoria es nuestra.

—Oh! intentadlo! intentadlo, mi querida lady! exclamó Suzannah á quien aquella esplicacion no le hacia saber nada.

Ophelia abrió la puerta para salir.

—Mi coche está enganchado, dijo : tened paciencia , Suzannah , pues dentro de media hora estaré de vuelta.

Un minuto despues la condesa se sentaba en los muelles almohadones de su coche.

Mientras que sus caballos seguian por el sordo pavimento de las anchas calles del West-End con ese trote elegido, nacional é inimitable, que es el orgullo de los huéspedes de nuestras cuadras, cuadrúpedos, y iacayos, la encantadora lady combinaba su plan de embajada. Conocia maravillosamente al mundo: era espiritual y mañosa, tanto como puede serlo una hija de Eva, y no descuidaba nunca el interés de las personas cuya cooperacion iba á solicitar.

La pobre Suzannah esperaba. Oh! cuan larga le pareció aquella media hora! recordaba minuciosamente los menores gestos, y las mas leves palabras de la condesa: tan pronto un flujo de esperanza se apoderaba de su corazon, y la hacia dichosa, tan pronto una profunda desanimacion venia á postrar su alma. Se acordaba de haber visto llenos de lágrimas los ojos de lady Ophelia, y este recuerdo era enteramente una revelacion de la suerte de Brian. Adivinó que habian cerrado trás de él la puerta de Bedlam, como se deja caer una losa de mármol sobre un sepulcro....

Al regresar lady Ophelia la encontró arrodillada en la alfombra, con las manos unidas, y el semblante bañado de lágrimas.

—Victoria! exclamó arrojándose á su cuello. El voto de un lord nunca parece demasiado caro.... Victoria, hermosa mia.

Suzannah permaneció un instante como anonadada por su felicidad. En seguida dió un beso apretado en la mano de Ophelia , no encontrando suficientes palabras para espresar el apasionado impulso de su reconocimiento.

—Ahora á vos os toca obrar. Suzannah, añadió la condesa devolviendola alegremente sus caricias ; es necesario llevar esta carta al médico principal de Bedlam..... Es una súplica del primer lord del consejo privado. Y una súplica de su gracia, vale algo mas que una órden..... Es la libertad de M. de Lancaster.

—Su libertad! repitió Suzannah juntando las manos: oh! dadmela! dadmela prontamente.

En este momento se hallaban reunidos en Bedlam en uno de los salones del cuerpo de el edificio destinado para la administracion , tres graves caballeros.

Uno de ellos, el doctor Bluntduell, entonces médico en jefe de Bedlam , llegaba á terminar un dilatado discurso y decia:

—En este estado , señores y queridos compañeros, la locura del honorable caballero me parece estar probada mas allá de lo necesario, bien sea por las extravagantes tesis que ha sostenido en sus interrogatorios, ó bien por el acto inaudito á que le ha impulsado el extravio de sus facultades. No me parece que debo tomarme el trabajo de reasumirme uno despues de otro mis principales argumentos...

—No, no, señor, interrumpieron precipitadamente los otros dos caballeros.

—Por último, con presencia de esos síntomas imposibles de desconocer, con presencia de esa enagenación mental, que brota por decirlo así, por todos los poros del honorable Brian de Lancaster, concluyo....

—Una carta urgente para el señor doctor, dijo en aquel momento un guardia que entreabrió la puerta.

—Muy bien!..... concluyo, decia....

—Aquí está una lady que espera la respuesta en la sala de recibo, interrumpió de nuevo el guardia.

—Muy bien!..... concluyo, decia....

—La carta trae el sello del consejo privado, añadió el guardia que entonces entró.

—Ah!.... ah! bah! dijo M. Blundtull, el sello del consejo..... Me permitireis señores... Voy á concluir al instante.

M. Blundtull abrió la carta, y fijó su lente en los cuatro renglones que aquella contenía. Mientras que la leía, su semblante no expresaba absolutamente nada. Pues este era el estado habitual del semblante de este hombre sapientísimo.

—Ah!.... ah! bah! murmuró así que concluyó... Peter, decid á esa lady que la ofrezco mis respetuosos cumplimientos, y que dentro de un minuto estaré á las órdenes de su señoría.... Para volver á nuestro asunto, señores,

fundándome en los motivos anunciados anteriormente, concluyo por lo que de si mismo arroja nuestra declaracion, que si ecsiste algun hombre en el completo ejercicio de sus facultades, es el honorable Brian de Lancaster.

Los otros dos médicos dieron un brinco en sus sillas.

—Pero deciais..... comenzó uno de ellos.

—Debiamos creer.... quiso añadir el otro.

M. Blunt dull se levantó y contuvo con un ademan la discusion.

—Este es mi parecer, pronunció con enfasis, golpeando involuntariamente la carta abierta, con el reverso de su mano.

Los dos médicos miraron la carta, y en seguida se miraron entre si. Eran prácticos necesitados que gravitaban, como satélites modestos, en la órbita de la que M. Blunt dull era el astro principal.

—Veo, añadió este último, que nos entendemos maravillosamente.... O; suplico señores, que estendais la ralacion en este sentido En el interin voy á tomar á mi cargo el abrir las puertas del hospicio á el honorable Brian de Lancaster.....

—Que! tan pronto! murmuró uno de los médicos.

—Caballero, contestó doctoralmente Blunt dull, nunca es demasiado pronto cuando

se trata de volver á la sociedad un miembro distinguido por todos respetos, y formado para hacer su mas bello ornato.

Y salió.

Los dos médicos subalternos se miraron de nuevo, inclinaron la cabeza á coro, y unieron sus luces para estender la relacion.

Qué no puede una súplica, timbrada con el sello del consejo, en el alma sensible de un comité médico!....

Hacia tres dias que Brian de Lancaster estaba en una de esas jaulas enrejadas donde se entierran á los locos furiosos, á los locos *agitados* como se dice en Bedlam. Estaba literalmente cargado de lazos. Cada uno de sus miembros se adheria estrechamente á un mueble macizo de forma estraña, á quien se dá el nombre de «silla de fuerza» y que con su enorme peso y su sistema complicado de correas, desafiaria las fuerzas de un hércules.

Se necesitarian tres tomos para describir lo que habia sufrido Brian en aquellos tres interminables dias.

A su derecha é izquierda habia otras cabañas iguales á la suya. En esas jaulas rugian horrorosamente de dia y de noche, bestias furiosas, esos locos como quizá se encuentran en todos los paises, pero que abundan en los asilos de Inglaterra, criaturas que no tienen ya nada de humano, brutos cuya boca espumosa, garganta ronca, y ojos ensangrentados ruedan a-

zotados por la rabia, como si fuesen á salirse fuera de sus órbitas inflamadas: condenados que se tuercen aullando, y dán aqui una idea del infierno.

Se dice que Oxford, el asesino de la reina Victoria, eucerrado *por gracia* en Bedlam, se ha vuelto loco al cabo de dos semanas.

Brian de Lancaster tenia una naturaleza enérgica, pero ecsaltada. Seguramente que este suplicio atroz hubiera producido en él el mismo resultado. Sin embargo, su fuerte voluntad lo habia sostenido durante estos tres dias de tormentos. No estaba abatido. Tal como lo hemos visto durante el curso de esta narracion, lo mismo lo hubieramos encontrado en su cabaña de Bedlam. Solamente que el esfuerzo que habia hecho para no debilitarse en la lucha, se leia sobre su demagrado y pálido semblante, y sus ojos habian tomado, entre su sombría espresion de resolucion desesperada, un no se que de hosco.

Suzannah se le apareció, en el seno de su inefable miseria, como una vision radiante. Creyó en un principio que soñaba, y cerró los ojos para conservar algunos segundos mas una ilusion querida. No fué necesario nada menos que la voz positivamente terrestre y poco angelical del doctor Blunt dull, para atraerlo al sentimiento de la realidad.

Con efecto, no creyendo el doctor poder hacer mas despues de la carta del ministro, él mismo llevó á Suzannah al cuarto.

—Servidor vuestro, milord, servidor vuestro, dijo; hum! he aqui, segun creo una enojosa historia.... Al fin..... ¿no es verdad?... hum! tres veces veinte y cuatro horas no hacen un siglo!

Cuando Brian volvió á abrir los ojos, se encontró á Suzannah arrodillada á su lado, y que procuraba aunque en vano, desatar las correas de la silla de fuerza.

—No os tomeis ese trabajo, milady, continuò el doctor: van á deshacer el aparato.

Y lo deshicieron efectivamente.

Brian se levantó y se estremeció como un leon cautivo que vuelve á ver el desierto, y sacude su cabellera al viento libre de la soledad.

Enderezó su estatura; sus ojos brillaron: en su boca apareció una sonrisa que ni la pluma ni el pincél podrian trazar.

En seguida cogió por la mano á Suzannah que tenia la órden *d' exeat*, y se la llevó consigo sin decir ni una palabra.

—Ah!.... ah! bah! murmurò M. Blunt-dull, bien hubiera podido darme gracias.

El coche que llevaba á Suzannah y á Brian rodaba en direccion de West-End. Brian miraba á Suzannah en silencio y con ojos encantados.

—Gracias, dijo tomándole la mano en la que imprimió un beso apasionado; gracias mi ángel libertador!

—Cuanto habeis debido sufrir, Brian!

murmuró la hermosa jóven: y yo soy la causa.....

Lancaster frunció las cejas.

—Es verdad, dijo en voz baja.

—¿Y quizá son ellos los que os han arrojado en ese calabozo?

—Ellos son.... ellos, y milord mi hermano..... pero ya estoy libre; y tengo un medio de desquitarme para con vos, Suzannah mia... Hay una cosa que vuestro noble corazón desea sobre todo en este mundo.....

—Que! dijo la hermosa jóven palideciendo; ¿sabriais?.....

Se detuvo y balbució con voz apenas inteligible:

—Mi madre.....

Brian levantó su mano que tenia apretada entre las suyas, y le tapó la boca jugando: Se sonreia y se creia dichoso de oir aquella palabra tan pronto manifestada, y que le hacia ver la hermosa alma de Suzannah.

Pero aquella alegría pasó como un relámpago.

—No me preguntéis, añadió, y decidme el retiro que ha elegido el hombre á quien llamais Tyrrel el ciego.

—Oh! milord, exclamó Suzannah temblando, en nombre de Dios os pido que no arrostreis su cólera!

—Su cólera no puede ya nada contra mi, milady, y es preciso que yo lo vea.

Suzannah dudó.

—Es preciso que lo vea al momento, añadió Brian.

Esto lo dijo con un tono tan grave que la hermosa jóven no se atrevió á resistir y le dió las señas de la casa del doctor Moore.

Brian asomó al momento la cabeza á la portezuela del coche, y mandó al cochero que fuese al número 10 de Wimpole-Street.

—Milady, os suplico que me esperéis aqui, dijo en el momento que paró el coche: muy pronto volveré..... Si no volviese.

Se interrumpió y añadió casi al momento:

—Hacedme el gusto de ver vuestro reloj si no volviese dentro de media hora hareis que os lleven al juzgado de policia de High-Street, y suplicareis al magistrado que venga á justificar un asesinato.

—Oh! milord! milord! compadeceos de mi, exclamó Suzannah.

Brian no contestó, y bajó á la acera: un instante despues, pasaba, desarmado, el dintel de la puerta de la casa del doctor.

El ayudante farmaceutico Rowley fué el que lo introdujo. Este, como bien puede creerse, no abrió al instante la puerta del santuario. Ecsaminó detenidamente el reciénvenido, y pronunció en diversos tonos el famoso ta, ta, ta, ta! antes de decidirse. Pero los tres dias pasados en Bedlam, habian dejado señales de

sufrimiento tan poco equivocas en el semblante de Brian, que Rowley vió en él un cliente, y un cliente con urgencia.

—Tengo el honor de invitaros á que os sentéis, caballero, dijo con mucha amabilidad; voy á avisar al doctor.

—Es inútil, contestó Brian sentándose.

Rowley que ya habia andado la mitad del camino hácia la puerta, hizo una pirueta sobre sus talones desmesuradamente salientes, y comenzó a ecsaminar de nuevo sin cumplimiento á aquel extraordinario cliente que decia ; es inútil, cuando le hablaban de ir á avisar al doctor.

El resultado material de aquel ecsámen fué un ta, ta, ta, ta! enérgico , acompañado de una rasquiña de orejas sumamente significativa.

—¿Sois quizá, caballero, un miembro del real colegio? dijo en seguida con ligera amargura: gracias á Dios siempre vemos nuevos todos los dias..... Ta, ta!.... Tengo el honor de preguntaros que hay que hacer para servirlos.

—Decid á maese Tyrrel, dijo Brian , que un caballero desea hablarle en particular.

—Maese Tyrrel! repitió Rowley , maese Tyrrel.... no lo conozco.

—Maese Spencer, si os parece mejor.

—Conozco muchos Spencer , caballero. Hay uno que se estableció el año pasado en Ludgate-Hill... pero.....

—Tengo prisa , caballero! interrumpió Brian. Cualquiera que sea el nombre bajo el que se oculta ese hombre, Tyrrel, Spencer , ó sir Edmond Makensie, quiero...

—¿Y qué le quereis, caballero? dijo la voz de Tyrrel que entraba en aquel momento por la puerta.

Brian se volvió.

Al instante que lo reconoció Tyrrel , retrocedió tres pasos y cambió de color.

—Ah!..... fué lo único que dijo en su profunda estupefaccion.

En seguida añadió entre dientes.

—Seguramente que el diablo se ha metido en esto.

Estas palabras se referian á una especie de disgustos experimentados hacia poco por Tyrrel: la fuga de Suzannah y de Clary quese habia encargado de custodiar, el triste resultado del complot contra el banco etc. etc. Tyrrel estaba de mal humor.

—Tenemos que arreglar juntos una cuenta muy larga, maese Ismael, le dijo Brian.

El judio haciendo un esfuerzo para reponerse, se adelantó con lentitud , y despidió á Rowley con un ademan.

—Las cuentas mas largas concluyen por aclararse , milord , respondió , cuando se sabe tomarlas como es debido.... ¿Qué reclamais de mi?

—Primeramente quiero saber el nombre del padre de Suzannah. Tomo 10.º 10

—¿Y despues?

—Os digo que primero ese nombre! pronunció imperiosamente Lancaster.

—Y yo os decia, ¿y despues? contestó el judio, que arrastró con el pié un sillón enfrente de Brian, y se sentó en él; por que me costaba mucho empezar la entrevista por una negativa..... No quiero deciros el nombre del padre de Suzannah.

—Tened cuidado, Ismael!.....

El judio se encogió de hombros, y tomó ese aire provocador de las personas que quieren tantear el terreno, y conocer los recursos de su adversario.

—Ah! milord, os burlais, dijo: tened cuidado! Paso mi vida teniéndolo. La prudencia es la primera condicion del comercio que yo hago..... ¿Pero vos, no habeis pensado en eso cuando habeis pasado el dintel de esta casa?

—Si tal, se limitó á responder Lancaster.

Tyrrel esperó durante algunos segundos creyendo que este iba á esplicarse: pero permaneció callado, lo que obligó al judio á reflexionar.

—Milord, añadió despues de una pausa, me pedis un secreto que se puede vender.

—No rehusó pagarlo, dijo Brian.

—Es que sois bien pobre, milord! añadió Tyrrel sonriéndose; mas pobre de lo que creéis..... La mano que se abria en la oscuridad para poner todos los meses á vuestra disposicion

cien guineas, es hoy día la mano de un pobre prisionero....

—Sabriais acaso!..... exclamó con prontitud Lancaster.

—Ese secreto no es para venderse, milord, interrumpió Tyrrel con gravedad, así pues, continuó, consideraos desnudo como un mendigo.. Pero por otra parte hay una fortuna de príncipe suspendida sobre vuestra cabeza.., suspendida por un cabello..... No os tomeis el trabajo de preguntarme con amenazas como es la intención de vuestra señoría: me agrada explicarme claramente acerca de este punto..... White-Manor está epileptico y loco.

—Milord mi hermano estará loco! dijo Brian cuya voz espresaba una tristeza que no era fingida.

Tyrrel dió una carcajada.

—Podría decirse que no habeis puesto nada de vuestra parte para conseguir este resultado! añadió con burla.

Brian inclinó la cabeza, no bajo el sarcasmo de aquel miserable, sino por la reprensión de su conciencia.

—Si quereis, añadió el judío, os diré en detalle de quese muere Godfrey de Lancaster que estaba en Denham-Park, mientras que os custodiaban en Bedlam..... Figuraos que el pobre conde tiene una especie de locura. Cree veros sin cesar, y esto lo mata.

—Basta! pronunció muy bajo Brian.

—Si, si, es bastante! continuó el judío fingiendo equivocarse, se moriria á lo menos, verdaderamente!..... Ah! vuestra señoria ha conducido bien su duelo con el conde!....

—Basta te digo! exclamó Lancaster con violencia. He venido para saber el nombre del padre de Suzannah; y lo sabré de grado ó por fuerza.

—Muchas cosas hay como esas que quisiera saber y que no me dicen, contestó con frialdad Tyrrel; por ejemplo, tendria una gran curiosidad en saber cual es la poderosa hada que os ha abierto las puertas de Bedlam.....

Lancaster se levantó.

—Maese Ismael, dijo procurando conservar su calma, no se gana dos veces la partida que anteriormente habeis jugado contra la horca.

—Ese es mi parecer, milord.

—Os doy mi palabra de caballero, añadió Brian, que si no me decis el nombre del padre de Suzannah, voy así que salga de aquí á casa de un magistrado, y que.....

—Vuestra amenaza falta por su base, milord, pues no es muy probable que os deje salir de aquí.

—Entonces, maese Ismael, preparad vuestro antidoto contra la cuerda, pues he previsto el caso.

Tyrrel cubrió repentinamente su rostro con esa máscara benigna y afable que le hemos

visto al principio de esta narracion. Sus ojos brillantes se apagaron , y se fijaron hoscos en el vacio, como ojos de un ciego.

—Vuestra señoria , dijo humildemente, acaba de conseguir una fácil victoria sobre un pobre hombre.... dignaos sentaros.... Estoy enteramente á vuestras órdenes y pronto á decirle lo que tan ardientemente desea saber.

Brian volvió á sentarse.

Tyrrel lo miró un instante con aire sumiso. En seguida sus pupilas se encendieron gradualmente, hasta tomar aquel brillo real y diabólico , bajo el que temblaba en otro tiempo Suzannah. Su delgado labio se levantaba con una sonrisa cruel y amarga.

—Vos sois causa de que yo haya sido ahorcado, milord, dijo con voz breve y estridente, que hiriendo de pronto los oidos de Lancaster, causó un estremecimiento á sus nervios. A no ser por vos, hace mucho tiempo que seria millonario.... Suzannah era mi fortuna, y me habeis robado á Suzannah!..... Habeis tomado triunfantes precauciones, segun creo, para ponerlos al abrigo de mi puñal..... Ah! milord , muy loco seria si os matase de otro modo que segun vuestro antojo.... Venis á saber un nombre : he reusado deciroslo en un principio, para gozarme con vuestra angustia, para burlarme un poco de esa lucha natural que en vuestro interior se ha trabado entre el temor y la esperanza..... Pues ese nombre,

milord , ya hace mucho tiempo que lo habeis adivinado!

Brian, pálido como un espectro, tenia la frente bañada en sudor y se sentia oprimido.

—Por mi honor, balbució, no , no puedo creer..... no!

—Mentis, noble caballero, añadió Tyrrel con horrorosa alegría; no tengo necesidad de pronunciar ese nombre.... vuestra conciencia os lo grita..... Pues bien! no os engañeis. Es su padre, milord, ella es su hija, y vos no se-reis jamas su esposo.

Brian dió un ahogado gemido, en seguida levantándose con esfuerzo, se dirigió vacilando hácia la puerta, mientras que Tyrrel le dirigia con horrorosa zumba estas últimas palabras:

—Sin embargo, milord, habria un medio de arreglar todo esto: haceos hermano mio de religion..... La ley de Moises , bendice esta clase de matrimonios.....

Brian apretó el paso y huyó.

Abrió la puerta del carruage, pero no subió á él. Suzannah que alegre se preparaba á recibirlo , lanzó un grito de terror al ver sus trastornadas facciones.

—Milady , murmuró con lastimosa voz: Suzannah!..... Idos..... no os puedo seguir en este momento..... A dios!

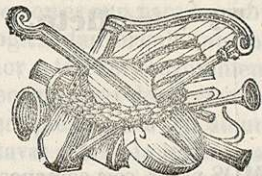
Hizo una seña al cochero que se inclinaba para pedir sus órdenes. El coche partió.

Brian permaneció un instante inmóvil, clavado en el suelo, en seguida se le vió alejarse, impelido tan pronto á derecha como á izquierda por la afluencia de los transeuntes.....

Por la noche recibió Suzannah una carta con la firma de Brian, que solamente contenia estas palabras:

— «No os veré ya mas Suzannah, por que os amo y soy hermano de vuestro padre. Olvidad que hubiéramos podido ser dichosos. Desde lejos velaré por vos, y tendreis un consuelo, pues os devolveré vuestra madre.»

Suzannah la leyó anegada en lágrimas, y cayó desmayada en los brazos de la condesa.





CAPITULO NOVENO.

El veredicto.

DEJAMOS pasar seis semanas y nos encontramos en el mes de febrero de 183.. En esta época es cuando Lóndres aristocrático se anima. Las ventanas de los suntuosos hoteles del West-End se abren, dando paso á la vez á las miradas de los ociosos y al aire exterior que va á renovar la atmósfera de los salo-

nes, cerrados las tres cuartas partes del año. Los carruages son ya mas numerosos en el Park; se habla de la llegada de Duprez, de la salida de Carlota Grissi ò de los Elssler, el teatro de la ópera inglesa se agita y se adorna para recibir á todos esos brillantes talentos que la Francia y la Europa prestan durante algunos meses, todas las primaveras , á nuestro suelo infecundo por el arte.

La estacion vá á comenzar.

La estacion , es Almak, es la corte , son las soirées sofocantes de los teatros, las lecturas pedantes, los paseos á Hyde-Park, aquella feria de carruages la mas magnífica que se ve en el mundo: son las carreras; las justas ruinosas de los juegos: es el fausto que lucha contra el spleen, es el ruido que combate cuerpo á cuerpo con el fastidio.

La estacion es aun para la nobleza, y para el *pueblo* inglés , tan orgullosamente pródigos en el exterior y tan vergonzosamente mezquinos en los pormenores domésticos, el doloroso momento en que se gasta en algunas semanas las siete octavas partes de la renta anual, en la que se tira el oro por la ventana para *lucir*, aun que esto les obligue á reducirse á la mas extravagante economia durante los largos meses que deben pasar en el campo.

Sabemos que el mismo caballero que dá liberalmente una guinea al lacayo de la casa donde ha descansado algunas horas , disputa

con su propio lacayo durante medio día por un shilling: la misma lady que añade por gratificación un billete de banco de cinco libras á los honorarios de su modista, escatima los modestos gages de su doncella, y la manda al hospital cuando llega á caer enferma.

El tribunal de assises de Middlesex hacia cerca de una semana que habia abierto sus sesiones en Old-Bailey.

Eran las once de la mañana. Una inmensa multitud se agrupaba en las inmediaciones del tribunal de justicia: la curiosidad pública no habia sido escitada nunca tan vivamente. A los empleados de policia costaba trabajo defender las entradas del palacio del pretorio, cuyos sitios reservados se vendian hasta á diez libras esterlinas.

Era por que se trataba de un proceso muy ruidoso. Los diarios habian dado al asunto un renombre gigantesco del que seguramente era digno.

El hermoso, el brillante, el famoso marqués de Rio-Santo, hacia dos días que se sentaba en el banquillo de los criminales.

Tenemos que hacer justicia á nuestra elegancia diciendo que no abandona voluntariamente á los miembros de su círculo que caen bajo la cuchilla de la ley. Todo al contrario, estamos autorizados para pensar que nuestras encantadoras ladies tienen su flaco por los héroes del tribunal de assises. Esta es una consecuen-

cia directa de su amor inmoderado por las es-
centricidades de todas clases. Y siendo tal
nuestra filosofía política, preguntamos ¿qué
diferencia lógica se puede establecer en-
tre un héroe y un ladrón? ¿El misionero cuyas
alabanzas proclaman todos los periódicos en el
momento que terminamos estas páginas, M.
Pritchard, el apóstol Figaro de Taíti, no está
en el camino que conduce á nuestro panteón?

Lores y hermosas señoras formaban un
rush en este sitio, como las mercaderas de
Poultry y las temibles mugercillas de el mue-
lle. Era una confusion horrorosa y nos hubiera
costado mucho trabajo distinguir en la multi-
tud á nuestros amigos y conocidos. Sin embar-
go, á fuerza de buscar, el semblante evaporado
del pequeño francés Lantures-Luces, hu-
biera fijado nuestras miradas, junto al pérfil
equestre del lord John Tantivy. Un poco mas
distante, ocho sombreros de paja adornados
de extraordinarias cintas, ocultaban las ocho
cabezas de nuestras amables comadres de
Finch-Lane, mistress Dodd, mistress Bull,
mistress Crosscairn, y otras, cuyos armoniosos
nombres hemos olvidado. Estas ocho recomen-
dables personas acababan de tomar el té en ca-
sa de mistress Bloomberry, laque estaba muy
triste por que no habia podido vencer la frial-
dad del hermoso capitán Paddy O' Chrane. A-
pesar de su tristeza, mistress Bloomberry mo-
via la lengua tan enérgicamente, como sus

compañeras, y tenemos un vivo pesar en pasar en silencio las cosas notables que dijeron en aquella circunstancia esas flores de la cité de Londres.

Muy cerca de la puerta de entrada se hallaba una muger vestida de luto, cuyo semblante quedaba oculto tras de un espeso velo negro.

La multitud rodaba sus oleadas como una mar, y mugia aun mucho mas fuerte. Era un horroroso concierto de voces gañidoras y guturales, pronunciando las palabras cargadas de consonantes de la lengua inglesa, y recorriendo en todos sentidos las notas discordantes y falsas de nuestra familiar declamacion.

A eso de las once y cuarto, los condestables, sostenidos por algunos agentes de la policia, abrieron paso al coche del acusado.

Los diez mil espectadores se pusieron de puntillas y no vieron nada absolutamente.

El señor marqués de Rio-Santo, con su noble semblante, en que se veia cierto aire de distraccion é indiferencia, se apeó á la puerta de Old-Bailey.

En aquel momento la muger vestida de negro, levantó su velo y descubrió las pálidas facciones de lady Ophelia, condesa de Derby. Los ojos del marqués se volvieron hácia ella por casualidad, y desde que la vió, la espresion de su fisonomia cambió completamente. Todo lo que puede haber de mas tierno en el respeto,

de mas afectuoso en el reconocimiento, vino á animar su mirada, que acarició por un momento la inclinada frente de lady Ophelia. Era un agradecimiento mudo, pero elocuente, que espresaba la mas tierna admiracion, y el testimonio de una ardiente gratitud.

Ophelia volvió á dejar caer su velo, pero no tan pronto que ocultase una melancólica sonrisa, acompañada de dos lágrimas silenciosas que corrieron por sus mejillas lentamente.

Nosotros que la hemos visto brillante y altiva, pasar, al ruido de aduladores cumplimientos, y lisonjas mundanas, entre la envidiosa multitud de sus rivales vencidas, hubiéramos tenido mucha dificultad en reconocerla, en este dia, sola, con los pies sobre el sordido pavimento d' Old-Bailey, y ocupando un sitio en las primeras filas de la brutal muchedumbre que acechaba la llegada del acusado. Estaba tan mudada! Habia en sus ojos cansados de llorar, tanta desanimacion y angustia!

Oh! el marqués habia tenido razon de agradecer y admirar. Aquella muger á quien habia abandonado en los dias de felicidad, venia á darle todo lo que le quedaba en este mundo. Por él habia roto el misterioso velo en que hasta entonces ocultaba su debilidad: habia manifestado á todos su amor y sus lágrimas, arrojando de este modo sin remordimiento ni pesar, la implacable venganza de un mundo que no sabe perdonar una falta confesada, por

que agota su indulgencia en celebrar el vicio hipócrita. En el celo atrevido de su adhesión habia cansado la paciencia de los jueces: se habia arrojado á los pies de los ministros: habia llorado humillando diariamente su soberbia de gran señora: habia rogado, de rodillas, delante de sus rivales.

Y, en todas partes rechazada, en todas partes cubierta de desprecios implacables, se habia levantado animosa haciéndose superior á todos estos desdenes. Su pobre alma, saturada de amargura, no se habia doblegado en su misión. Paciente ante el sarcasmo, humilde ante el insulto, respondia á todos los ultrajes: Piedad para él! piedad para él!

En aquel momento sin duda su presencia en semejante sitio hubiera sido un precioso motivo de recreo para Tantivy y sus amigos, que empleaban, para matar el tiempo, bromas de mal gusto: y quizá el esceso del sufrimiento de la pobre Ophelia hubiera concluido por llamar la atención de la multitud, si una muger á quien ella no conocia, no le hubiese ofrecido su ayuda. Con efecto, la condesa en el instante en que Rio-Santo pasaba por última vez la puerta de Old-Bailey, sintió desfallecer su corazón, y sus piernas entorpecidas vacilaron de pronto. Un brazo pasó en derredor de su cintura y la sostuvo cariñosamente.

Opheliase volvió; la que le prestaba aquel socorro era una muger de alta y hermosa es-

tatura, vestida como ella de luto , y tambien con velo.

Aquella muger sosteniendo siempre á Ophelia, atravesó la muchedumbre, y llegó á una de las calles adyacentes.

==Dios os recompense, milady, murmuró entonces dando á oler un frasquito de sales á la condesa: hubiera deseado hacer lo que habeis hecho..... pero yo no soy sino una pobre muger, y vos sois una noble lady. ... Dios os recompense!

—¿Quién sois, señora? preguntó la condesa.

==Me llamo Fanny Bertram, contestó, la muger del velo le he amado como vos le amais Tambien vereis que no se le puede olvidar!..... Sé que habeis rogado por él, llorado por él.... Gracias, gracias, señora, y Dios os bendiga.

Fanny Bertram imprimió sus labios en la mano de la condesa, y se perdió en la multitud.

El marqués de Rio-Santo estaba ante sus jueces. Se suponía que aquella escena terminaria los debates, y alcanzaria el veredicto del jurado.

El principal testigo, Angus Mac-Farlane del castillo de Crewe , faltaba en aquel acto. Todas las pesquisas para encontrarle habian sido infructuosas; no se sabia que habia sido de él.

Frank y Mac-Nab estaban alli para reem-

plazarlo. Junto á ellos , testigo benévolo , se sentaba su gracia, el príncipe Dimitri Tolstoï, embajador de Rusia, cuyo testimonio se habia fulminado mas de una vez contra Rio Santo durante el curso de los debates.

Es preciso convenir en que el tártaro , por su nacion, por su carácter , y por el miserable papel que habia representado anteriormente respecto al marqués, tenia un completo derecho para manifestarse bajo, pérfido, y sin compasion.

Era de esos hombres , numerosos en todos los paises, y ademas llenos de honores, que besan los pies del vencedor , y ponen el tacon de su bota en la frente del vencido.

Por la parte exterior se habia diezmando la multitud, pero aun quedaba en Old-Bailey una cohorte honrada y capaz de ahogar aqui y alli, á una muger, á un niño, ó á un anciano.

La mayor parte de las personas que habian abandonado el sitio, no se hallaban muy lejos, y esperaban, en algunas de las tabernas inmediatas , el resultado del proceso, y la salida del sentenciado, pues la sentencia no causaba la menor sombra de duda.

La familia entera estaba conmovida. Ninguno de sus miembros, esceptuando el marqués, habia sido incluido en la causa , por que la deposicion de Mac-Farlane , hecha en el juzgado de policia de Westminster , no denunciaba mas que al marqués , prometiendo ulte-

riores relaciones, y una lista de los principales lores de la noche. Desde aquella misma noche, se habia perdido la pista del laird, que se suponía habia sido asesinado por la familia.

Pero solo el marqués bastaba para ocupar la atencion general. Los hombres de la familia, sabian para lo sucesivo que él era el gefe misterioso que habia dirigido en la oscuridad sus movimientos, y reinado sobre ellos como monarca absoluto. Habian procurado verle, y lo habian visto, y el aspecto verdaderamente real de aquel hombre extraño, habia causado sobre todos una profunda impresion.

Mientras que el proceso seguia su curso, volvamos á las personajes subalternos de nuestro drama, reunidos en el spirit-Shop de Jack Gibbet, Fleet-Lane, á algunos pasos d' Old-Bailey.

Hemos descrito muchas veces en esta narracion, la distribucion interior de las tabernas de baja esfera, para que tengamos necesidad de trazar el plano del spirit-shop de Fleet-Lane. Era un tabuco de la clase de *the Pipe and Pot*: (la pipa y la botella) solamente que habia una sala reservada para los escribientes del foro, y subalternos de justicia, que eran los caballeros de aquel sitio.

En una mesa de la sala reservada, muy cerca de la puerta de la sala comun, el capitan Paddy O'Chrane tomaba sus doce cuartos de gin, mezclados con agua fria, sin azúcar, y con una par-

tícula de limon. Estaba solo. No lejos de él, Snail, Madge, Loo, y Mich, cuyo semblante en muy triste estado conservaba las señales del terrible puño de Tom Turnbull, ocupaban la primera division de la sala comun. En la mesa siguiente, Bob-Lantern y Temperance, dividian maritalmente una jarra de cerveza. Ultimamente, en un rincon apartado, Donnor d' Ardagh tomaba su desayuno. Estaba colocado en la esquina de su mesa, y nadie habia reparado en su presencia.

Primeramente habian hablado del proceso; agotado este motivo, habian vuelto á hablar del gran suceso del robo del banco, y de los incidentes que habian resultado.

—Hubierasido un fun famoso! dijo Snail: yo y mi hermana Loo nos habiamos apostado en la esquina de Poultry.... Pero mirad como respira Loo, pobre muchacha!..... Mich, dad de beber á vuestra muger, cuñado mio!

Mich echó un vaso de gin que Loo quiso beber, pero la pobre muchacha no pudo llevarlo á sus labios. El vaso se escapó de su temblorosa mano, y se rompió en el suelo.

—Señal de muerte, dijo Mich.

—Bah! exclamó Snail: echadle otro vaso Mich! yo pago....

Loo se habia levantado, jadeante, y con las dos manos sobre su abrasado pecho. Se acostó cuan larga era en un banco.

—Ya veis, Temperance, dijo paternal-

mente Bob-Lantern á su muger; ya veis á lo que conduce el abuso de los licores fuertes, tesoro mio!

—Oh! mi lindo Bob, respondió Temperance acariciando la horrorosa barba del mendigo: no he bebido hoy por la mañana ni siquiera un triste azumbre de gin!....

—Y ademas, añadió Snail, bien podrá ser que ese sea un signo de muerte; pues su honor está en mala disposicion.... Pero volviendo á mi y á mi hermana Loo, cuando llegaron los soldados.... Escuchadme mi querida muger Madge, y vereis si vuestro marido es todo un hombre, sino que el infierno me abraze!..... Cuando llegaron los soldados, hubo majaderos que quisieron atacarlos..... Los soldados cargaron y nos llevaron hasta el purgatorio de White-Chapel, que estaba vacío, por que todos los pájaros habian volado!.... Joé que estaba de guardia, hizo girar el resorte de la entrada que dá á el *lane*; la pared del piso bajo se abrió como bien debeis haberlo visto y yo tambien, y lo mismo mi hermana Loo, en las murallas encantadas que se abren en el teatro de Adelphi!..... Nos lanzamos á la sala baja, y los soldados nos siguieron..... Ah! ah! vais á ver! Nosotros que sabiamos el camino, corrimos á la izquierda, pero los pobres diablos de los soldados se detuvieron asi que la puertase cerró trás de ellos..... Se detuvieron y no dijeron palabra.

El lector debe recordar , para comprender la narracion de las proezas de Snail, la descripcion de la entrada secreta del purgatorio, que hicimos cuando lady Jane B..... fué á aquella guarida, conducida por la condesa Cantacouzene, para rescatar el diamante de la corona robado en Convent-Garden.

Snail continuó:

—Fumad mi pipa, mi linda Madge, me la volvereis cuando yo haya concluido..... Estaba enteramente oscuro, pardiez! como boca de lobo..... Comencé á andar muy despacito para llegar hasta el agujero de precaucion que está entre la calle y la puerta de la sala..... Asi que estuve en su borde, dije; vamos , compañeros , vamos!..... ¿Recuerdas esto , hermana mia Loo?

Loo abrió sus ojos apagados y los volvió á cerrar al momento sin responder.

—Loo está mala, continuó Snail, no será nada si se le dá de beber..... Los soldados me oyeron y se avalanzaron... Ah! ah! el agujero es profundo..... Aquellos no dirán donde está situado el purgatorio.

—Consiento en ser quemado , dijo el capitán, quemado en la caldera de Satanás, que diantre! si ese muchacho no es el mas fino de todos nosotros.

—Escuchad mi querida muger Madge! exclamó Snail; escuchad las mil blasfemias que dicen de vuestro hombre!

—Esto debió disgustar terriblemente á los soldados, observó Bob; morir así en el fondo de un abismo!..... ¿cuántos eran?

—Doce, amigo Bob.

—Suponiendo que cada uno tuviese tres shellings en sus bolsillos..... y un soldado del rey bien puede tener tres shellings..... esto casi forma dos guineas perdidas!

Bob suspiró *á parte* al hacer este cálculo.

—Oh! oh! sufro mucho Dios mio! murmuró en aquel momento Loo. Santa madre mia rogad por mí!

Donnor d' Ardagh que estaba solo en su mesa, se estremeció dolorosamente al sonido de la voz de su hija, y se acercó sin saberlo. Snail por su parte se habia levantado llevando en su mano un vaso de gin.

—Abre la boca, hermana mia Loo, dijo.

La muchacha obedeció y Snail la hizo beber hasta la última gota de gin.

Loo agitó un instante sus ojos hinchados repentinamente, y se puso de pié, como si hubiese recibido un choque galvánico.

—Dadme de beber otra vez! de beber! gritó con enronquecida voz.

Y la embriaguéz subiéndole al cérebro con violencia, comenzó á valsar, cantando como siempre su monotonó refran. Daba compasion. La desgraciada muchacha perdía el aliento con aquel esfuerzo insensato. Donnor d' Ardagh, de pié y apoyado contra el quicio

de su cuarto, la miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Buen día, papá, dijo Snail que lo distinguió á lo lejos: Madge, saluda al padre de tu hombre!

El capitan Paddy sacó la cabeza y su largo cuello, fuera de la sala reservada.

—¿Algunos de vosotros, preguntó, abyecta especie, mis buenos muchachos, puede decirme si es verdad que Mr. y mistress Gruff han desaparecido del hotel del rey Georges?

—Yo, capitan, yo, Satanás y sus cuernos! contestó Snail: puedo deciros esto, y otras muchas cosas, pardiez.... Escuchad tambien vosotros: allá vá una historia... Aun duraba la famosa noche. Al salir del purgatorio donde habia puesto á los soldados en el agujero, dije para mi, Snail, un caballero como vos, debe haber sido denunciado espresamente á la policia..... Este era mi parecer, que diantre!... Dejé á mi hermana Loo que se fuese sola á casa, y yo seguí la orilla del rio para irme con toda seguridad al hotel del rey Georges; donde queria ocultarme..... He aquí que al llegar al puente de Black-Friars..... esto es atroz, vais á verlo.... Distinguí un gran diablo de loco que miraba á el agua por cima del parapeto, cantando una antigua cancion escocesa... Me acerqué.... Me oyó, y se avalanzó sobre mi como un furioso.

—Mira, me dijo, mira..... ¿las ves?...

Mira á Gruff y á su muger..... mira á Clary.. á Clary, y á Ana! Mira.... si, si , miralas, mira á mi hermano Fergus!

Me señalaba el Támesis donde absolutamente habia nada.... ¿No es verdad que esto es extraño?

—¿Y despues , vagamundo , y despues? preguntò el capitan.

—¿Despues?..... á fé mia que si yo no hubiese sido un hombre, me hubiera causado miedo, contestó Snail: pero gracias á Dios , no conozco á muchos caballeros que sean tan valientes como yo.... ¿despues?..... Mal haya si no se puso á llorar como una fuente.

—Muertos!.... todo están muertos! decia: yo he matado á todos!

Y en el momento que menos lo esperaba, me soltó y se arrojó á el Támesis. Yo sé nadar pero hacia frio, y ademas no erasi no un loco. Mire, y lo vi salir de la sombra del puente , y flotar, como si no hubiese podido sumirse bajo del agua, pues no nadaba..... Al cabo de algunos segundos, su voz se levantó de nuevo, y llegó á mis oidos..... cantaba..... esperad!.. una cosa estraña.

El laird de Killarwan
Tenia dos hijas queridas
Tan bellas que en Glen-Girvan
No las habia parecidas
Por su gentil ademan.
Y otras canciones que no me acuerdo....

Cantó mucho tiempo..... en seguida su voz se apagó y no vi ya nada sobre el agua.

—¿Pero Gruff, hijito de Satanás?

—Paciencia, capitan, trueno del cielo!..

Así que se ahogó el loco, continué mi camino hacia el hotel del rey Georges. La puerta estaba habierta.... Nadie había en la sala baja..... Arriba..... á fé mia! que el loco quizá tenía razón: Muy bien podía ser que viese en el Támesis el cuerpo de Gruff y de su muger, pues arriba no había mas que sangre.

—De este modo se pierde en el agua, murmuró Bob valor de mas de cien libras anuales en cadáveres que pudieran servir para la anatomía.

—De suerte que, cuernos de Belzebut dijo el capitan, Gruff y su muger han muerto... Eran honrados compañeros, aun cuando se puede afirmar que el universo entero no encerraba unos pícaros mas perversos.....

En aquel instante se oyó el ruido de la caída de un cuerpo en el piso de la taberna. Todos se volvieron hacia Loo que habían olvidado.

Estaba tendida en el suelo y bañada en sudor.

—Me abraso!.... me abraso! murmuraba, quitadme..... oh! por compasión! quitadme el fuego que tengo aqui dentro!

Apretaba con sus dos manos, su demagrado pecho.

Donnor d' Ardagh corrió hacia ella, y se puso de rodillas.

—No será nada, papá, dijo Snail.

—El daddy! pronunció debilmente Loo. Cuan bueno es Dios por haberme dejado ver á mi padre en esta hora... Oh! daddy! os suplico que apagueis este fuego..... este fuego que tengo aqui dentro.

—Bebed , hermana mia Loo , añadió el intrepido Snail; eso no será nada.

La muchacha meneò la cabeza, y rechazó el vaso de gin, con gran admiracion de Temperance, que hizo un involuntario ademan para apoderarse de él.

—Daddy , murmuró Loo.... me causa mucho bien veros.... ¿Qué quereis que diga á mi madre de vuestra parte?.... Voy en busca de mi buena madre..... Ah! el fuego se ha apagado..... ya no sufro.

Cerró los ojos. Sus descoloridas y ajadas facciones espresaron la dulce sonrisa de un niño que se duerme.

—Ya todo se acabó, dijo Snail.

Donnor, continuando de rodillas, se inclinó sobre la inmòvil frente de Loo, y le dió un beso llorando. En seguida cruzó las manos como para orar , y despues echó sobre Loo su capa.

—¿Para qué haces eso, daddy? preguntó Snail.

—Por que está muerta , hijo , contestò Donnor.

Al mismo tiempo levantó en sus brazos

el desgraciado cuerpecito de Loo, y salió á pasos precipitados.

Hubo en la taberna un instante de lúgubre silencio.

—He ahí Temperance! murmuró Bob; he ahí una terrible lección!

—Oh! si, mi gentil muchacho, contestó la muger grande, y mirad, así moriría yo, si no me dieseis seis peniques para comprar gin!

—Muger Madge, dijo Snail procurando no llorar; soy un caballero y no quisiera portarme como un niño..... Pero creo que me es permitido sentir á mi hermana.... Mi pobre Loo! mi pobre Loo!..... No lloro, Madge!

Snail se volvió de pronto hácia la pared, por que una lágrima humedecía sus párpados, y le daba vergüenza.

El silencio que reinaba en la taberna aun no habia terminado, cuando se oyó en la parte exterior un largo y estrepitoso ruido.

—Todos los miembros de la familia se levantaron por un movimiento comun, y se dirigieron á la puerta.

—Es el veredicto! decian, es el veredicto!

—Es el veredicto! repitió Tom-Turnbull que entraba en aquel momento, y dió una patada á la puerta capaz de hacerla pedazos.

—¿Y cuáles ese veredicto, Tom, compañero mio? preguntó Paddy O'Chrane, olvidando blasfemar por la priesa que tenia.

Los demas individuos de la familia en

lugar de salir, rodearon al momento á Tom Turbull.

Este se sentò en un banco, y permaneciò un instante silencioso. Su tosco y grosero semblante espresaba una profunda emocion , combatida por la costumbre de un carácter indifferante y énico.

—No lo conozco sino desde ayer, dijo al fin con rudeza; pero si dando mi pellejo pudiese sarvarlo, lo daria.

—¿Está condenado?.... balbució el capitán tambien conmovido por la primera vez despues de tantos años.

—A muerte! respondió Turnbull.





CAPITULO DECIMO.

El precipicio.

FERGUS O'Breane, súbdito inglés, llamándose don José Maria Tellez de Alarcon, marqués de Rio-Santo, grande de Portugal etc.. habia sido declarado culpable respecto á el asesinato de M. James Mac-Nab, esq., abogado de los tribunales de justicia de Glasgow; tambien culpable acerca de la asociacion

ilícita, y de complicidad en una tentativa de robo en el banco.

Por lo que respecta á la acusacion de alta traicion, el procurador de la corona la habia pasado por alto por órden superior.

Los estados no gustan probar que sea posible el conspirar contra ellos.

Fergus O'Breane habia declarado que aceptaba la sentencia pronunciada despues de la sentencia del jurado, manifestando ademas que habia cometido los actos que motivaban aquel veredicto, y que no se arrepentia de haberlos cometido.

Habian fijado una corta prorroga para su ejecucion pbúlica, en la horca, delante de Newgate, y Lóndres todo entero, se prometia asistir á aquella elegante ejecucion.

Pero Fergus O'Breane, ademas de otras muchas cosas que aseguró que fueron juzgadas atrevidas, temerarias, y subversivas, por todos los que llevaban pelucas en los tres reinos, habia declarado en alta é intelígible voz, en el mismo recinto d' Old-Bailey, delante de los jueces, jurados, procuradores, abogados, etc. etc.... estupefactos de tanta audacia, que no llegarían á ahorcarle.

Por los demas fué mirado esto como una pura bravata, y los nobles salones de West-End se preparaban á dar la última señal de simpatia al leon, al rey de la moda, al astro deslumbrador de tantas hermosas noches de fiestas, vi-

niendo en masa elegantemente ataviados y saliendo quizá de los bailes , para verle ahorcar.

Eran cerca de las diez de la noche , del siguiente día á el de la condenacion del marqués de Rio-Santo. Ana y Clary Mac-Farlane estaban acostadas juntas é inmóviles. Pero mientras que Ana dormia ya profundamente, se hubieran podido ver los ojos de Clary sumamente abiertos , y resplandecientes con un brillo febril, fijarse con inquietud en la cama de su hermana, como para cerciorarse de su sueño.

Así que pasó el primer movimiento de alegría , causado por la inesperada vuelta de las dos hermanas , todo habia vuelto á quedar muy triste en casa de mistress Mac-Nab, pues no habian tardado en conocer que Ana y Clary, aunque diferentemente afectadas, estaban las dos heridas. Ana, niña dulce y sencilla en otro tiempo, tenia ahora un secreto en su corazon, y mistress Mac-Nab sorprendia muchas veces en sus lindos ojos, tan acostumbrados anteriormente á la sonrisa, señales de lágrimas. Por lo que respecta á Clary, su imaginacion y su corazon parecian heridos del mismo golpe funesto. La pobre jóven sufría un mal silencioso, desconocido, y sus facultades mentales no podian tranquilizarse. Stephen la prodigaba todos sus cuidados: Ana procuraba sonreirse para alegrar

aquella interminable y taciturna tristeza. Todo era en vano. El choque habia sido demasiado violento. Se necesitaban semanas y meses de felicidad , para proporcionar remedio á aquel mal del cuerpo y del alma.

Y Clary no podia ser dichosa, por que amaba ardientemente y sin límites á un ausente, á un desconocido, á un hombre que quizá no debia volver á ver mas.

Pasaba largas horas del dia sentada detrás de las cortinas de su ventana , mirando sin cesar las de la casa cuadrada , acechando un movimiento de las cortinas , una señal que le anunciase la presencia d' Edward.

Pero no distinguia nada , y cuando Stephen ó mistress Mac-Nab venian á buscarla para distraerla de los tristes pensamientos de su soledad, los seguia obediente , silenciosa , y taciturna.....

Dejaba su ventana como se deja á un amigo á quien se quiere y que si no sabe consolarnos del todo, dulcifica al menos nuestra dolorosa afliccion. La dejaba para volver á ella prontamente, y ponerse á acechar de nuevo.

En cierta ocasion subió mistress Mac-Nab la escalera mas de priesa que de costumbre, y le dijo con la alegría de que se revisten las madres al lado de los hijos que padecen.

=Venid, Clary , venid, hija mia , quiero enseñaros el retrato del famoso marqués de Rio-Santo.

Mistress Mac-Nab no sabia nada de las sospechas concebidas por Stephen contra el marqués, relativas al robo de las dos jóvenes. Habia comprado á su puerta una de esas litografias mas ó menos parecidas de que se venden en Lóndres cien mil ejemplares durante, y despues de cada causa célebre. Habia dicho para si, esto distraerá á Clary.

Esta la siguió al momento como de costumbre, y bajó á la sala comun donde Ana de pié delante de la litografia desdoblada, admiraba ya aquellas nobles facciones, cuya magnifica armonia no habia podido destruir de un todo el torpe lápiz de un mal artista.

A la primera mirada reconoció Clary á Edward. Su corazon se ensanchó de alegria, pero encerró en si misma su emocion, y no cambió su semblante.

—Mirad, Clary, dijo mistres Mac-Nab, ese caballero ha querido matar á el rey, á los ministros, y á todos los miembros del parlamento..... El reverendo Jonsuah Butler que sabe todas las cosas, me lo dijo ayer..... ¿No tiene la apariencia de un gran pícaro, hija mia?

Clary no contestó.

—Es muy hermoso! murmuró su hermana: no creia que pudiese haber un hombre tan hermoso como es este!

Clary comenzó á reirse y le apretó la mano afectuosamente. En seguida tuvo un estre-

mecimiento de pronto y pronunció muy bajo.

—¿No condenan á muerte á los que quieren matar al rey?

—Si, si, hija mia, contestó mistress Mac-Nab: es verdad, se les condena á muerte.... Hoy mismo ván á juzgar á ese pícaro.....

—¿Y dónde lo juzgan? preguntó Clary.

Hacia mucho tiempo que Clary no habia pronunciado tantas palabras. Ana y mistress Mac-Nab cambiaron una mirada de esperanza.

—Se juzga en Old-Bailey, mi querida hija, contestó esta última.

Clary puso un dedo en su frente.

—Sé donde está Old-Bailey, dijo despues de un momento de silencio; ¿y dónde ponen á los que ván á decapitar despues que han sido juzgados?

—En la cárcel de Newgate, amor mio.

—Tambien sé donde está Newgate, dijo de nuevo Clary: señora, añadió dirigiéndose á su tia que en otro tiempo llamaba su madre, ¿quereis darme ese retrato?

—Esté retrato y todo lo que querais, querida hija.

Clary cogió al punto la litografia y subió precipitadamente la escalera de su habitacion.

Aquel dia y el siguiente pareció menos triste y se la vió mas de una vez sonreirse.

—La salvaremos! decia mistress Mac-Nab.

—Dios os oiga, madre mia! respondia Ana.

La noche de que hablamos , es decir , el dia siguiente al de la condenacion del marquès, Clary habia pasado la mayor parte del dia en su ventana, aprovechando todos los instantes en que la ternura de su hermana no espiaba sus movimientos, para contemplar el retrato del marquès.

Cuando lo miraba, habia en ella como un flujo de vida. Sus hermosos ojos volvian á encontrar aquel fuego velado, aquel ardor pudico en que, por la primera vez, Stephen vió reflejarse en la iglesia del Temple el misterioso amor que, desconocidos de todos , y cuidadosamente sepultado en el corazon de la virgen, fué sin embargo una de las causas mas eficaces de los sucesos de esta narracion. Su talle volvió á recobrar toda la elegancia de otro tiempo. Volvia á ser la graciosa y viva jóven , llena de sabia y de calor, que hemos visto, ay! distraida ya por el pensamiento de Edward , cantar salmos, y rogar á Dios en el coro de Temple-Church.

Asi que vino la neblina , Clary se puso pensativa, y adelantó mucho mas la hora acostumbra de acostarse. Suplicó á su hermana que hiciese como ella, y Ana siempre dispuesta á seguir la menor voluntad de la enferma, se acostó á eso de las nueve.

A las diez, ya dormia.

Clary contenia su respiracion , y conservaba una completa inmovilidad. Pero no dor-

mia, y sus grandes ojos abiertos, como ya hemos visto, espiaban el sueño de Ana.

Al cabo de algunos minutos, levantó la cobija por un movimiento casi insensible y salió con suavidad de la cama. Estaba vestida.

Ana no se despertó.

Clary llevaba en la mano sus botitas á fin de andar sin hacer ruido, abrió la puerta, y bajó la escalera.

Olvidó abrazar á su hermana. Tenia sobre su espíritu como sobre su corazon un velo espeso y pesado, por entre el cual solo podia penetrar su amor.

Cuando llegó al piso bajo, todavia velaba la vieja Betty, y desempeñaba algunos trabajos de su oficio. Clary se deslizó en la sala baja, y se ocultó en ella.

Esperó con paciencia á que Botty se acostase: despues, cuando conceptuó que debia estar dormida, tomó la llave de la puerta exterior y la abrió: se encontrò sola, á las once y media de la noche, en la desierta acera de Cornhill.

—Sé bien donde está Newgate! murmurò. En otro tiempo lo sabia.

Procuró orientarse, y permaneciò un instante indecisa en la misma puerta de la casa de su tia. Despues, arrastrada repentinamente por alguna incierta luz que atravesó su turbada imaginacion, echó á andar, y desapareció en la esquina de Poultry.

En aquella misma hora , el honrado , minucioso, é incorruptible carcelero Noll-Brye, acaba de revisar en persona el calabozo en que el marqués de Rio-Santo aguardaba , acostado sobre un monton de paja la ejecucion de su sentencia. Es preciso decir que tomaban respecto al noble prisionero precauciones tanto mas multiplicadas, cuanto que habia manifestado en plena sesion su intento de evitar el cadalso. Y el cadalso no se evita cuando se ha pasado la puerta de aquel lúgubre calabozo llamado *la habitacion de espera*, mas que por el suicidio , ó la evasion.

La autoridad que igualmente temia uno y otro, habia puesto en el cuarto mismo en que Rio-Santo estaba encarcelado , un hombre seguro y vigoroso, presentado por el mismo intendente de la policia metropolitana S. Boyne esq.

Es muy cierto que la demasiada precaucion perjudica.

El hombre seguro y vigoroso fiado por S. Boyne esq. era el escocés Randal Grahame, elegido por la familia para dirigir en lo interior de Newgate una tentativa de evasion , que los lores de la noche, y á su cabeza S. Boyne esq. favorecian por la parte de afuera.

Pero los que conocen á Newgate , saben que una evasion de la *habitacion de espera* presenta enormes dificultades.

—¿Estais listo, milord? preguntó Randal

cuando el pesado paso del viejo Noll-Brye cesó de oirse por la parte exterior.

—Estoy listo, contestó Rio-Santo que se levantó de su cama de paja.

Randal se acercó á la ventana que daba á la calle de Newgate, y arrojó por entre los macizos barrotes de hierro media corona que dió un sonido argentino al caer en el suelo.

Al momento, de la esquina de Giltspur-Street, se oyó un maullido agudo.

—Ahi están, dijo Grahame. Vamos O' Breane, he aqui el momento de separarnos.... Escuchad..... Es cierto que no hubiera hecho por mi padre lo que voy á hacer por vos.. Si no me volveis á ver, O Breane, será necesario que penseis alguna vez en el pobre Randal.

—Pensaré en él como en un amigo querido y decidido, respondió el marqués con emocion: pero ¿por qué hablais así Grahame? seguramente que nos volveremos á ver.

Randal meneó la cabeza.

—Conozco el *precipicio*, dijo, y tanto valdria tirarse desde lo alto de la torre de Saint-Dustan á el suelo..... Pero teneis razon, Fergus, añadió el escocés afectando una alegria repentina: se vuelve, al fin, por que Jack Shepar (1) ha vuelto.

(1) Jack Shépar, uno de los héroes mas nombrados del calendario de Newgate. Aun se ven en la pequeña cárcel de la prision que dá á Old-Bailey, los

—Nunca he visto ese precipicio como lo llamáis, murmuró Rio-Santo: ¿hay seguramente en él peligro de muerte?

—Si, y no, O'Breane, si y no..... Si se tuviese alas se podría salir de él como se debe.. Es una escalera de sesenta pasos cortada á pico, á cuyo fin se levanta la pared de piedra de una casa..... Si fuese necesario arriesgarse en ella en medio del día, faltaria la resolución, pero es de noche..... Vamos, Fergus! manos á la obra.

—Pero, dijo de nuevo este último, ¿quién os obliga á tomar ese peligroso camino?

—A fé mia, milord, resdondió el escocés, debeis creer que no lo tomo por eleccion..... Bien veis que los guardias miran á vuestra señoría como á las niñas de sus ojos. Han colocado centinelas dobles en todas las salidas. Los hay en Ludgate-Hill en Fleet-Lane, y en el extremo de Cheapside..... Un solo punto nos queda abierto, este es Skinner-Street, y el patio de l' Arbre-Vert, que están guardados por los

enormes fierros que servian á aquel célebre bandido: esos fierros parecian ser cortados para un gigante. Jack Shepar se escapó de Newgate la vispera del día fijado para su ejecucion, y salvó montado en una jaca á todo escape, el precipicio (breakneck) de Green-Arbour-Court, cuya descripción haremos en seguida. Jack Shepar no se hizo ningun daño, pero cinco hombres de la policia que lo perseguian, se rompieron la cabeza.

de la policia, elegidos por M. Boyne. Despues de entrar en Green-Arbour-Court, no hay mas remedio que salir de él.

Rio-Santo colocò su frente entre sus manos y reflexionó durante algunos segundos. Al cabo de este tiempo, se levantò dejando sobre la paja sus hierros limados de antemano, y apretó la mano de Randal.

—Gracias, dijo. No aceptaria por mi vuestra adhesion; pero he entablado el combate, y mi pérdida ahondaria aun mas el abismo en que sufren mis hermanos....

—Manos á la obra! repitió Randal; os diré que me burlo de vuestros irlandeses como del shah de Persia, y que si doy mi sangre por alguno, es por vos solo, O' Breane.

Desabrochó con rapidéz su vestido, y deslió una cuerda de seda que tenia atada á la cintura. Asi que hizo esto, arrancó sin trabajo dos barrotes de la ventana que el mismo habia limado por la tarde. Uno de estos barrotes, pasado por entre los que quedaban, sirvió para sujetar solidamente la cuerda.

Randal tomó todas estas diversas medidas con sangre fria y esactitud, lo mismo que habia hablado de Green-Arbour, y del precipicio sin énfasis, lo mismo que habia manifestado su intencion de morir por Rio-Santo con tono sencillo, desprovisto de entusiasmo y de éscaltacion.

Y sin embargo, á menos que no se remon-

te al abismo de Curcius, ó al salto de de Leucades, nunca hombre alguno habia arrostrado la muerte con mas conocimiento de causa y premeditacion. El precipicio de Green-Arbour-Court presenta una rampla que la vista se estremece al contemplarla: no se baja si no con lentitud, y tomando precauciones que no impiden que se multipliquen los accidentes todos los dias.

Randal pretendia bajar aquella escalera á caballo en una noche oscura.

Como habia dicho, al fin de la escalera se levantaba y se levanta aun una pared de piedras que parece colocada alli para quitar hasta la mas mínima posibilidad de intentar con écsito la empresa meditada por Randal.

Su objeto era de abrir un paso al marqués de Rio-Santo, de alejar los diferentes puestos que velaban en los alrededores de Newgate, atrayéndolos en persecucion suya. Y para obrar eficazmente en este sentido, era preciso conducir la caza lo mas lejos posible, y el patio de Green-Arbour está muy cerca de la prision.

Randal quizá esperaba *volver*, para emplear su estilo, pero debemos decir que no se hacia ilusion, y que la perdida del tiempo empleado por los de la policia en reconocer su cádáver, en caso de que quedase muerto al pié del precipicio, entraba positivamente en la cuenta de su cálculo, tocando las probabilidades de la evasíon del marqués.

Se pueden encontrar adhesiones mas acaloradas y vociferadas que la suya , pero no mas completas ni mas reflexivas.

Cuando estuvo amarrada con bastante solidéz la cuerda de seda, Randal se volvió hácia el marqués y le alargó la mano.

—Hasta la vista, dijo. Aprovechad el momento, y acordaos de mi.

Y se deslizó prontamente por entre los barrotes, y llegó al suelo en un abrir y cerrar de ojos.

El centinela de la puerta de la deuda oyó el ruido de su descenso y gritó: ¿Quién vive?

Randal en lugar de responder, comenzó á correr hácia Giltspur-Street. En la esquina de la calle estaba preparado un caballo. Randal de un saltó montó en él.

—Alerta! gritó el centinela: el sentenciado se escapa!

El efecto de este grito fué mágico. Las piedras de las casas inmediatas parecían transformarse instantáneamente en agentes de policia. Randal volvió por Skinner-Street , no ostigando á su caballo si no lo que era necesario para que no lo alcanzasen, y guardándose bien de sacarlo al galope. El agente de policia que hacia centinela á la entrada de Green-Arbour-Court, representó una escena que ya conocemos, por haberla visto ejecutar en el entrepuente del *Cumberland* cuando la evasión de los *condenados* en la rada de Weymouth,

por Paddy O'Chrane, y sus compañeros. El agente de policia al acercarse Randal, se dejó caer en el suelo gritando misericordia, como si hubiese recibido un choque violento.

Randal pasó, seguido de cerca por todos los vigilantes escalonados en derredor de Newgate. Asi que llegó en medio del patio, arrimó espuelas á su caballo, y se le vió á la luz de la unica linterna suspendida al fin del oscuro pasadizo, partir como un rayo, y desaparecer en lo alto del precipicio.

Los de la policia se detuvieron. Oyeron los cascos del caballo herir los primeros pasos de la escalera. Despues fué un ruido sordo, el roce de un cuerpo lanzado con violencia por una rampla pendiente. En seguida se oyó un sonido ahogado, pesado, seguido de un silencio mortal.

Un estremecimiento de horror corrió por todos los agentes de policia.

Desde de un momento de duda, descolgaron la linterna del patio, y comenzaron á bajar la escalera con precaucion. Desde los primeros pasos encontraron señales de sangre. Al fin del precipicio, en la callejuela estrecha y sin nombre que vuelve a bajar á la street no encontraron mas que sangrientos informe y mezclados destrozos. El caballo habia quedado completamente descuartizado.

Pero no se veian alli mas que los despojos del caballo. Los hombres de la policia buscaron durante mucho tiempo y no descubrieron nada

que se asemejase á un cadáver humano. Nada, ni aun siquiera un harapo del vestido.

Se miraron estupefactos, y en seguida registraron las callejuelas inmediatas al fin del precipicio.

No pensar no en reconocer á el mismo Green-Arbour-Court, por que era realmente poco probable que el prisionero hubiese subido despues de su caída, los sesenta escalones del Break-Neck.

Durante esto, Newgate estaba completamente desierto, no habia en Old-Báiley mas que el centinela de la puerta de la deuda.

Cuando decimos desierto, hablamos solamente respecto á los agentes de policia, pues se encontraban en las inmediaciones de la prision muchas personas que la fuga de Randal no habia alejado. Eran primeramente hombres de la familia, ocultos en Gilt-Street, y el caballero Bembo, que tenia de la brida un escelente y vigoroso caballo de montar.

Tambien habia una jóven vestida de negro que permanecia inmóvil en la esquiu de Skinner-Street.

En el momento en que Randal habia metido piernas al caballo, aquella jóven acababa de llegar por Ludgate-Hill y Old-Bailey. Habia ecsaminado el semblante del fugitivo á la luz de los reverberos, y habia murmurado:

—No es él!

En seguida su vista, en que estaba pintado el

estravio, se habia paseado por las negras paredes de la prision.

—Bien sabia que encontraria á Newgate, murmuró: pero como llegar hasta él!.... Cuan tristes son esas piedras!..... Y cuanto frio debe haber detrás de esas paredes!.....

Clary, pues era ella, apretó en derredor de su cintura estremeciéndose, los pliegues de su shall, y se echó el velo á la cara.

En aquel mismo instante, el marqués de Rio-Santo siguiendo el mismo camino que Randal Grahame, se dejó deslizar por la cuerda de seda, y llegó al suelo sin ningun accidente. En el momento de llegar se dirigió hácia Giltspur-Street.

—Sois vos signore! dijo una voz en el quicio de la puerta.

Bembo desató de priesa la brida del caballo y se la dió á Rio-Santo.

—¿Quién vive? preguntó el centila d' Old-Bailey

—Montad, milord, montad, dijo Bembo.

Rio-Santo le abrió sus brazos y el jóven italiano se arrojó á ellos, enternecido.

—¿Quién vive? preguntó de nuevo el centinela.

Rio-Santo montó su caballo y volvió al paso la esquina de Giltspure-Street.

Clary se levantó el velo y lo reconoció.

Sin decir una palabra se avalanzó hácia él, y se agarró de los pliegues de su capa. La es-

quina de la calle interceptaba la luz del gás. El marqués fijó la vista en aquella muger vestida de negró, y creyò reconocer á la condesa.

—¿Sois vos, Ophelia? murmuró.

—Yo soy, contestó debilmente Clary.

—¿Quereis darme la despedida?....

—Quiero ir donde vayais..... Quiero seguir siempre..... siempre.

Rio-Santo se inclinó, y despues se levantó rodeando con sus brazos la flecsible cintura de la pobre Clary... ..

En seguida , y mientras que el centinela daba su último quien vive , el marqués metió espuelas á su caballo que saltó bajo su doble peso, y partió como un rayo.





CAPITULO DECIMO PRIMERO.



La voz de los sueños.

EL caballo del marqués de Rio-Santo iba como el viento. El viaje se hacia en silencio; pero Clary, precisada á estrecharse contra Edward, se consideraba dichosa.

Era su sueño, su hermoso sueño que habia tenido durante su cautiverio en casa del doctor Moore.

Respiraba con delicias el aire frio de la noche que venia á herir su abrasadora frente.

Miraba huir de cada lado como encantadas quimeras las masas sombrías de las casas, y las brillantes líneas dibujadas por el gás.

¿A dónde iba? Ah! esto importaba poco. Aun cuando debiese Edward conducirla á donde el fantasma de Burger condujo á la pobre Leonor, Clary no hubiera cesado de sonreirse.

Muy prontose perdieron de vista las casas de Lóndres.

En la primera aldea del camino de Escocia, se apeó el marqués. Una silla de posta estaba preparada por los cuidados de Bembo, y el marqués subió á ella con Clary.

Era un viaje muy extraño. El marqués de Rio-Santo no habia tardado en conocer su engaño, y tambien el estado en que se encontraba su hermosa compañera. Algunas palabras de Clary lo pusieron al corriente de todo; supo al mismo tiempo su nombre, y su cualidad de hermana de Ana, la encantadora demandante de Temple-Church. El marqués habia experimentado por la mas jóven de las hijas del laird, sin conocerla, uno de esos fogosos y pasajeros amores, que tenian en él la duracion de un capricho, y la fuerza de una pasion: pero desde que supo quien era de Ana, su ternura llegó á ser otra, y se dividió igualmente entre las dos hermanas.

Habia perdonado á Angus pues no le era desconocida la debilidad de su cerebro. Las hijas de Angus eran las suyas.

Durante todo el camino , trató á miss Mac-Farlane, como un padre hubiera tratado á una hija querida. Pero por el efecto involuntario de la impresion viva y profunda producida en él anteriormente por la vista de Ana , el marqués en la incoherente y estraña conversacion que tuvo con Clary, pronunció muchas veces el nombre de su menor hermana, este nombre caia siempre como un peso sobre el corazon de Clary. Estaba entonces celosa como en su sueño, y la completa felicidad que experimentaba con la presencia de Edward, se cambiaba en amarga angustia.

Rio-Santo se dirigia á Santa Maria de Crewé , donde debian reunírsele Waterfield, Smith, Falkstone, Bembo, y Randal, si Randal aun estaba en este mundo. Apesar del tierno interés que le inspiraba Clary Mac-Farlane, aquella criatura tan hermosa y tan desgraciada, cuya locura era amarle, Rio-Santo entregaba muchas veces su imaginacion , como bien puede creerse, á los graves intereses que tenia entre manos. Infatigable y no vencido por no haber podido vencer el mismo , combinaba nuevos planes de batalla , y volvía á comenzar con nuevos datos aquella guerra larga é implacable que habia declarado á la Inglaterra.

En fin su plan subsistia. La desgracia que acababa de experimentar retardaba su ataque pero no lo habia inutilizado.

Conservaba á su disposicion ademas de

su firme voluntad y su genio, recursos acumulados durante quince años.

El hecho solo de haber recobrado su libertad, lo volvía á colocar temible y robusto como antes, frente de su enemigo, admirado aun de su audáz ataque.

Sin embargo, no se le ocultaba que en semejante guerra el no haber podido vencer en el primer ataque es una condicion fatal, cuyos resultados es necesario eludir. Contaba que no podría combatir de nuevo prontamente á un adversario poderoso y sobre aviso.

Saber esperar es peculiar de hombres fuertes, y Rio-Santo habia ya esperado veinte años.

Y durante estos veinte años, habia calculado su ataque de tal suerte, que á no ser por la traicion de su mejor amigo, nadie puede calcular cuales hubieran sido las instituciones inglesas, ó la parte de la Inglaterra hubiese resistido á la explosion.

La mina permanecia cargada, y debia llegar el dia en que pudiesen prenderle fuego.

Mientras que el marqués tenia estos pensamientos, Clary lo miraba con admiracion: no se movia y se entregaba con placer á su estásis.

Salvaron la frontera de Escocia. Allí se concluian las remudas preparadas por la familia. El marqués se vió obligado á montar de nuevo á caballo y llevar en ancas á Clary.

Comenzaba marzo. Era uno de esos dias en que la primavera y el invierno se disputan la

atmósfera incierta. El sol habia lanzado al aire un calor muelle é inusitada, con la cual los árboles habian abierto sus yemas antes de tiempo, y habia levantado los debilitados copos del césped, aquella rica alfombra de la tierra.

La noche se acercaba precedida por una brisa tibia que desenrollaba en el cielo las ondas tempestuosas de grandes nubes grises, espesas, variables, y atormentadas por los misteriosos conflictos de electricidades contrarias. Clary cuyo sistema nervioso aun no habia recobrado su asiento experimentaba enérgicamente los efectos de aquella temperatura normal. Habia sentido al principio una escitacion general, un rio de vida y de bien estar habia corrido por sus venas, y despues llegó la reaccion: su delicado talle se habia debilitado bajo el peso de un mal estar invencible.

Entonces Rio-Santo sintió que los brazos que lo rodeaban se debilitaban y desprendian. Volvió la cabeza. Clary estaba pálida como una estatua de mármol, y tenia los ojos cerrados.

Apenas faltaba media milla para llegar al castillo de Crewe. Sin embargo, el marqués creyó debia detener su caballo, y colocar á Clary á la orilla del camino. La tierra estaba muy fria. El marqués estendió su capa sobre la yerba, y desato la silla de su caballo, con la que formó una cabecera á Clary, despues de haber tenido la precaucion de quitar de las fundas sus pistolas que tiró sobre la yerba.

Clary permaneció al principio inmóvil.

En seguida volvió á abrir los ojos, y dirigió en derredor suyo su encantadora vista.

Reconocía á la Escocia, y aquellos sitios tantas veces visitados, le recordaban su infancia pero tambien le presentaban otro recuerdo.... el sueño, el doloroso sueño en que habia visto á Edward entre ella y su hermana Ana.

—No está aquí hoy, murmuró con inquieta alegría; decidme, Edward.... no debe venir ¿no es verdad?

Rio-Santo conocia que la pobre jóven era victima de los primeros ataques de una alucinacion, pero ignoraba de quien queria hablar.

—Estamos solos, le contestó, y muy cerca de la casa de vuestro padre, Clary.

—Mi padre! repitió miss Mac-Farlane. Si si, Edward..... La quinta de Leed está del otro lado de la montaña.... Allí es donde seremos muy dichosos.....

Se detuvo, y añadió bajando la cabeza.

—Si mi hermana no viene como la otra vez!

Permaneció callada durante algunos segundos, y apoyó su abrasadora frente en la mano que el marqués le alargaba.

—La otra vez! continuó. Oh! si supieseis cuanto he sufrido Edward!.. Habia sido dichosa todo el dia, como hoy dichosa viendooos y oyendo vuestra voz, dichosa por que me apoyaba sobre vos.. ¿Qué se yo?. Y la noche se acercaba

como ahora..... Ah! si.... esto mismo es!..... Estabamos aqui, segun creo.. Vos en el sitio en que estais..... yo, en el mismo en que me hallo Dios mio! Dios mio! ¿vá á venir de nuevo?

—No, querida niña, contestó aventuradamente Rio-Santo, os prometo que no vendrá.

—Gracias..... gracias , murmuró Clary. ¿Podria ella amar tanto como yo?.....

Esta última palabra espiró en su garganta, y fué seguida de un grito plañidero. Todo su cuerpo se estremeció con violencia , y sus ojos se abrieron , desmesuradamente dilatados por un repentino é inesplicable terror.

—Piedad!..... piedad! dijo con tono breve y reprimido: hela ahi.... Piedad!....., No os arrodilleis á sus pies como la otra vez... No me rechaceis asi.... Edward!.... Oh! cuan cruel sois en olvidarme y amarla!...

—Clary... mi querida Clary, decia el marqués procurando tranquilizarla.

Pero la jóven dominada cada vez mas por su delirante trasporte , jadeaba , se agitaba y sollozaba.

Costaba mucho trabajo al marqués contener sus convulsivos esfuerzos.

—¿Me rechazais? añadió Clary con la voz lastimera: os sonreis con ella..... la estrechais contra vuestro corazon .. Ah! guardaos!... A-qui fué..... aqui fué donde Blanca mató á Bertram de Jedburgh... por un beso.

Y cruzó las manos con angustia.

—Por un beso! repitió... Ah!.... vos tambien!... vuestros labios tocan los suyos!!....

Un rayo de desordenado furor brilló en sus ojos. Se echó repentinamente hácia atrás, y su mano encontró por casualidad, el frio cañon de una de las pistolas.....

Su gesto fué rápido como el pensamiento.

Una detonacion se oyó en el silencio del solitario campo.

El marqués de Rio-Santo cayó herido por la bala en medio del pecho.

Clary, la pobre insensata, dió un grito de terror, y huyó.

La profesia del laird estaba cumplida : la voz de los sueños habia dicho la verdad : era, segun el énfasis del language biblico, tan usado entre los escoceses, *la sangre de sus venas, la carne de su carne*, quien daba muerte á su hermano Fergus.

El horizonte aun no se habia cubierto del todo. El marqués de Rio-Santo, inmóvil. y tendido con la cara vuelta hácia el cielo, no daba ni una queja. Pero á las últimas é inciertas luces del crepúsculo se hubiera podido leer en sus nobles facciones, la espresion de un dolor amargo y sin límites.

Se sentia morir, y moria vencido.

El solo hombre á quien habia amado le habia hecho traicion. Sucumbia bajo los golpes de la sola muger que habia respetado.

¿No es una pena cruel verse castigado, no

por sus faltas, si no por el bien que se ha hecho?

El velo de la noche se espesaba cada vez mas. Muy pronto no se distinguió ya aquel cadáver que se confundia con el verde sombrío de la yerba del camino.

Pero cuando la luna, pasando por la cima de la espesura, vino á iluminar de nuevo la escena, se vió á su blanquecina luz, á una muger arrodillada junto al cuerpo del marqués de Rio-Santo.

Aquella muger oraba.

Parecia que habia pasado hacia mucho tiempo los límites de la juventud, y sin embargo, aun era muy hermosa. En derredor de su frente pálida habia como una aureola de santa resignacion....

Aquella muger era Mary Mac-Farlane, condesa de White-Manor, que acababa de reconocer en el cadáver tendido sobre la yerba á Fergus O'Breane, su primero y único amor.

Cuando acabó su plegaria, puso su mano sobre el corazon de Fergus que ya no latia.

La luna subia en el horizonte y daba de lleno en las facciones del muerto.

Ya no habia dolor en aquellas facciones. Los párpados descansaban sus largas pestañas de seda sobre sus tranquilas mejillas. La línea de sus cejas no temblaba ya, y su boca parecia haberse cerrado con una sonrisa.

Con aquella sonrisa pensativa, dichosa, llena de misteriosas alegrías que anteriormente

posaba con frecuencia en los labios del marqués de Rio-Santo, cuando aislaba su pensamiento de la multitud, y se reconcentraba en si mismo.

¿En su supremo estasis habia entrevisto la puerta del cielo?....

Mary Mac-Farlane se inclinò y le diò en la frente un beso fraternal.

La luna caminaba, nueva y brillante, por el azul del firmamento: la brisa cantaba con dulzura por entre el follage.

Aquella muerte era tranquila y hermosa, rodeada de los silenciosos esplendores de la noche, y de los puros impulsos de la oracion.



Necesitamos salvar un grau espacio de tiempo para llegar al instante en que se calmó la tempestad suscitada en la vida de los personajes, de nuestra historia por la presencia en Lóndres de el marqués de Rio-Santo.

La desgracia experimentada por algunos de ellos, como Mary Trevor, Clary Mac-Farlane, y la condesa de Derby, dejó indelebles señales. Todas tres habian sido heridos demasiado por los terribles rayos del astro para que pudiesen perder nunca su recuerdo. La condesa de Derby se espatrió, y fué á Francia á buscar la oscuridad, ya que no el reposo.

Mary Trevor, de resultas de una convalecencia larga y penosa, recobró su frágil hermo-

sura de inglesa, y todas sus aristocráticas perfecciones. Como nunca habia dejado de amar á Frank Perceval, volvió a él con franqueza y contento, desde que lady Campbell, aquella espiritual muger de cierta edad, dejó los sofismas y obsesiones. Mary Trevores ahora lady de Fife, habiendo sucedido Perceval á su hermano en el título de par.

La pobre Clary fué menos dichosa: Stephen, su madre, y Ana, se retiraron con ella al castillo de Crewe, única herencia que dejó el laird Angus Mac-Farlane, que se habia ahogado voluntariamente en el Támesis, despues de haber entregado á su hermano Fergus á los magistrados. En aquel sitio rodearon á Clary de mas cuidados y amor del que se necesitaria para vencer el mas tenáz de los spleens; pero habia padecido mucho. Stephen agotó en su favor todos los recursos de su arte: la amaba tanto mas cuanto que sufría mucho: Ana, esta dulce y encantadora jóven, la prodigaba los cuidados de su cariñosa amistad: y en fin Suzannah de Lancaster á quien Brian habia vuelto su madre, la condesa de White-Manor, la prodigó su ternura benéfica y rica en consuelos. Pero fueron necesarios muchos meses para que estos esfuerzos combinados consiguiesen un buen écsito.

Clary permanecia herida para emplear una palabra vulgar que la lengua académica no podria traducir.

Sin embargo, al fin los yelos de su razon se derritieron con el dulce calor de tantos amores reunidos. Clary recobrò la razon, y solo conservò una profunda é invencible melancolia, que Stephen su marido no pudo curar nunca.

¿Habia conservado el recuerdo del asesinato que cometió en su locura? No lo creemos. Niugun testigo habia presenciado aquella sangrienta catástrofe que era un secreto entre la noche y Dios. Pero se acordaba d' Edward vivo.

La condesa de White-Manor gozaba con embriaguéz de la presencia de su hija que por tanto tiempo habia llorado. No queria dejarla, y si una lágrima discreta se escapaba de los hermosos ojos de Suzannah al pensar en Brian, era muy pronto enjugada por los apasionados besos de su madre.

La hermosa jóven reconocida y encantada por aquella desconocida ternura, no olvidaba su perdida felicidad: pero se resignaba porque era fuerte, y daba gracias á la misericordia de Dios que hacia lucir en las tinieblas de su angustia, la dulce y radiante sonrisa de una madre.

Con ella aprendia la vida, las cosas de la tierra y del cielo. Su corazon noble y grande se dilataba con las lecciones de la moral divina. Poco á poco se secaron sus lágrimas; y aunque lloraba alguna vez, no habia ya amargura en sus lágrimas, por que fundaba ahora su esperanza mas allá del camino estrecho y limitado que recorreremos en este valle de padecer.

En fin, existia en la familia Mac-Farlane, compuesta de la condesa de Suzannah, de las dos hijas del laird, y de Stephen una tranquilidad serena, bajo la cual la resignacion se parecia á la felicidad.

Ana solamente, la mas alegre de todas en otro tiempo, tenia horas de dolorosas meditaciones que ocultaba cuidadosamente á sus hermanas. Pero un dia se vió llegar al castillo de Crewe á un extranjero de noble apariencia, y Ana volvió á encontrar su linda sonrisa. Este extranjero era el caballero Angelo Bembo, que pidió y obtuvo la mano de la mas jóven de las misses Mac-Farlane.

Bembo estaba completamente libre de todo compromiso con la familia, de la que no habia formado parte sino por obedecer á Rio-Santo. Sin embargo, antes de casarse con Ana, debió decirle que no se pertenecia completamente y que quizá llegaria un dia en que tendria que esponder su vida por una causa que debia ser un secreto.

Esplicaremos ahora mismo lo que era á nuestro parecer, el secreto de Angelo Bembo.

Suzannah volvió á ver una vez á Brian de Lancaster; fué con motivo de la muerte del conde de White-Manor que falleció loco en la casa hospicio de Denham Park. Brian besó la mano de su sobrina, que estaba fria y pálida como una mano de alabastro. Participó la toma de posesion de el título de par, y partió sin haberse

acostado bajo el mismo techo en que se hallaba Suzannah.

Brian sufría, y no tenía madre cuya ternura pudiese consolarlo. Estaba solo. Las personas como él rechazan la multitud, y no tienen amigos.

Su amor no era de los que se estinguen por el olvido. Era un amor joven en un corazón varonil, y Brian no debía curarse de él. Puso en práctica todo y consiguió disgustarse de todas las cosas.

En el momento en que escribimos Brian admira algunas veces la cámara de los lores por rasgos repentinos de elocuente escentricidad. El discurso que pronunció en 1841 acerca de la partición de los nobles, ha hecho estremecer el saco de lana del canciller de Inglaterra, y á las pelucas blanquinosas de todos los nobles pares. Brian no será nunca un hombre de estado: es, á su modo, un gran orador.

Ahora diremos algunas palabras de los personajes secundarios de nuestra narración.

El príncipe Dimitri Tolstoï fué llamado en 1837 por que la joven reina lo encontró demasiado feo. Se hizo ermitaño en sus últimos días, y enseñó la diplomacia á los cosaquitos.

El vizconde de Lantures-Luces ha tenido un fin. Se casó con una literata de tomo y lomo, que abusando de su fuerza muscular le obliga á escuchar muchos centenares de versos todos los

dias, sin hostezar ni dormirse. Se creia desgraciado, hablando, ay! muy formalmente.

Bishop el asesino fué ahorcado, como todos saben, por el asesinato de un niño de seis años, egecutado por encargo.

Snail no se casó con Madge y entró de agente de policia para volver á la virtud.

Rowley en una epoca en que los perros valian muy caros, ensayar quiso una de sus «preparaciones» en un irlandés y continua en Botany-Bay la interesante lectura de los *toxicologicos pasatiempos*.

El doctor Moore se habia retirado á Denham Park. Sus amigos lo llamaban loco. Componia obras muy sabias, y clasificaba los accidentes nerviosos en los gatos. Murió, y el real colegio ha hecho acuñar una medalla á su gloria.

Tyrrel el ciego es banquero en Thamers-Street. Ha propuesto hacer un camino de fierro y maneja millones. Esto gracias al Dios de Abraam.

Mistress Crubb, mistress Black, y mistress Bull han quedado viudas; mistress Brown y mistress Dodd se han vuelto á casar, mistress Footes, se ha hecho misionera y muger justa; mistress Croscain, y mistress Bloomberry, han muerto llenas de virtud y de fé.

La honorable Cicely Kemp fué durante seis ó siete meses una niña terrible. Al cabo de este tiempo, ha tenido un secreto, y llegó á ser una muger encantadora, segun el dicho de lady Margaret Wawerbenbilwoodie.

Paddy O'Chrane, ex-capitan del bergantin *le Hareng* fletado por Gweenand Gween de Carlisle, se casó con mistress Burnett, y regentea en calidad de marido de la reina, el mostrador *des Armes de la couronne*.

Para encontrar el resto de nuestros personajes, debemos volver á la casa de locos. Con efecto, seria contra toda verosimilitud hacer un drama inglés sin que la locura no tuviese su principal parte.

Bob-Lantern está en Saint-Lukes. Su tesoro, oculto en la cueva de Saint-Giles le ha trastornado el cérebro. Se cree lor-maire, y no roba mas que en sus momentos lucidos. Temperance, como muger cristiana ha seguido la suerte de su marido. El gin le ha trastornado la razon, el gin y tambien el room, es preciso que seamos justos.

En Bedlam volvemos á encontrar á el reverendo Peter Boddlesie que el mal écsito de la empresa contra el banco ha vuelto loco.

En Denham Park, ademas del doctor Moore, tenemos á lord John Tantivy, que no responde sino al nombre *de mis Fraskita*. El honorable caballero se cree una yegua y no se ha engañado mas que en el seco.

Sir Arcadius Bombastic, el poeta laureado, no está encerrado, pero concluye una celeste epopeya.

En fin, nos han dicho bajo el sello de el mas profundo secreto, que lady Campbell está

en una casa de locos de las inmediaciones de Londres, donde concluye entre personajes imaginarios, un inmoderado número de quimericos casamientos.

Hace algun tiempo que los señores del banco idearon formar ahuecar nuevos sótanos para aparentar que tenían muchas barras. Aquellas escavaciones produjeron el descubrimiento de un gran subterráneo abierto bajo Prince's-Street, y que terminaba en la esquina de Poultry. En aquel subterráneo habia huesos y una jarra: todo esto ocupó mucho á los sabios.

La real sociedad de los anticuarios no pudo menos que bajar en masa para admirar aquella prodigiosa escavacion.

Los huesos fueron ecsaminados ; la jarra fué medida, aforada, dibujada.

A unanimidad , la real sociedad decidió que aquella jarra, que era un anfóra, habia servido de garrafa á Galgacus en tiempo de la tiranía romana.

Por lo que respecta á los huesos , unos pretendian que pertenecian á un indivio del género humano, lo que probaba superabundantemente la ecsistencia de una raza de gigantes en la isla en una época indeterminada. Otros afirmaron reconocer positivamente los restos mortales de un mastodonte ò elefante fosil.

El *Times* imprimió la sabia deliberacion de la real sociedad.

—Truenos del cielo! Dorothy, amor mio, dijo el capitán leyendo aquel párrafo: precisamente era el bueno de Saunder y su botella; nos veámos los dos condenados!

.....

.....

Todo novelista es mas ó menos supersticioso. Hemos dado cuenta de la muerte del marqués de Rio-Santo, tal como nos la han hecho saber los informes tomados pero los que han conocido á Fergus O' Breane conservan una esperanza misteriosa de la que nuestra imaginacion se burla involuntariamente.

Randal Grahame que se habia apeado de su caballo antes de llegar al precipicio de Green Arbour-Cour la noche de la evasion, y que está lleno de vida, espera en la casa de su padre. Recibe algunas veces mensajes lejanos, cuyo origen nadie sabe.

Ademas, hemos visto á Bembo declarar á su desposada, que no se pertenecia. Espera como Randal.

¿Qué esperan estos cuya adhesion al marqués era tan completa y tan profunda?...

De tiempo en tiempo cuando la tortuosa politica del gabinete de Saint-James se adormece y olvida lanzar entre los pueblos semillas periódicas de odio, las naciones se entienden: un murmullo de reprobacion universal se levanta; una nube sombría se eleva amenazadora, y oscurece el horizonte británico.

Es la ruina que se oculta trás una nube, y á veces nos parece que del seno de aquella tempestad vá á surgir, terrible y fuerte, y llevando el rayo en la mano, el genio de la tempestad, Fergus el irlandés, el campeón de un odio inmortal.

¿Habrá sido suficiente la mano de una jóven para abatir aquel gigante que, solo en la balanza, pesaba tanto como un imperio?....

¿Habrá roto Dios esa palanca poderosa como un instrumento vulgar?....

Tal vez. Tal vez tambien la lava se amon-tona en el crater del volcan apagado, esperando la chispa que debe volver á prender el incendio.

Quizá cuando la hora del castigo haya sonado, reconocerán al combatiente infatigable, con el pié sobre el pecho de la Inglaterra vencida, y agitando,   las aclamaciones del universo, el estandarte enarbolado de la Irlanda.

FIN DEL DECIMO Y ULTIMO TOMO.

